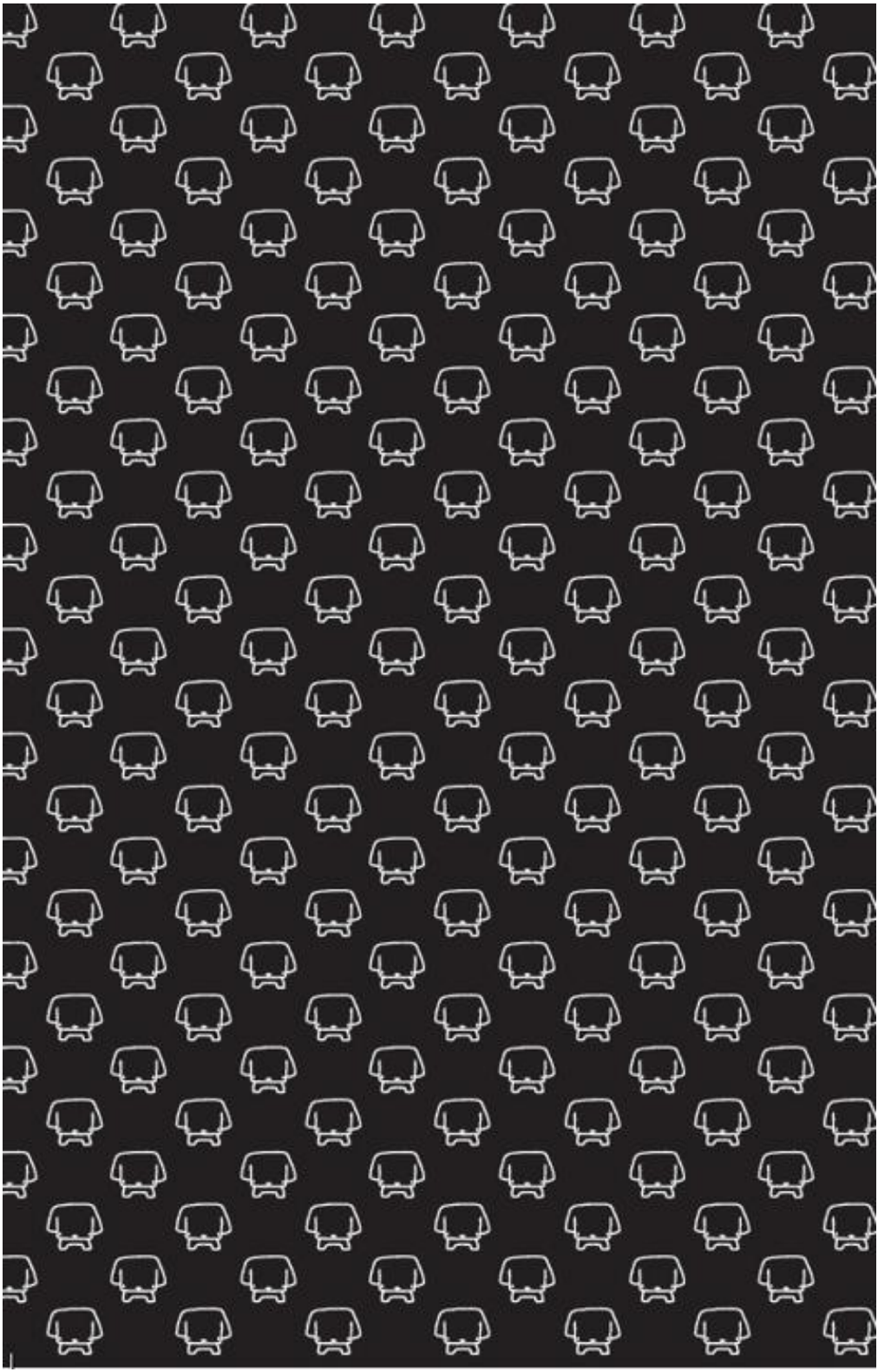
Julia Viejo
MALA ESTRELLA
Novela
BLACKIE BOOKS



A veces la perrita Blackie se sentía
incomprendida por todos menos por ella misma.
Y tenerse, quieras que no, era un consuelo.

JULIA VIEJO

Mala estrella

Índice

Portada
Mala estrella
Créditos
Primera parte. El verano
1
2
3
4
5
6
7
Segunda parte. Vera, León
8
9
10
11
12
13
14
Epílogo

Julia Viejo nació en Madrid en 1991. De pequeña no hacía ruido y siempre se olvidaban de que estaba ahí. Leía indistintamente cuentos, poesías y cajas de cereales. Ha publicado el libro de relatos *En la celda había una luciérnaga* (Blackie Books, 2022). Estudió Traducción e Interpretación y un Máster de Edición y ha trabajado como librera, editora y traductora. Ha editado la antología poética de Gloria Fuertes *Lo que pasa es que te quiero* (Blackie Books, 2023) y ha traducido libros como *Cometa rojo: Arte incandescente y vida fugaz de Sylvia Plath* (Bamba Editorial, 2023). También ha participado en antologías como *Gabinete de la Posibilidad* (Ediciones Comisura, 2023) o *Cuadernos de Medusa* (Amor de Madre, 2018) y ha colaborado en medios literarios. *Mala estrella* es su primera novela.

Diseño de colección y cubierta: Setanta
www.setanta.es
© de la fotografía de la autora: Edduardo Viera
© del texto: Julia Viejo, 2023 . Autora representada por The Ella Sher Literary Agency, www.ellasher.com © de la edición: Blackie Books S.L.U.
Calle Església, 4-10
08024 Barcelona www.blackiebooks.org
info@blackiebooks.org

Maquetación: Acatia

Primera edición digital: febrero de 2024
ISBN: 978-84-10025-44-8

Todos los derechos están reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

Para D, que existe conmigo

(...) y dice sal al jardín y contempla cómo caen las estrellas
y hablemos quedamente para que nadie nos escuche ven, escúchame hablemos de nuestros muebles tengo una rosa tatuada en la mejilla y un bastón con empuñadura en forma de pato y dicen que llueve por nosotros y que la nieve es nuestra
y ahora que el poema expira te digo como un niño, ven he construido una diadema (sal al jardín y verás cómo la noche nos envuelve).

Leopoldo María Panero

¡Si este colegio es como un libro de cuentos!

Elena Fortún, *Celia en el colegio*

Primera parte

El verano

1

En mi familia eran muy de morir en verano. El último había sido mi abuelo, que se desplomó bajo la rama de un olmo en los jardines, pero antes de él fue su padre, arrollado por un tren en las fiestas de San Juan, y mucho antes su hermana, que murió de una gastroenteritis en la época en la que la selección natural hacía estragos en los niños durante los peores días de calor. El mal se extendía por nuestro árbol desde tiempos antiguos, tan antiguos que ni mi padre ni yo fuimos capaces nunca de remontarnos con exactitud. A veces, cuando a papá le daba por hablarme de la maldición familiar (él no lo llamaba maldición, sino anécdotas), después de divagar durante un rato se quedaba encasquillado en su propio pensamiento y enmudecía en mitad de una frase, como cuando en un viaje de pronto te das cuenta de que te has olvidado algo importante en casa. Ladeaba la cabeza en un ángulo muy característico suyo y cerraba los ojos con un gesto parecido a un parpadeo lento; después asomaba un poco la lengua entre los dientes, la chasqueaba y ya está.

Durante muchos años aquella fue la única muestra de expresividad que le vi hacer: un aleteo de pestañas y un ruidito. Como si eso bastara para escapar de la ratonera mental en la que se había metido él solo hablando de las muertes de sus antepasados, siempre antes de tiempo y siempre en verano. Cuando se daba cuenta de la deriva oscura que tomaban las anécdotas, se callaba, hacía el gesto y se convencía de que así borraba de un plumazo la maldición de nuestra raíz podrida; y a seguir. Lo malo era que, como todas las maldiciones, no podía borrarse, sino que crecía y crecía, encaramándose un poco más sobre nosotros con la llegada de cada verano. Y aunque no lo dijéramos, sabíamos que tarde o temprano la maldición desembocaría irremediablemente en su muerte o en la mía, cosa que no nos hacía ninguna gracia.

Me daba mucha rabia ese gesto de mi padre, quizá porque hacía poco que yo había empezado a hacer uno muy parecido de manera inconsciente; una mañana me descubrí poniendo la misma cara cuando metí la pata en clase y necesité dar marcha atrás en mi pensamiento. Hice el gesto de papá delante de todo el mundo y en ese momento me di cuenta de que si una cosa tan tonta se contagiaba así a través de la sangre, cómo no iba a contagiarse todo lo demás.

De cualquier forma, eso no tenía nada que ver con el motivo que me había llevado a meterme en el río el día de mi cumpleaños. No tenía ninguna intención de honrar la tradición justo ese día. Además, morir voluntariamente a los trece años era una idea terrible, porque

me condenaba a quedarme a las puertas de todo. Tenía una lista mental de una veintena de cosas por hacer donde solo había tachado tres; no podía permitirme abandonar la fiesta en la primera canción. Pero sobre todo, morir en ese momento me condenaba a vagar por ahí en formato espíritu por los siglos de los siglos en un estado de eterna mala hostia.

Me lo repetí mientras aguantaba la respiración un poco más. Veinte segundos.Treinta. Cuarenta. La rabia se curaba con agua helada; era el único remedio que había descubierto. De otro modo no se me habría ocurrido meterme con ropa en un cauce tan turbio que bien podría haber ocultado un cuerpo descompuesto. Pero ya pensaba salir. Enseguida saldría. No quedaba nada. Además, ¿quién seguiría contando todas las desgracias familiares si yo me moría en ese momento, antes de haber arrojado al mundo unos cuantos hijos a los que seguir atormentando?

El agua se aclaró por momentos y a mi lado apareció de la nada un banco de peces que se me quedaron mirando como si fuera una comida muy extraña. Toqué el fondo resbaladizo con los dedos de los pies y me impulsé hacia la superficie. Justo antes de salir recordé todas las veces que había pegado la nariz a la pecera de los restaurantes donde las langostas vivas esperan a ser devoradas por los clientes, y me juré que nunca más volvería a hacerlo.

Salí a gatas sobre un lecho inestable de cañas que se vencieron a un lado con mi peso y se me metieron por dentro del vestido. Al hundir los brazos me pareció sentir que algo se movía debajo. Aceleré hasta alcanzar tierra firme y ahí mismo, a cuatro patas, me subió una corriente ácida por la garganta y vomité tres veces. Las dos primeras, pipas, y la última, solo agua; un agua sorprendentemente clara para haber hecho un viaje de ida y vuelta por mi aparato digestivo. Me senté y me quedé hipnotizada mirando cómo el reguero corría hacia abajo y la tierra lo absorbía en pocos segundos, dejando tan solo un montón apelmazado de pipas.

Mientras daba un par de vueltas por la orilla me mordí una uña y tiré de ella hasta arrancarme la mitad. Ahogué un pequeño grito de dolor y desde un árbol se oyó un graznido en respuesta. Cuando estuve segura de que estaba sola, me despegué el vestido del cuerpo para extraer el agua. Era el único vestido de domingo que todavía me cabía, con un lazo en la cintura y encajes en el dobladillo. Lo único que me gustaba era que al respirar fuerte me apretaba un poco el pecho. Me habían obligado a llevarlo a la fiesta de fin de curso de esa tarde para estar presentable en la entrega de los diplomas, pero no tenía ninguna intención de volver a ponérmelo nunca más, sobre todo

después de lo que había pasado. Si hubiera tenido alguna otra cosa con la que taparme lo habría dejado alegremente ahí abandonado sin mirar atrás, igual que había dejado el diploma metido entre las lamas de una valla. Me gustaba alimentar a los animales con los restos orgánicos de mi fracaso, al igual que yo me alimentaba de su agua estancada y de sus frutos blandos. Estiré el vestido sobre un tronco que se inclinaba sobre el río casi en ángulo recto y me quedé esperando debajo en ropa interior, abrazada a mis rodillas durante cinco minutos, hasta que tuve el valor de admitir que no iba a secarse antes de que se hiciera de noche. Maldije mi vida siete veces y volví a vestirme mientras tiritaba.

El valle era hondo. Desde mi posición solo podía atisbar un poco la altura de los montes que lo delimitaban y que nos recogían a todos dentro como a una camada de humanos. Por todas partes se oían ruidos de insectos y pájaros que no conocía y sobre mi cabeza se mecían miles de hojas que colgaban de las copas de los árboles como cortinas de cuentas. Había alisos, abedules, sauces y algunos castaños centenarios encaramados sobre los desniveles más altos, sostenidos por gruesas raíces sobre el río, de caudal pobre en esa época del año. Todo estaba lleno de pasarelas y embarcaderos medio abandonados donde se bañaban a veces los excursionistas y los chicos de la zona. Cada pocos metros había carteles que rezaban: PROHIBIDO BAÑARSE, y que como todo el mundo se pasaba por el forro, habían sido corregidos con rotulador y ahora decían: PROHIBIDO BAÑZARSE DE CABEZA, porque al parecer más de un inconsciente había acabado alguna vez en el fondo con el cráneo abierto como un cofre del tesoro.

Salí de la vereda del río, subí por una cuesta hasta llegar a otro camino de hierba y apreté el paso hasta la carretera, que era vieja y tenía el asfalto lleno de calvas y flores. Eché a andar por el arcén izquierdo, deslumbrada a cada poco por los faros de los coches que pasaban a mi lado, ya encendidos porque hacía un buen rato que se había puesto el sol.

*

Cuando llegué era noche cerrada y no había pájaros, solamente murciélagos que se sacudían en torno a los postes de la luz que flanqueaban nuestra calle. La casa estaba en la zona sur, apartada de todo, en un área de entrada y salida salpicada de algunas parcelas de viñas, otras de trigales, otras de barbecho, otras de bodegas, otras de invernaderos y otras de malas hierbas sin más. Para llegar había que recorrer una calle en línea recta que siempre se hacía muy larga a pie. Todo allí se hacía eterno, como si los días tuvieran cuarenta y ocho

horas y nos obligaran a pasar cuarenta viendo crecer la hierba. Habría jurado que aquellos seis meses que llevábamos en el pueblo habían sido en realidad seis años; no podía ser de otra manera, alguien tenía que haber trucado los calendarios para torturarnos.

A pesar de la distancia de la parcela, por culpa de la acústica del valle a menudo nos llegaban los ruidos de las últimas casas y bares del pueblo, que resonaban por todas partes con ecos medio fantasmales. Había también muchas parejas que se colaban a hacer de todo en la trasera de los invernaderos, entre el aparataje de bidones y vendimiadoras, y las pobres, acostumbradas a que nuestra casa estuviera vacía, no tenían ni idea de que ahora mi padre y yo las oíamos desde el jardín en los ratos de silencio, que eran casi todos. En esos momentos a mi padre le daban unos terribles ataques de tos, se levantaba y se ponía a fregar platos limpios, o se metía en el cuarto de servicio, ahora reconvertido en su despacho, a inventarse algo que hacer. Y yo me quedaba ahí sola, haciendo como que no prestaba atención, con las palmas de las manos pegadas a los muslos, escuchando el sonido entrecortado de la carne.

La casa quedaba a escasos metros de la rotonda que daba la bienvenida al pueblo. A veces, cuando un coche se perdía, en lugar de parar en el arcén, se quedaba dando vueltas a esa rotonda durante cinco minutos mientras sus ocupantes trataban de averiguar el camino correcto detrás de un mapa. Daban cinco, seis, siete vueltas como en las escenas iniciales de las películas de terror, cuando los protagonistas aún están a tiempo de escoger el camino de la salvación y no lo hacen. Giraban y giraban hasta entrar en órbita alrededor de la estatua de piedra que, en medio de unas cuantas vides moribundas, coronaba el centro de la glorieta con una copa en la mano y la mirada regia; el gigante cuya silueta se recortaba todas las noches contra las luces encendidas de la casa, el gran coloso.

Al llegar a casa, tal como había previsto, vi una hilera de coches aparcados en la acera junto a la entrada. Abrí la cancela de hierro y la cerré muy despacio a mi espalda para que no chirriase, apartando la hierba que siempre se quedaba enganchada en las bisagras. A pesar de mi técnica depurada para caminar con un sigilo absoluto, no pude evitar que mis zapatillas armaran un escándalo debido a la cantidad de agua que rezumaba de las suelas cada vez que daba un paso. Solo respiré tranquila cuando me di cuenta de que dentro de la casa había un jaleo que ahogaba todo lo demás.

Me agaché en la penumbra para rodear la fachada y por la ventana de la cocina vi a dos hombres muertos de risa. Se apoyaban con todo el cuerpo en la encimera y se susurraban frases al oído

mientras miraban de reojo a la puerta. Me puso un poco nerviosa tanto secretito. No los conocía, pero no me pareció raro porque mi padre últimamente se rodeaba de personas que yo no había visto nunca, casi siempre hombres, casi siempre abogados y casi siempre de traje. Hablaban de un montón de cosas que no me importaban lo más mínimo, relacionadas con «problemillas legales» o «irregularidades administrativas» o «desajustes financieros» o «conspiraciones políticas». Después, cuando se creían que me había ido, usaban palabras mucho más técnicas y graves que acaparaban la cabeza de mi padre sin dejar espacio para mucho más.

En el salón había unos cuantos hombres más, hablando y bebiendo vino, despatarrados por los sofás con las chaquetas abiertas y las corbatas flojas. Seguí avanzando con la mano pegada a la parra virgen que tapizaba la fachada, y al llegar a la ventana de la escalera frené en seco y reculé para atrás, porque por fin vi a mi padre. Estaba de espaldas a mí, encorvado encima de un macetero, con una mano apoyada en la pared y la otra cerca de la tierra. Parecía que estuviese escarbando en la planta. Pero aquello no tenía ningún sentido porque mi padre, desde que vivíamos en esa casa, no había mirado la planta ni una sola vez, y si esta se había mantenido con vida durante medio año había sido por algún tipo de empeño que se escapaba a mi entendimiento. Enseguida se enderezó y volvió al salón con una copa vacía en la mano, sin darse cuenta de que yo estaba al otro lado de la ventana.

Seguí avanzando como un zorro hasta llegar a los muebles que había amontonados en mitad del jardín. No era la primera vez que me tocaba usarlos como entrada clandestina, aunque sí la primera que lo hacía tan tarde. Como nadie había ido a recogerlos todavía, estaban apilados unos encima de otros, de tal forma que podía treparlos sin mucha dificultad hasta alcanzar una tubería, y desde esa tubería traspasarme a la ventana de mi dormitorio. Mientras lo hacía, un ratón salió huyendo por un agujero de la tapicería de la butaca y me tambaleé un poco. Seguí subiendo y una vez colgada de la tubería, tomé impulso y caí limpiamente en el alféizar de la ventana. Me metí dentro, recorrí el pasillo oscuro hasta el baño y eché el pestillo. Tenía la piel enrojecida, el pelo lleno de hojas, el vestido asqueroso, arena por todas partes y una mosca ahogada en el encaje del dobladillo. Parecía que me acababan de atropellar.

Me desnudé rápido, me metí en la bañera, abrí el grifo del agua caliente y respiré debajo con mis branquias imaginarias, como ya sabía hacer.

*

—Sabes que no me gusta que te duches por la noche.

—Tenía calor.

Mi padre miró el forro polar que me acababa de poner.

—¿Cuándo has llegado?

—A las ocho.

—No te he oído.

—He dicho hola.

—¿Ah, sí?

—Lo he dicho, pero alguien se estaba riendo y no se me ha oído.

—Da igual, pasa.

Me abrió la puerta del salón y entré. Los hombres se callaron todos a la vez. El pelo me empezó a chorrear por la nuca y sentí un escalofrío que intenté aplacar soltando todo el aire de golpe con un bufido. La gota siguió bajando por la espalda y se perdió en alguna parte del forro polar.

—Esta es mi hija, Vera. Algunos ya la conocéis.

La verdad es que yo no me acordaba de ninguno. A continuación hubo toda una sucesión de pero bueno, qué guapa, qué mayor, y besos y manos por todas partes. Entonces me di cuenta de que en una esquina estaba apoyado uno que sí conocía, más que nada porque era el alcalde y había venido a casa un montón de veces en los últimos meses. Era alto y tenía la barba tan cerrada que era difícil ver lo que pasaba debajo.

—Cómo te pareces a tu madre así con el pelo mojado —dijo.

No contesté. Durante algunos segundos escuchamos las manecillas del reloj hasta que alguien al fondo añadió:

—Y a tu abuelo, ¡cómo te pareces a tu abuelo!

Todos se volvieron hacia la ventana, concretamente hacia la rotonda con la estatua en el centro.

El perfil del coloso se distinguía en la penumbra mortecina de las tres o cuatro farolas de alrededor. Nos miró con la misma cara de siempre, aunque a aquellos hombres debió de parecerles una cara especialmente expresiva o profética. Algunos ahogaron pequeñas exclamaciones, otros levantaron las copas y otros suspiraron muy fuerte, porque en ese momento la estatua estaba mutilada y daba un poco de impresión, o porque conocían la maldición familiar, o quizá porque era el aniversario de la muerte de mi abuelo y eso significaba que también era el cumpleaños de la sardina temblorosa que los estaba mirando.

Me habían contado la historia del día que nací unas cuantas veces, si bien en dos versiones distintas que con el paso del tiempo diferían cada vez más. Mi padre lo llamaba «el día fatídico», mientras

que mi madre se refería al recuerdo como «el día que parí en un funeral». Papá siempre empezaba diciendo algo tipo: «Era un día caluroso a principios de verano...» con soniquete de enciclopedia, y en cambio mamá arrancaba la historia directamente por la parte en la que, según ella, se estaba «partiendo en dos como una sandía», porque no se acordaba de mucho más y también porque le gustaba mucho ser la protagonista. Rebuscaba las palabras para describir el suplicio con precisión, disfrutaba con las caras de espanto de su audiencia, hacía pausas dramáticas en los puntos de giro de la trama, se refería a mi abuelo como «el viejo».

«El viejo se murió por joder.»

«No imagináis la de mierda que había debajo de la alfombra del viejo.»

«El viejo, menudo pájaro.»

Aunque mamá dijera que me había parido en un funeral, estrictamente dio a luz en la garita de seguridad del tanatorio, el único lugar donde había un botiquín con cuatro cosas, asistida por un oftalmólogo jubilado amigo de mi abuelo, un veterinario y, cuando ya no hacía falta porque yo estaba asomando la cabeza por el canal de parto como un payaso por una alcantarilla (todo esto en palabras de mi madre), por el equipo de sanitarios de una ambulancia que tardó demasiado en llegar. La historia era tan buena que a mamá le creaba un poco de adicción contarla, y a veces incluso se inventaba tramas secundarias para alargarla un poco más, siempre después de asegurarse de que mi padre no estaba escuchando.

Mi abuelo estaba muerto, pero en realidad seguía bastante vivo en todas partes. Su nombre estaba siempre en boca de todo el mundo, en la placa conmemorativa de la fachada del ayuntamiento, en el programa de festejos y en lo alto de la entrada a los jardines municipales, que habían rebautizado en su honor. Para mí siempre había estado vivo incluso en las paredes de la casa de la ciudad, y en las reuniones de trabajo de mi padre, y en las cenas, y en las carcajadas de los que revoloteaban siempre a su alrededor con gemelos de oro y copas gran reserva. Bebían como si el mundo fuera a acabarse y a veces me daban regalos envueltos en papel, colgantitos de vírgenes o pulseras de plata. No sabían que al día siguiente yo me llevaba esos regalos a clase y los vendía de contrabando a mitad de precio a quien quisiera comprármelos, una costumbre que desde pequeña me hizo acumular poco a poco un patrimonio ultrasecreto y nada desdeñable.

Los hombres empezaron a retirarse al ver que mi presencia en el salón había roto algo en el ambiente. Me apoyé en la pared con las

manos entrelazadas a la espalda mientras se despedían. Antes de irse, el alcalde se me acercó. Olía a colonia y a tabaco. Se agachó y me dio una palmada en la cara sin preguntar.

—Feliz cumpleaños, señorita.

—Gracias —respondí en voz baja.

—Siempre estás muy seria, ¿sabes? —dijo. Sonreí como por acto reflejo y el gesto me hizo sentir estúpida. Luego se volvió a mi padre, para quien había reservado otra buena sarta de palmadas que le descargó acto seguido entre la espalda y la nuca, al tiempo que repetía:

—¡Tranquilo, hombre! Tranquilo. Tú tranquilo.

Mi padre soltó una carcajada a un volumen extrañamente alto. Parecía de todo menos tranquilo. Después salieron fuera y lo vi agitar el brazo desde la cancela mientras los coches se marchaban levantando nebulosas de polvo. Los murciélagos seguían volando en círculos a toda velocidad alrededor de las farolas, sin llegar a chocar con ninguna.

La mesa de la cocina estaba acaparada por un gigantesco antebrazo de piedra lleno de restos de pegamento que se habían quedado cristalizados. Lo empujé un poco hacia un lado para hacerme hueco y colocar un plato con queso que había sacado del frigorífico, mientras miraba a través de la puerta entornada cómo papá recogía las copas que habían dejado desperdigadas por las mesas, por las estanterías, sobre los brazos de los sillones o en la repisa de la chimenea. Tenía la camisa abierta y una chepa incipiente. En la frente y en la coronilla le empezaba a asomar una calva que brillaba bajo la lámpara de araña. Su corbata se balanceaba sobre los ceniceros mientras se agachaba de un lado para otro con dificultad, de pronto con diez años más de los que tenía cinco minutos antes.

En la repisa de la chimenea había una botella de vino a medias que agarró con el puño y guardó al fondo de un aparador. De pronto se asomó a la cocina y señaló con la mirada el brazo.

—Termina de cenar y hacemos eso.

Se sentó en la butaca sin acabar de limpiar, se masajeó las sienes con los dedos y entró en una de sus abstracciones. Lo hacía a menudo. De pronto su mirada se posaba en un lugar que no podía ver ni tocar, de una dimensión que no identificaba pero que desde luego, no era la nuestra, y se quedaba atorado por el pánico o por la tristeza o vete a saber por qué. Entonces, al cabo de un rato, hacía su famoso chasqueo de dientes y volvía al mundo real como si nada.

Me comí despacio los trozos de queso, masticando cada uno una docena de veces, y me quedé jugueteando un rato más con el último

para no tener que enfrentarme al viaje astral de mi padre. Al terminar, fregué el plato con mucho cuidado de que la cerámica no chocase contra la pila. Cuando salí de la cocina él seguía en la misma posición. Me quedé quieta durante unos segundos y justo cuando iba a subirme a mi cuarto, despertó del ensueño y me mandó coger las cosas para salir afuera.

*

El coloso fue inaugurado en el primer aniversario de la muerte de mi abuelo. El artista, un escultor muy famoso de sus círculos, tuvo la idea de hacerlo a escala obscena para que se viera desde el final de los seiscientos metros de recta, como un dios vigilante. Desde entonces, cuando la gente hablaba de él, siempre miraban de reojo en dirección a la estatua, casi por acto reflejo, y eso también lo había convertido en un blanco fácil desde que su reputación había iniciado una trayectoria cuesta abajo y sin frenos.

El perro de una finca cercana se puso a ladrar, como siempre, mientras caminábamos a oscuras calle abajo. Mi padre cargaba con el antebrazo de piedra y yo con la lata de pegamento extrafuerte. El prefijo no era casual, porque la primera vez habíamos usado pegamento fuerte a secas, y el brazo solo había durado tres días en su sitio antes de que volvieran a derribarlo de un palazo.

Enseguida llegamos a la rotonda, miramos a ambos lados de la carretera para comprobar que no venía nadie y cruzamos al interior, donde unas vides languidecían a la luz de la luna. Las regamos con una botella de agua y las examinamos rápidamente: por abajo les colgaban unos racimos esqueléticos que eran todo un milagro, aunque la sombra de la estatua hacía difícil la revisión de todas. Entonces mi padre se remangó la camisa, se colgó el asa de la lata de pegamento entre los dientes y se subió al pedestal del centro mientras yo sostenía el antebrazo de piedra desde abajo. Agarrado a la pierna de piedra, sumergió la brocha en el pegamento y se estiró todo lo que buenamente pudo para aplicar una capa generosa en el muñón de mi abuelo. Entonces yo levanté la extremidad y entre los dos la encajamos en el codo de la estatua con la máxima precisión.

Al cabo de un rato mi padre me mandó que volviera a casa, porque no tenía sentido que pasara los últimos minutos de mi cumpleaños en una rotonda. Le liberé los dientes del asa, tapé la lata con mucho cuidado de no pringarme, recogí las cosas y obedecí, de modo que él se quedó a oscuras ahí en medio, con los brazos en alto, haciendo presión para que el pegamento actuara durante no sé cuánto tiempo más.

2

Se las veía perfectamente desde la curva de la carretera que conectaba el pueblo con la autopista. Silbaban con los dedos en la boca, tenían un jardín digno del Génesis, jugaban al fútbol como profesionales. Eran una docena de monjas, quince a lo sumo, que además de todo eso hacían unas galletas que habían ganado varios premios de gastronomía monástica. Para comprarlas había que llamar a un timbre, esperar unos minutos y cuando al otro lado resonaba una voz, depositar el dinero en un artilugio giratorio y confiar en que al otro lado apareciera una caja. A veces en el último momento los compradores (casi siempre excursionistas o turistas de fin de semana) se agachaban para escudriñar un poco más a través del mecanismo, y los más rápidos lograban ver de cerca durante un segundo la cara de la monja que los acababa de atender, y aunque parezca mentira, a muchos eso les parecía más emocionante que las propias galletas.

Pero las monjas no estaban solas. La primera vez que pasamos por delante, antes de la crisis de mi madre, cuando todavía salíamos en coche y hacíamos alguna cosa los tres juntos, me fijé en un grupo de personas sin hábito que hacían gimnasia junto a la fuente helada y les pregunté a mis padres si aquel lugar era algún tipo de colegio. Mi madre se echó a reír y me dijo:

—Claro que no. —Y enseguida añadió—: A nadie se le ocurriría poner un colegio tan lejos, a menos que quisiera olvidarse de los niños de dentro.

Me dio igual, porque desde entonces, y sobre todo desde que a ella se la llevaron allí, ya no pude llamarlo de otra forma.

El Colegio se alzaba justo al otro lado del río, en la zona más escarpada no apta para el baño, pasados los invernaderos, el cementerio y todas las parcelas de viñas al este del pueblo. Para llegar había que tomar un desvío de la carretera y cruzar un puente romano tapizado de vegetación espontánea. Leí en alguna parte que el Colegio se había construido originalmente en el siglo no sé cuántos, pero que después de que lo destruyeran las tormentas y las guerras y las desgracias en general, fue conquistado por los animales, hasta que tropecientos siglos más tarde una orden de monjas lo recuperó y lo reformó como le dio la gana para darle el aspecto que acabó teniendo.

Se elevaba sobre bloques de piedra cansada y clara, y tenía tres plantas de altura, varios módulos internos y un campanario espigado que sobresalía al frente. El edificio parecía encerrarse en sí mismo a medida que se elevaba: la planta baja estaba cercada por unos amplios soportales de arcos puntiagudos, en la primera planta las ventanas

eran más pequeñas, y alargadas como sombras, y sus cristales emitían destellos a determinadas horas del día; y finalmente la tercera planta solo se abría al exterior a través de unos pocos cuadrados hundidos en la piedra que apenas se veían a lo lejos.

En el centro del jardín había una fuente, unida a la entrada principal a través de un camino cubierto de una pérgola de rosales y una extensión de césped salpicada de parches de flores amarillas, además de varios cedros, castaños y chopos que daban sombra a los bancos de hierro y las mesas de merienda. Todo el recinto estaba rodeado de una tapia de piedra, y más allá de la tapia solo había viñas, el puente y el río excavado al fondo.

Nadie me explicó para qué se llevaron a mi madre al Colegio, aunque cuando pasó lo de los muebles comprendí que ya no podía seguir viviendo con nosotros. Fue impactante verla caer así, teniendo en cuenta que mi madre siempre había sido una persona a la que llamaban la atención por reírse demasiado alto. Pero a partir de la crisis se convirtió en otra madre: dormía durante el día, y cuando se levantaba tenía unas ojeras hasta el suelo con las que se tropezaba constantemente; o se tumbaba en la alfombra persa del abuelo llena de bichos y nos llamaba a gritos. Mi padre la ignoraba, pero yo no era capaz, y cuando acudía, casi siempre a medio vestir o a medio peinar, ella movía los labios pero no emitía ningún sonido. A veces salía todo el día y llegaba a las tantas hecha una sopa, irrumpía en mi habitación para darme un beso y me mojaba toda la colcha y el pijama, y yo me enfadaba porque entonces tenía que cambiar las sábanas en mitad de la noche como si me hubiera hecho pis.

Al toparse con nuestro rechazo cortó las muestras de cariño de raíz, y entonces sí que nos preocupamos, porque se dejó crecer el pelo al estilo mala hierba y dejó de importarle nuestra presencia. Se encerraba en su cuarto sin un motivo concreto, bajaba las persianas y emitía un quejido espeso que trepaba por las paredes. Un día intentó comerse unas semillas de estramonio del margen de un camino. Fue entonces cuando papá le hizo la maleta y se la llevó con las monjas, como a las niñas que suspenden, que conspiran o que hacen demasiadas preguntas.

Las primeras semanas sin mi madre fueron muy raras. Ni mi padre ni yo sabíamos de qué hablar, así que la casa se convirtió en un agujero de silencio, tan solo interrumpido por los perros y las parejas del invernadero. Como ninguno sabíamos ni freír un huevo, mi padre encargaba comida a restaurantes de la zona y todos los días pasaba a recogerla con el coche. Nos hacían platos de todo tipo: lentejas, cordero, lubina, patatas, albóndigas. Pero a medida que los desajustes

legales de mi padre fueron saliendo a la luz, nos cortaron el grifo de algunos sitios y enseguida de más y más, hasta que en junio ya no nos quedaba ni un solo restaurante amigo en veinte kilómetros a la redonda.

A partir de entonces, como teníamos hambre pero seguíamos sin saber cocinar, mi padre llegó a un acuerdo con las monjas, quienes empezaron a entregarnos semanalmente unas fiambreras de comida de cuartel que almacenábamos en el congelador. Eran de hojalata y estaban oxidadas en los bordes, de modo que costaba mucho abrirlas. Mi padre metía un cuchillo en el mecanismo de apertura y podía tirarse diez minutos para abrir cada una. A veces hacía tanta fuerza que la fiambrera se le estallaba contra el suelo y la salsa de dentro salía volando y salpicaba toda la cocina. En esos casos, al no tener alternativa, solíamos comernos el contenido de rodillas en el suelo con una cucharita de postre.

Cada pocos días íbamos a visitar a mi madre al Colegio, o mejor dicho, iba mi padre, porque a mí no me dejaba pasar más allá del jardín. Él entraba y yo tenía que esperar sentada en un banco que me quemaba los muslos mientras comía pipas compulsivamente. Desde ahí miraba a las monjas que correteaban de acá para allá, siempre vestidas de un negro clásico y mortal, hiciera el tiempo que hiciera. De cerca perdían casi todo el misterio. Trabajaban dentro con los internos o fuera en el patio mano a mano con las limpiadoras y otras empleadas no religiosas, pero no hablaban mucho con ellas, sino que se agrupaban en sus propios corrillos o se sentaban a hacer cuentas en las mesas exteriores, manteniéndolo todo controlado bajo sus alas. Me fijé en una que tenía las manos peladas y los gemelos como rocas. Se pasaba las mañanas trabajando en el huerto, con la falda remangada y la cofia chorreando de sudor. Supuse que su labor formaba parte de alguna clase de penitencia.

Enseguida descubrí que los que me interesaban de verdad eran los internos. Los había de todas las edades y condiciones, sobre todo ancianos, y todos tenían en común que hablaban poco, deambulaban mucho y llevaban ropa que parecía escogida al azar en un mercadillo y sandalias con calcetines blancos, lo que les daba un aire de secta amable.

En la fuente de piedra discurría un hilo de agua infinito. Y allí casi siempre estaban Hattie y Ana. Conocía sus nombres porque resonaban a menudo por el patio, en boca de compañeros o monjas que estaban pendientes de ellas, aunque no solía acercarme porque mi padre siempre las miraba con el ceño fruncido, como si nos fueran a contagiar algo. Ana paseaba en círculos su minúsculo cuerpo

alrededor de la fuente mientras Hattie, que la visitaba todos los días, se quedaba sentada sobre el borde de piedra con las piernas en alto y los pantalones remangados hasta las rodillas para absorber los rayos del sol. Le hacía preguntas a Ana mientras caminaba, le hacía preguntas sin parar, y si no las contestaba se enfadaba teatralmente en inglés, planteaba nuevas preguntas y las respondía ella misma para dar a Ana un pie de conversación al que agarrarse. Ana arrugaba el gesto y miraba para otro lado. Cuando se negaba del todo a hablar, Hattie aprovechaba para leer a la sombra, comerse un bocadillo o depilarse las cejas con la ayuda de un espejito de viaje. Solía llevar camisas vaqueras o blancas sin mangas, pañuelos anudados al pelo y pendientes de cruces como los de una estrella del rock. Cuando notaba que la estaba mirando levantaba la cabeza y sonreía.

*

El otro colegio, el de verdad, me gustaba muchísimo menos, y se me notaba tanto que antes de terminar el curso la directora ya me había invitado a cambiarme de centro. Una mañana nos citó en su despacho y nos dijo que yo era una víctima de la inestabilidad de nuestro hogar, así que sintiéndolo mucho y con gran discreción, sería mejor que me fuera buscando otro sitio donde estudiar el siguiente curso. Mi padre hizo algunas llamadas a conocidos diciendo que yo le desbordaba, y aunque costó, antes de que acabara junio logró conseguir una plaza para mí en un colegio privado que había visto anunciado en un cartel junto a la autopista. En el cartel aparecía la cabeza de un niño pelirrojo con una plaga de pecas en la cara y los dientes separados, vestido con un polo blanco, flotando en la nada. Parecía un anuncio de quesitos.

Celebré en silencio la gran noticia que era no tener que volver a esa clase, pero al mismo tiempo también empecé a incubar una cierta inquietud, porque algo no me acababa de encajar. No entendía cómo iba a ir todos los días a un colegio que estaba a más de una hora en coche, y tampoco me atreví a preguntarlo. Era difícil que mi padre tuviera tiempo para llevarme y era imposible que me llevara mi madre. No había nadie más a quien le importara un bledo en la zona, ni ningún tipo de línea de autobús que cubriera un trayecto tan largo. Solo quedaba una opción: que el niño de las pecas, el niño de agujeros entre los dientes, el niño de anuncio de producto lácteo industrial, fuera en realidad un niño delincuente y que el colegio no fuera un colegio, sino más bien un internado, o con suerte, un reformatorio.

Traté de evocar a menudo la última imagen para que se hiciera realidad.

—¿Qué? —preguntó Miguel cuando se lo dije, en un hueco entre el examen final de música y el de inglés.

—Que me mandan a un reformatorio —repetí—. No voy a volver.

Me miró con los ojos muy abiertos detrás de sus gafas cuadradas; probablemente porque no estaba acostumbrado a escucharme hablar. Se dejaba besar en los baños y después me evitaba por los pasillos. Podíamos pasarnos horas metidos en aquel metro cuadrado saltándonos las clases, chupeteándonos las bocas, y luego fuera hacer como si no nos conociéramos.

Miguel se recolocó la montura de las gafas. Tenía los labios hinchados y las mejillas coloradas.

—¿Te echan?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por liarme contigo y perder clase.

Tragó saliva.

—¿Y a mí?

Me quedé callada unos segundos, por el suspense.

—A ti no te va a pasar nada, no te preocupes.

Soltó un largo suspiro de alivio y se desplomó contra los azulejos de la pared del baño, junto a una pintada que decía: ZORRA LA QUE LO LEA. Miró al techo y volvió a preguntar en un susurro:

—¿No vas a volver nunca más?

—Nunca más.

Me encontré tan cómoda en ese papel que asentí con los ojos empañados para reforzar mi mentira. Sentí en la espina dorsal un escalofrío de satisfacción al convertirme de pronto en la joven descarriada que siempre había soñado ser. Enseguida Miguel se puso nervioso, se separó de mí y salió huyendo de los baños, no sin que antes le obligase a jurar por su madre que no se lo contaría a nadie.

Debió de jurarlo con los dedos cruzados, porque esa misma tarde largó la información a todo el mundo. Al pasar por la plaza del ayuntamiento de camino al quiosco lo vi de lejos con los otros chicos de clase, que se pasaban el día hablando de mí porque no tenían nada mejor que hacer. Sabía que me llamaban pija, y a mi padre, ladrón, aunque nunca a la cara. Ese día, por primera vez, oí de lejos cómo me llamaban puta. *Putaputaputaputa*. Lo repetí mentalmente para apropiármelo mientras me alejaba por la calle opuesta. Cuando me di la vuelta vi a Miguel agachado detrás, tapándose la cara con una bolsa de gusanitos, mirando para otro lado como un cobarde de mierda.

Su madre era la farmacéutica del pueblo. Todas las mañanas los acercaba a clase a él y a su hermana, y cuando estaban a punto de

desaparecer tras la puerta, hacía sonar el claxon dos veces para despedirse antes de irse a la farmacia y ellos salían corriendo, muertos de vergüenza. Vivían en una casa azul en la zona más alta de todas, más incluso que el mirador, con un acceso muy escarpado. Cuando su madre no podía llevarle, Miguel solía moverse de un lado a otro en bicicleta, y desde algunas zonas se le podía ver a primera hora de la mañana embalado en la cuesta abajo de la colina, y por la tarde, en una agonía absoluta en la cuesta arriba. Lo pasaba tan mal que a menudo se bajaba del sillín y empujaba la bici en lo que quedaba de subida hasta la casa.

*

«Víctima de la inestabilidad», decían los informes de mi tutor, que en realidad querían decir: «Digna hija de la loca de su madre». Así se lo oí decir a través de la puerta del despacho de la directora. Presumía de haber sido concejal de educación durante la alcaldía de mi abuelo, que había durado más de lo que debería durar nadie en cualquier cargo. Me adoró la primera semana que llegué, recién pasada la Navidad, cuando todo estaba por descubrir y todavía flotaba por los rincones un aguanieve imprevista. Muy pronto me hizo la cruz, como todo el mundo. Su cambio de actitud coincidió con la fecha en que empezó a coger fuerza la corriente de odio hacia mi padre, que no era más que el producto de una desconfianza que venía cociéndose a fuego lento desde la muerte de mi abuelo.

La estatua fue el termómetro que utilizamos para medir los daños. Una mañana de invierno, a las pocas semanas de mudarnos, el rugido de una moto retumbó al pasar a toda velocidad por nuestra calle, y como no era raro que los conductores jugaran un poco a las carreras en la recta, mi padre simplemente se asomó a la ventana y se volvió a meter dentro. No fue hasta un rato después, cuando salimos con el coche para ir a hacer la compra y tomamos la rotonda, que descubrimos que a mi abuelo le habían colocado una espléndida nariz de payaso en medio de la cara.

Justo antes de ese momento clave, cuando aún hacía frío y casi nadie me conocía, me había dedicado a explorar el valle, una zanja húmeda todavía con posibilidades. Me enfundaba unas mallas con botas de agua y salía a andar por los márgenes del pueblo y por el río, mezclándome con excursionistas y amantes de la escarcha. Otras veces bajaba a la plaza, me escondía detrás de alguna columna de los soportales y miraba al grupo de chicos y chicas de clase, que me gritaban para que me uniese a ellos: «Vente, vente», y yo me acercaba pisoteando su reguero de pipas y no decía nada. Me comportaba como

una muda o una tonta y me quedaba embobada mirando a Miguel, que me produjo una curiosidad ansiosa desde el primer día, quién sabe por qué. Comía de cualquier cosa que me ofrecían, bebía de cualquier vaso que me ponían en la mano, escuchaba las conversaciones de quién se ha liado con quién y cuánto dinero te ha costado eso, y contestaba a las preguntas sobre mi abuelo, a las noticias, a los rumores, siempre con monosílabos o mentiras como castillos que al principio todo el mundo se tragaba.

Aquellos primeros seis meses del año fueron agotadores. Todas las mañanas caminaba cuarenta minutos para ir a clase. En realidad nuestra casa, a pesar de situarse en un extremo del pueblo, tan solo estaba a quince minutos del colegio en línea recta; eso sí, eran quince minutos atravesando el casco urbano por la calle ancha junto a todos mis compañeros; quince minutos de tortura que con gusto pronto cambié por cuarenta de soledad serpenteando por las calles externas que apenas podían llamarse calles, sino veredas sin asfaltar que se desdibujaban con los campos de alrededor. A primera hora de la mañana saludaba de lejos a las ganaderas que cruzaban el camino con rebaños de ovejas, o a los trabajadores que pasaban en camionetas hacia los viñedos pelados del invierno.

Cuando hacía mal tiempo me recogían en mitad del barrizal para acercarme a clase. Me preguntaban mi nombre y yo me lo inventaba, a sabiendas de que algunos ya sospechaban de mí, pero les pedía que no dijeran nada y que me dejaran en alguna calle cercana a la entrada pero fuera de la vista del resto. Algunos eran muy jóvenes y me miraban fijamente con las pupilas dilatadas, me ponían la mano en la pierna, a veces por fuera del pantalón, a veces por dentro, y yo me dejaba llevar por el traqueteo sin decir nada, como pago a su silencio. Después me sentaba en la última fila de la clase y dibujaba en las esquinas de los libros, me quedaba dormida, miraba a los profesores como si hablaran en otro idioma. Había días que me metía en el baño a las nueve de la mañana y no salía hasta la una. Y aunque Miguel se angustiaba mucho por saltarse las clases, cada vez que podía lo arrastraba conmigo.

Por las tardes me dejaba ver por la mesa del comedor rellenando al azar los huecos de los ejercicios de lengua o de naturales, y mi padre sobrevolaba los cuadernos y se espantaba al ver mi caligrafía. No se daba cuenta de que cada día me esforzaba en hacerla peor: concentraba toda la rabia en la punta del bolígrafo y la clavaba despacio en el papel, letra por letra, hasta dejar relieve en el reverso. Tampoco se daba cuenta de que solo aprobaba los exámenes porque Miguel se sentaba a mi lado y levantaba la esquina de su hoja para

que pudiera copiarme de todo. Ni que después le pagaba con besos chapuceros en el baño, sin duda los primeros para él, que siempre parecía al borde de un ataque al corazón. Su lengua era suave y nerviosa y se enroscaba en la mía como un lagarto recién nacido. Me colocaba las manos por encima de la ropa, a la altura de las costillas, sin atreverse a ejercer presión, y durante todo el rato que pasábamos encerrados no las movía ni una vez. A veces le pedía que me besara con una violencia impropia y él obedecía, en parte porque quería y en parte porque me tenía un poco de miedo. Lo elegí porque llevaba gafas, y pensé que en el caso de que fuera a contarlo por ahí, nadie le creería.

*

En las ventanas del Colegio se recortaban las siluetas de los internos haciendo puzles o jugando a las cartas. Incluso los días más luminosos solían tener las luces encendidas, creando así una especie de teatrito chinesco perpetuo en todo el edificio. Desde el patio a veces me quedaba mirando las sombras por si acaso reconocía a mi madre en alguna. Solo había una ventana que siempre estaba apagada o con la persiana echada, en el piso más alto, donde los cristales estaban asegurados con barrotes como en una cárcel. Di por hecho que era allí donde dormía por el día y leía por la noche, quizá con alguna lámpara que se iluminaba a altas horas y que por eso yo nunca había visto. Me la imaginaba con una camiseta muy grande y los pies descalzos, negros de caminar por las baldosas que todo el mundo pisaba con zapatos.

Por mucho que dijeran, el Colegio no era un asilo de locos. Así se lo repetía Hattie a Ana en muchas de sus conversaciones alrededor de la fuente. Luego añadía que solo era una residencia de reflexión y descanso, y si Ana no le contestaba volvía la cabeza para buscar mi aprobación. Yo asentía a lo lejos, desde mi banco, fingiendo que estaba de acuerdo, pero lo cierto es que, para empezar, no sabía lo que era exactamente el Colegio; y para continuar, claro que pensaba que mi madre estaba loca. Quizás Ana sí que encontraba descanso cuando Hattie le daba tregua y le peinaba el flequillo con las manos y le dejaba su espacio para leer los libros que llevaba siempre en los bolsillos grandes de su rebeca. Pero mi madre llevaba demasiado tiempo sin conocer el descanso, y me costaba creer que encontrara alguno en las visitas de mi padre. Cada vez que salía de verla traía una cara hasta el suelo y, si me veía hablando fuera con Hattie o con Ana, aunque solo fuera para pedirles la hora, me tiraba del brazo y me metía en el coche sin dejarme siquiera decir adiós.

De cualquier forma, algo cambió al inicio del verano. Fue algo extraño que empezó como siempre empiezan las cosas extrañas, con un elemento imprevisto sacado de su tiempo y su lugar; en este caso, un mazapán. Mientras estaba sentada, como siempre, en uno de los bancos de hierro, noté cómo algo se me clavaba en el culo y al meter la mano en el bolsillo trasero, encontré el mazapán medio aplastado. Tenía forma de gato. Más adelante me preguntaría muchas veces por qué llevaba un mazapán en un pantalón de verano, así que tal vez ese fue el primer misterio de todos, el misterio original.

El campanario acababa de dar el mediodía y desde el interior de la iglesia me llegaban ecos de voces cantando que se deslizaban por las celosías y rebotaban en el agua de la fuente. A las monjas les gustaba arrancarse a cantar a todas horas sin motivo.

—Cantamos para aliviar el calor —decían siempre mientras desfilaban hacia misa, y lo cierto es que me daban envidia, porque ese día hacía tanto calor que casi podía ver cómo sus voces brincaban de acá para allá, como los que se pierden en el desierto y ven oasis donde solo hay arena.

Me salpiqué un poco de agua en el cuello y fui a dar una vuelta por el aparcamiento donde Hattie dejaba su coche, un Ford blanco lleno de abolladuras y cagadas de pájaros. A su lado había unos pocos coches más, de empleadas o familiares, que se derretían bajo el sol mientras ellos se refugiaban en los pasillos frescos del Colegio. Caminé despacio entre los vehículos escudriñando las bolsas de los salpicaderos, las sillitas de bebé de los asientos, los rosarios de los retrovisores, los parasoles de las ventanillas, las letras desordenadas de las matrículas. Había tanto silencio que me pareció haber entrado en otra parte. Y de pronto, detrás de un coche, vi pasar como un rayo un bulto negro montado en bicicleta.

Lo seguí con la mirada y pude verlo mejor mientras se alejaba: era una monja. Hasta ahí todo normal. Pedaleaba con fuerza encogida sobre el manillar de una bicicleta oxidada, demasiado pequeña para sus extremidades, que se le desbordaban monstruosamente por todas partes a cada rodillazo. La bicicleta chirriaba como si la estuvieran torturando. Ahogué un grito y entonces la monja paró en seco, se dio la vuelta despacio y me miró directamente a los ojos. Tenía la cofia descolocada, los ojos azules como un pozo y una barba rala de varios días que me confirmó al momento que no era una de las madres del Colegio. El hábito le llegaba por las rodillas, y debajo asomaba una pierna llena de pelos que terminaba en unos calcetines arrugados y unos zapatos polvorientos.

En medio del silencio el hombre monja se bajó de la bicicleta, se

acercó a mí, me arrancó el mazapán de los dedos y se lo llevó a la boca. A continuación se dio media vuelta, se montó en el sillín de un salto y siguió pedaleando con aire siniestro hacia el pulmón oscuro de la viña.

3

La cocina de nuestra casa de la ciudad tenía unas humedades en el techo con forma de vírgenes. Salieron cuando se inundó el piso del vecino de arriba y nunca me fijé demasiado en ellas hasta que en una fiesta de Navidad una niña me las señaló. Solo vino esa vez, pero la recuerdo porque era la niña más guapa que había visto en mi vida, rubia de ojos claros y labios gruesos, hija de diplomáticos. Se pasó la cena pegada a la falda de su madre y en la velada posterior las dos fuimos desterradas a la cocina. Encontramos una botella de ginebra y acabamos lanzando polvorones contra la fachada de enfrente, desatadas. Me mostró las vírgenes del techo y sin venir a cuento me pidió que la besara como en las películas. Su padre abrió la puerta justo en el momento en que le estaba metiendo la lengua hasta la campanilla. Fue la última fiesta de Navidad que celebramos en casa.

Las humedades de la cocina del pueblo no tenían forma de nada. El techo era alto y amarillento con las vigas de madera a la vista, y las paredes estaban alicatadas de arriba abajo con azulejos maltrechos y adornos de bronce. Todos los muebles de las habitaciones eran de madera oscura y el suelo de los pasillos crujía con cualquier corriente de aire. Cada vez que lo atravesaba mi madre se ponía de mala hostia, daba un pisotón y decía que la casa se estaba cayendo a pedazos, y mi padre no contestaba nada porque sabía que tenía razón. A la casa le hacía falta una mano o dos de pintura. La fachada exterior, que había sido de un rojo vivo muchos años antes, ahora lucía un tono parduzco y desconchado que recogíamos a trozos de la hierba en los días de viento. Esto se unía a que el tejadillo que cubría el desván necesitaba reparación urgente y a veces se desprendía y, dado que la casa era más alta que ancha, las tejas se hacían polvo al caer y salpicaban todo el jardín de esquirlas de cerámica.

Yo ocupaba la habitación que había pertenecido a mi padre de niño. Me acostaba entre sus sábanas tiesas como folios de oficina, y ahí me pasaba las horas sin hacer nada. El colchón tenía una hondonada en el centro que absorbía mi cuerpo hacia el fondo y me obligaba a hacer mucha fuerza con los brazos cada vez que quería levantarme. La almohada estaba dura y la alta estructura de hierro dejaba un hueco negro por debajo que siempre trataba de evitar subiéndome de un salto.

Como no dormía por las noches, solía dormirme en clase, y como me dormía en clase, por las noches me costaba pegar ojo. Cuando mis pulmones empezaban a inflarse y desinflarse a un ritmo adecuado para el sueño, siempre sonaba un chasquido en alguna parte que me

paralizaba debajo de las sábanas y empezaba a dar vueltas como una demente. Después abría la ventana y me tumbaba destapada boca arriba, hipnotizada por el juego de cristales de la lámpara del techo, respirando muy fuerte por la boca, como imaginaba que se morían los ancianos.

En la pared de enfrente había otra cama gemela perfectamente hecha que nunca se usaba y donde tenía amontonada toda mi ropa. Cuando mi madre se fue al Colegio el orden dejó de tener sentido, porque la verdad es que mi padre no solía entrar en mi habitación más que para avisarme de que bajara a comer o para recoger alguna camiseta sucia. Me daba la impresión de que ninguno de los dos soportábamos estar a menos de tres metros de distancia del otro. Por mi parte, todo empezó un día en el que me di cuenta de que odiaba su manera de limpiarse la boca mientras comía: desdoblaba la servilleta y la presionaba muy ligeramente contra sus labios, de modo que nunca acababa de limpiarse de verdad las manchas de comida, que se mantenían como presencias durante horas en las comisuras de su boca. Odiaba que nunca levantara la voz, y que mantuviera una cadencia casi nasal, como salida del paladar. Odiaba sus esfuerzos por aparentar normalidad desde hacía meses. A veces, mientras reparábamos el coloso de piedra en medio de la noche, como si estuviéramos cometiendo el crimen más estúpido del mundo, me daban ganas de derramarle la lata de pegamento en la cabeza y dejarlo ahí, secándose al aire, como otra estatua más. También odiaba que solo hablara de gente muerta y nunca, por ejemplo, de mi madre. Por su parte, yo no tenía claro qué le alejaba tanto de mí, pero había algo que le supuraba por detrás de los ojos como una herida infectada que me decía que era mejor no averiguarlo.

*

Pasé unos días apostada en la ventana mirando fijamente las parcelas de cultivo que separaban mi casa del Colegio, por si volvía a ver al hombre monja. A veces me parecía oír una bicicleta por la parte delantera de la casa, y entonces me abalanzaba al piso de abajo y descubría a algún ciclista entre las parcelas con mallas fosforescentes y gafitas diminutas, pinchándose con los cardos.

No vi al hombre monja, pero sí a Miguel. Una mañana sonó un silbido fuera y cuando me asomé por la ventana estaba plantado en el trigal de atrás, agitando la mano. Cerré enseguida porque llevaba diez días sin dirigirle la palabra y no tenía intención de hacerlo todavía, pero a través del cristal seguí con la mirada cómo se abría paso entre las espigas secas, que le llegaban casi por la cintura. Unos minutos

después ya había encontrado el agujero en la valla de metal que rodeaba la trasera de la finca. Se le enganchó la trabilla del pantalón, y después de un rato peleándose con el alambre, se acercó a la pila de muebles y comenzó a trepar, aterrorizado, dando varios pasos en falso hasta llegar a la cañería. Seguí mirándolo desde dentro, sin dar crédito y sin mover un dedo. Cogió tanto impulso para saltar de la cañería al alféizar que por poco se mata. Por último, llamó al cristal con los nudillos. Empezó a hablarme, pero no le oía.

—¿No te han mandado todavía al reformatorio? —le escuché decir por fin cuando abrí la ventana.

—Cállate, que está mi padre abajo.

—Perdón.

Venía sofocado. Apoyó las manos en las rodillas durante un minuto y cuando recuperó el aire, se puso a cotillear los libros de la pared con la cabeza ladeada para leer los títulos de los lomos en voz baja. Llevaba unos pantalones demasiado grandes para su cuerpo.

—¿Qué coño quieres? —pregunté. Me produjo un alivio tan grande poder decir «coño» que lo tuve que repetir—: Te dije que no quería volver a verte, coño.

Coñocoñocoñocoño. Me sentí inmediatamente mejor.

—No me dijiste eso.

—Pues te lo digo ahora. No quiero volver a verte.

—¿Todo esto era de tu abuelo? —dijo, como si no me hubiera oído.

—Sí.

—Mis padres dicen que tu abuelo era un cacique.

Me quedé en silencio durante unos segundos más de lo que me habría gustado.

—Pues vale —dije.

—¿Vale qué?

—Que me da igual.

—¿Sabes lo que es?

—Sí.

Miguel se me quedó mirando; parecía estar dándole vueltas a algo que no acababa de salirle. Por la ventana se colaba un zumbido constante de insectos y coches.

—Oye, ¿qué hacías la otra noche tú sola en medio de la carretera?

—¿Qué?

—Te vimos al volver de la fiesta de fin de curso. —Lo miré con el ceño fruncido—. Joder, era muy raro. Parecías un fantasma. Y ni siquiera un fantasma normal.

—No sería yo. Y si lo era, ¿qué más te da?

—¿Y por qué te metes al río vestida? No tiene sentido.

Me quedé callada mientras me recorría una sacudida de vergüenza que a pesar de todo no me impidió meterle una bola como una catedral.

—Me meto vestida porque los minerales son buenos para la ropa.

Miguel me miró con las cejas arrugadas, valorando la teoría. Ni aunque me torturaran pensaba decirle que me había metido al río con ropa porque estaba hirviendo de rabia, porque necesitaba el agua fría con urgencia, porque sus amigos de mierda me habían acorralado durante la fiesta de fin de curso detrás de la tapia del colegio para que los besara con lengua a los cuatro, uno por uno, y yo los había besado con lengua a los cuatro, uno por uno, solo para que se callaran porque llevaban dos semanas insistiendo. No les entraba en la cabeza que Miguel fuera el único con ese derecho.

—Bueno, da igual. Que sepas que no voy a volver a juntarme con estos. Son unos gilipollas. —Pronunció muy fuerte la ge de gilipollas, casi tanto como yo la eñe de coño. Luego miró por la ventana como para asegurarse de que nadie le oía y añadió en voz baja—: ¿Sabes cómo me llaman ahora?

—¿Cómo?

—Telescopio.

—¿Telescopio?

—Porque me ha subido la graduación.

Se cruzó de brazos y me fijé en que llevaba gafas nuevas. Se me escapó una carcajada, no porque me hiciera gracia (que me hacía), sino más bien por verle tan convencido de que Telescopio era más ofensivo que puta.

A Miguel se le contagió un poco y nos miramos mientras una risa gaseosa nos subía por el pecho y nos salía disparada por la nariz. Entonces se acercó y me acarició el brazo. Me quedé quieta. Inclinó su boca sobre la mía y di un paso atrás. Era como si una voz en alguna parte me estuviera diciendo que todo lo que habíamos hecho en los baños durante el curso lo había hecho otra persona que no era yo, más guapa y más rubia, que no vivía en esa casa, ni en ese valle, que no se besaba con cualquiera que le insistía un poco y que no salía todas las noches a una rotonda de película de terror a arreglar la estatua de un familiar muerto y cacique.

Bajé la mirada y me pareció ver un bulto en los pantalones de Miguel. Él enseguida se dio cuenta y se abalanzó a la ventana.

—Perdón.

Se aseguró las gafas sobre la nariz sin formar, una nariz que no era de niño ni de hombre, y con la cara roja volvió a descolgarse por

el alféizar, por la cañería, por los muebles, igual de tembloroso o más que cuando había subido.

*

Fantaseé con la idea de que Miguel volviera, pero no volvió. Cuando mi padre me mandaba a comprar algo, solía pasar por delante de la farmacia para ver si estaba, y su madre me miraba de reojo desde dentro, fingiendo que no me conocía. Una vez tuve que entrar a por aspirinas y a través de la cortinilla de cuentas me dio tiempo a ver cómo se escabullía por la trastienda, dejando que me atendiera la chica de prácticas, una veinteañera con flequillo y aparato en los dientes.

Además de la farmacia, me gustaba subir al mirador, una plazoleta al final de una cuesta empedrada con vistas a las viñas, donde los excursionistas se apalancaban para comer y hacer fotos. Me quedaba mirándolos con la boca medio abierta hasta que alguno me pasaba la mano por delante de los ojos o me daba un toquecito en el hombro. No podía negar que me veía a mí misma en sus andares inquietos y sus manos limpias, siempre tocándolo todo con demasiada fascinación. Me los imaginaba en sus oficinas y en sus atascos, engullidos por la cuadrícula banal de las ciudades, para luego volver el fin de semana siguiente a llenarse los pulmones con el aire de cualquier otro campo, molestando en todos y sin quedarse en ninguno.

Hattie trabajaba en un bar del mirador, y quizá también por eso me gustaba ir. Me quedaba merodeando por las calles de alrededor y la veía llegar a la hora de comer en su coche por la carretera que venía del Colegio. Aparcaba de cualquier manera en un vado permanente y salía despeinada a toda velocidad.

Un domingo me la encontré subida a una silla de plástico, tratando de colgar una pantalla de proyección para ver el fútbol en la terraza. La observé un rato ir y venir, deshaciéndose de las miradas de los clientes, que adoraban su acento y sus huesos largos. Ya había empezado el partido cuando me vio de lejos y me saludó con la mano. Se metió adentro y enseguida volvió con una Coca Cola, la dejó en una mesa libre de la terraza junto a un vaso de tubo con hielo y me hizo un gesto para que me acercara.

—¡Qué sorpresa! Si quieres otra cosa, me pides. Para amigas es gratis.

—Gracias —murmuré mientras me sentaba a la mesa. Ella echó un ojo alrededor para comprobar que todo el mundo estaba atendido y se sentó a mi lado. En la puerta del bar un ventilador arrojaba cada pocos segundos ráfagas de viento que atravesaban el aire denso de la

plaza. En el televisor, un jugador vestido de azul perseguía a otro vestido de rojo.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó.

—Aburrirme.

—¡Aburrirte! —repitió con una carcajada, como si yo hubiera dicho alguna ocurrencia graciosísima. Le di un trago a la Coca Cola. Hattie me examinó con la cara apoyada en las manos y dos mechones rubios sobre los ojos que se agitaban a cada golpe de aire. Llevaba un pañuelo de flores anudado a una coletita en lo alto de la cabeza y su nombre bordado en el bolsillo de la camisa. Fue la primera vez que vi cómo se escribía—. Tu madre preguntó por ti.

Se me atragantó sin querer el refresco.

—¿Conoces a mi madre?

—Claro. Te pareces a ella.

—¿Cómo está?

—Aburrida. Igual que tú. O eso digo yo, porque ya no la veo mucho. ¿Por qué no subes a verla?

—Mi padre cree que es mejor que no.

Hattie se rascó el cuello y suspiró.

—¿Cuántos años tienes?

—Trece —dije con toda la dignidad que pude.

—Uf. Lo siento mucho. —No entendí por qué lo sentía exactamente, pero se echó a reír otra vez mientras se recostaba sobre la silla, sin quitarme el ojo de encima, con los brazos cruzados. Tenía una risa ronca y toda una constelación de pecas desde los hombros hasta las manos. Un cliente la chistó desde una mesa y ella pasó olímpicamente—. Yo con trece años no le hacía mucho caso a mi padre.

Sonreí sin querer. De pronto me acordé de su amiga.

—¿Cómo está Ana?

—Mejor.

Clavó la vista en la mesa sin añadir nada más. Estaba a punto de preguntarle qué había hecho para estar en el Colegio, qué clase de mal la corroía por dentro para haberse metido a vivir allí, pero el cliente volvió a chistarla, ahora dos veces, y ella se levantó como si le pesara mucho el cuerpo. Antes de que se fuera, me atreví a preguntarle algo que me llevaba rondando la cabeza varios días.

—Hattie. —Se volvió—. ¿La gente que vive allí es peligrosa?

—Claro que no.

—Y si alguien se escapara... ¿lo sería?

—Tu madre no se va a escapar, tranquila.

Me lanzó un beso con la mano antes de seguir atendiendo. Yo me

quedé un rato más bebiendo la Coca Cola, sin decirle a Hattie que esta vez no me refería a mi madre.

*

Impulsada por la necesidad y la angustia, a las tantas de la noche, bajo la luz de la lamparita de mi cuarto, en la última hoja del cuaderno de lengua, dibujé como pude al hombre monja. No fueron más que unos pocos trazos de lápiz sobre el papel, desvaídos por si en algún momento tenía que borrarlos. Los ojos me quedaron grandes, desproporcionados, como los de un animal. La boca torcida. El hábito tan negro que parecía una melena. Bajo su cuerpo traté de hacer la bicicleta, pero no me salía, así que quedó flotando en una postura rara. En su lugar, donde le había hecho las manos dibujé el cuerpo de una mujer desnuda. Por algún motivo le hice el pelo muy largo, derramado por toda la espalda. Dibujé con cuidado los pechos y enseguida los borré para hacerlos un poco más grandes. A medida que giraba el cuaderno para retocar el trazo parecía que los dos, la mujer desnuda y el hombre monja, flotaban entrelazados en el agua, en el cielo o en algún otro lugar fuera del tiempo.

Me quedé un rato mirando mi creación, que no se parecía a nada de lo que yo había dibujado jamás. Al final arranqué la hoja, muerta de vergüenza, la arrugué y la tiré a la papelera. Destapada sobre el colchón, no tardé ni diez minutos en volver a levantarme a rescatarla, y de nuevo en la cama, la alisé con los dedos y la contemplé un buen rato.

No era la primera vez que vivía un encuentro extraño con una persona adulta. Por ejemplo, a los nueve años una mujer completamente cubierta de gatos me pidió la hora en un parque. A los siete años le sequé las lágrimas al director de mi colegio en mitad del pasillo el día de su jubilación. A los seis años, una anciana llamó a la puerta de casa pidiendo limosna con un muñeco en brazos. A los doce años, un hombre se me pegó a la espalda en el autobús y me susurró al oído que se la chupara.

No sabía qué peligros podía depararme el hombre monja, pero cada día sentía crecer por dentro la necesidad de descubrirlos. La siguiente vez que fuimos a visitar a mi madre, en cuanto mi padre desapareció por la puerta del Colegio, me quedé un rato deambulando por el patio y cuando me aseguré de que nadie me veía, me metí en la viña, justo en la zona donde le había visto desaparecer con la bici. Avancé unos pasos a lo largo de la hilera y cuando llegué a una zona donde solo había racimos de uvas verdes y apretadas a la sombra de las hojas, me senté en cuclillas y me quedé así hasta que se me

durmieron las piernas, sin que se moviera ni una sombra ni una hoja.

Hice una marca de lápiz en el reverso del dibujo y lo guardé en una caja de música rota que había encontrado en un altillo mientras buscaba mantas, helada de frío y linterna en mano, una de las primeras noches que pasamos en la casa. Parecía un joyero, aunque enseguida descubrí un mecanismo en la parte de abajo: una pequeña hélice que me devolvió un chasquido al accionarla. Todas las noches al apagarse las luces, cuando caían sobre mí las cuatro paredes del cuarto, sacaba el dibujo del hombre monja de la caja, lo desplegaba y lo miraba hasta que casi parecía que empezaba a dar vueltas, agarrado del cuerpo de la mujer. Después lo guardaba al fondo, siempre boca abajo. Empecé a obsesionarme ligeramente con él, y durante el día caía varias veces en la tentación de comprobar que seguía en su sitio: abría la caja corriendo y cuando lo veía dócilmente plegado boca abajo, dejaba escapar un suspiro muy largo de alivio por haber logrado un día más habitar el mundo en el más absoluto secreto.

Supe que mi padre lo había visto cuando una noche abrí la caja y lo encontré boca arriba. La cerré de un golpe, pegué la espalda a la pared y miré a todas partes como si la policía fuera a derribar la puerta de una patada en ese momento para detenerme por pervertida. Estrujé la hoja entre las manos y no se me ocurrió otra cosa que rasgarla por la mitad, y luego cada mitad la rasgué en otras dos mitades, y cada una de ellas en otras dos, y seguí rompiendo y rompiendo hasta que solo quedó algo parecido a polvo de papel. Me sacudí las manos sobre la papelera hasta que cayó todo y bajé a cenar con la cara como un tomate.

Mi padre no dijo nada, aunque lo raro habría sido lo contrario. Nos servimos un puré de verduras de las monjas y nos miramos de reojo mientras nos lo comíamos. Cada vez que intentaba descifrar algún pensamiento en los ojos de mi padre, él me sostenía la mirada y yo la desviaba hacia la lámpara del techo. Intentaba alargar mucho el momento de tragar, y mareaba el puré de un lado para otro en la boca mientras hundía cada nueva cucharada en el lodazal del plato.

Después de diez siglos, mi padre estiró los brazos y carraspeó como si estuviera en una reunión.

—No quiero volver a verte de cháchara con la gente de ahí.

Se me resbaló la cuchara de la mano y sentí cómo se me pegaba una hebra de verdura en el fondo del paladar. Intenté despegarla con la lengua pero solo conseguí provocarme una pequeña arcada. Me empezaron a arder las manos. Y aunque no le había pedido explicaciones, mi padre añadió:

—En ese sitio no hay más que enfermos.

Asentí para dar a entender que por lo menos le había oído.

Mientras recogíamos y salíamos como siempre a revisar el estado de la estatua del abuelo, noté cómo el ardor se me extendía por los brazos y el pecho. La noche era cálida y unas nubes largas tapaban todo rastro de luz. Era importante acercarse lo máximo posible a la estatua para evaluar bien los daños, porque normalmente no se veían de lejos, a excepción de cuando le arrancaban una extremidad, algo que hasta el momento solo se había dado en dos casos excepcionales; así que cruzamos la rotonda y nos metimos dentro.

El brazo había aguantado bien el pegamento y el resto del cuerpo no parecía haber sufrido daños. Entonces un olor nauseabundo me apelmazó el cerebro de golpe e impidió que me siguiera moviendo. Mi padre debió de sentirlo también, porque soltó un bufido de disgusto, encendió corriendo una linterna que llevaba en el bolsillo, enfocó por varios sitios y finalmente iluminó la tierra a los pies de mi abuelo, donde, entre dos matas de vid, una montaña de hormigas bullía sobre un amasijo de cáscaras y huevos podridos.

*

Subí las escaleras con restos de hormigas muertas en las suelas y me pisé los talones de las zapatillas para quitármelas sin tocarlas con las manos. Intenté hundir la cara en la almohada, pero estaba tan dura que no había mucho que hacer. La apreté con fuerza y al ver que seguía sin perder la forma, me lie a puñetazos silenciosos, como los de una asesina muy discreta, porque mi padre seguía dando vueltas por ahí.

Me quedé descolgada de la cama boca abajo, mirando al hueco negro. Cuando los ojos se me acostumbraron a la oscuridad vi que al fondo había un criadero de pelusas. Empecé a imaginarme que las pelusas eran en realidad insectos inofensivos que se volvían malvados al contacto con mi piel. Pasé cerca de una hora fantaseando con las posibilidades de las pelusas mientras la sangre me descendía lentamente hacia la cabeza, hasta que por fin oí a lo lejos cómo mi padre se iba a la cama.

Me levanté de golpe y el interior de mi cráneo se bamboleó como si flotara en un frasco. Llegué de puntillas al cuarto de baño y cerré la puerta. Necesitaba agua. Abrí el grifo de la ducha solo un poco, para que no hiciera ruido, y dejé que me fluyera sobre la cara un hilo helado durante un buen rato para no pensar en que ya no podría volver a hablar con nadie del Colegio, ni con el hombre monja, ni con Hattie, ni con Ana, en que mi madre se pudriría sola en su habitación, en que mi padre dedicaría el resto de su vida a limpiar huevos

podridos con hormigas y en que yo no volvería a asomarme a ningún misterio nunca más.

Me sequé y me volví a poner la ropa, mientras me concentraba en la respiración para recuperar la calma. Entonces accioné el pomo para salir y la puerta no se abrió. Volví a probar más fuerte, a empujar, a tirar, a sacudir el picaporte como si me hubiera hecho algo personal, pero la puerta se había quedado atascada.

Noté cómo toda la sangre del cuerpo se me subía otra vez a la cabeza como la lava de un volcán. Si no me estallaba el cerebro esa noche, al menos podría confirmar que era inmortal. Me subí a la taza del váter de un salto y me asomé al ventanuco en lo alto de la pared del baño. Debía de ser más de medianoche. El jardín estaba oscuro y por la carretera ya solo goteaba algún coche cada dos o tres minutos. Al fondo se recortaba la silueta del monte. En el centro del pecho me empezó a crecer una pelota negra y llamé a mi padre en voz muy baja, como para justificarme a mí misma que al menos lo había intentado. Cuando confirmé que no iba a venir nadie a rescatarme, cogí una toalla, la arrojé en la bañera con todas mis fuerzas, me metí y empecé a morderme los nudillos y a patalear. Tenía las piernas tan cargadas de rabia que temí desencajar la bañera de su sitio, aunque tampoco es que me preocupara mucho. Por mí como si se abría el suelo. Me metí los nudillos entre los dientes y apreté. Al cabo de unos minutos mis extremidades fueron perdiendo fuelle hasta que me rendí, empapada en sudor.

Miré al techo y noté cómo me empezaba a subir un llanto estúpido por dentro de la nariz.

—¿Ya has terminado? —preguntó una voz. Me incorporé de un bote.

El hombre monja estaba sentado allí, en el borde de la bañera, esta vez con la cofia arrugada sobre las rodillas. Se me disparó el pulso, aunque no por miedo. Era otra cosa, algo parecido a cuando sueñas que te caes pero enseguida confirmas que estás en tierra firme. Me acerqué ligeramente para verlo mejor: tenía el pelo revuelto y los ojos de un azul clarísimo. Por toda la cara se le marcaban unos surcos de corteza de árbol.

—¿Crees que soy viejo? —preguntó.

Me quedé en blanco mientras recobraba el aliento. Durante unos segundos debí de parecerle tonta. Por fin contesté:

—Un poco.

—No tienes por qué ser educada.

—Es que no eres viejo. Solo tienes cara de viejo. —Levantó una ceja y sentí cómo toda la presión del pecho se liberaba de pronto—. Y

de loco.

—Joder —dijo. Luego suspiró profundamente—. Gracias, supongo.

—De nada.

Entrelazó los dedos sobre el regazo y me miró como si yo fuera alguien importante.

—Tu dibujo es muy bonito y sideral.

—¿Qué?

—Mejor dicho, era. No tenías por qué romperlo.

—Ya, pero...

—Aunque un poco arriesgado. Parezco una mujer, ¿te has dado cuenta?

—No.

—Pues fíjate. ¡Ah, no! Que lo has hecho polvo.

—Lo siento. No quería que lo viera él.

—Oye...

—No debería haber hecho esas tetas tan grandes.

—Escucha.

—Pero total, ya lo ha visto.

—Vale, sí. Tu padre ha visto el dibujo. Pero no lo ha entendido, boba.

—Fijo que también te vio el otro día —seguí, sin hacerle mucho caso—. Por eso ha dicho que no hable con...

—¡No lo ha dicho por mí, sino por ellas!

Durante unos segundos me quedé muda.

—¿Tú qué sabes?

—Yo lo sé todo. Por ejemplo, te están sonando las tripas.

Me llevé la mano al estómago. Él me extendió el mazapán mordisqueado que me había quitado de los dedos la semana anterior. Lo mordí sin apartarle la mirada y sentí un dulzor desmigado.

—*Gropcias*.

—¡A ti! En fin, tú me lo diste. Y eso que creerás que la gente como yo no somos merecedores de manjares. Que nos conformamos con chupar palolú.

—Bueno...

—Yo personalmente prefiero chupar limones.

No tenía ni idea de lo que estaba hablando, pero me daba un poco igual. El corazón ahora me latía despacio, como si estuviera protegido por una manta muy mullida. Sacó un cigarro mugriento del bolsillo y lo encendió con una cerilla salida de no se sabe dónde. Se hizo el silencio mientras el humo ascendía y se escapaba por la abertura de la ventana. Los dos nos quedamos mirándolo con cara de tontos. Fuera

sonaba un estruendo de grillos.

Canturreó algo que no entendí y enseguida hizo un gesto parecido al de una gallina sacudiéndose las alas, dio una última calada y apagó el cigarro a medias debajo del lavabo.

—¡No te vayas! —supliqué. Él se volvió hacia mí con una mueca extraña. Dentro de la boca le brillaba una muela de oro.

—Vete a dormir.

—No puedo.

—Pues quédate ahí. —Se encogió de hombros.

—No quiero.

—¡La virgen! Pues haz lo que quieras. Me la suda. Yo voy a ver si me devora algún ciervo. Adiós, amiga. ¿Cómo te llamabas?

No contesté. Decir mi nombre a un desconocido estaba terminantemente prohibido por todas las normas del uso de razón. Decir mi nombre era dejar la puerta abierta para que cualquiera campara a sus anchas por mi persona.

—Yo me llamo.

Se quedó callado. No estaba muy segura de que fuera a terminar la frase, así que esperé, pero no dijo nada más. Lo miré con los ojos muy abiertos.

—¿Te llamas...? —insistí. Se inclinó hacia mí.

—León.

Pronunció despacio su nombre, letra a letra. Le gustaba.

—No te puedes llamar León.

—¿Por qué?

—Porque es como si yo me llamara Gato o Pez.

—¿Estás diciendo que digo mentiras?

—Sí.

Hizo un aspaviento con la mano mientras intentaba desatarse la cofia del cinturón. Tras unos momentos de lucha, consiguió deshacer el nudo y la sacudió como un trapo mojado.

—Las mentiras son como las bolsas de plástico. Se acumulan y se acumulan, pero nunca desaparecen. Las tiras hoy aquí y dentro de veinte años alguien las encuentra en un glaciar a tomar por culo. ¿Entiendes, señorita?

—No —zanjé. Y antes de que volviera a hablar, añadí de malos modos—: Y no me llames señorita. Ni me digas que algún día lo entenderé. Mejor, no me digas nada. —León hizo un amago de abrir la boca, pero enseguida la cerró—. Eso es.

Se le escapó una carcajada grave. Se subió a la taza del váter como si fuera a cambiar la bombilla y abrió del todo el ventanuco. Me agarré fuerte a la bañera, dudé solo un segundo, y entonces dije en un

tono desesperado del que me avergoncé inmediatamente:

—Me llamo Vera.

—Ya lo sabía —dijo León.

Sonrió, me hizo una reverencia, se puso la cofia en la cabeza, sacó el cuerpo por el tragaluz y se arrojó al vacío.

4

Empecé a mentir antes de hablar. Mi madre siempre contaba que cuando jugaban conmigo al cucú-tras o ese tipo de juegos orientados a cerebros minúsculos, se tapaban con servilletas o me las agitaban en la cara para llamar mi atención, pero yo no les hacía ni caso, sino que señalaba con el dedo detrás de ellos, como mirando algo invisible que hubiera en un rincón del coche o de la cocina, y que a veces me echaba a reír y otras veces a gritar como si me estuvieran sorbiendo el alma.

Mi madre, convencida de que su hija había nacido vacilona, no le dio nunca importancia, sino que más bien bromeaba diciendo que si yo veía cosas que los demás no, inventaría un espectáculo que les hiciera ganar millones por las ferias de gitanos o los programas de televisión, y que no tenía reparos en convertirse en una madre explotadora, y que ya me pagaría psicólogos de mayor con todo el dinero que ganara de pequeña.

Cuando ella divagaba con las teorías sobre mis poderes sobrenaturales, mi padre se mordía los labios y me miraba con una cara muy rara, como si yo no fuera suya, como si hubiera salido del pozo más profundo del infierno.

Pronto confirmaron que las supuestas visiones eran mentiras sin más, porque se perpetuaron durante el resto de mi vida. A veces eran mentiras clásicas, como: «No quiero ir a natación porque me duele mucho la tripa» cuando no me daba la gana de respirar el aire mohoso de la piscina donde me enseñaban a nadar; y otras veces un poco más perversas, como: «Se me ha caído la pulsera nueva por el váter» cuando vendí a una compañera una pulsera de plata que me había regalado un amigo de mis padres por Navidad.

Más adelante descubrí que mis compañeros de clase podían ser un buen campo de pruebas, y una vez les conté que en la guerra mi abuelo había pisado una mina antipersona que provocó que se le volaran por los aires todas las extremidades; entonces sus compañeros las recogieron por ahí, las metieron en una cesta y en el hospital se las volvieron a coser, pero lo hicieron con tanta prisa (había mucha gente que operar) que lo hicieron al revés, y desde entonces mi abuelo tenía manos en los pies y pies en las manos, y siempre llevaba manoplas de lana para que nadie se diera cuenta. Todo el mundo me creyó.

Fue el primer paso para darme cuenta de que para sostener una mentira lo más importante no era interpretarla bien, sino levantar todo el peso de su verosimilitud, construir su identidad de Mentira Catedralicia a través de muchos, muchísimos detalles raros.

*

Mi padre me encontró dormida en la bañera. Había abierto la puerta despacio y solo le oí cuando estaba a pocos centímetros.

—¿Qué haces ahí?

Abrí los ojos y un rayo de sol me impactó en toda la cara. Me levanté como un resorte y me di un golpe en la ceja contra el grifo. En la ventana había un nido de palomas que salieron volando despavoridas.

—Meditar —contesté. Esta mentira no contaba como catedralicia porque a esas horas no estaba para inventar nada mejor.

—Vístete, que nos vamos.

Atravesamos hectáreas de cultivos, fábricas, almacenes y gasolineras, dejamos atrás los campos húmedos del valle y nos adentramos poco a poco en un sinfín de terrenos amarillos. Pasamos muy cerca de un pueblo donde habían montado una feria con atracciones que brillaban a lo lejos bajo el sol de julio, y en mitad de la amalgama de hierros se levantaba un gigantesco castillo hinchable.

Entorné los ojos y durante un segundo me pareció ver a León dando volteretas encima.

Mi padre no mencionó nada de la noche anterior; lo único que dijo fue que teníamos que recoger algunas cosas de casa y entonces me di cuenta de que hacía mucho que no decía esa palabra para referirse a nuestra casa de siempre. Durante casi todo el trayecto miró al frente como una víctima de hipnosis. Mientras, en la radio del coche un locutor hablaba de niñas asesinadas. A cada rato insertaban unos cuantos minutos musicales y enseguida otra vez volvía el locutor con más detalles sobre niñas asesinadas y asesinos de niñas.

Volver a la ciudad después de tantos meses era igual que acercarme al borde de una piscina muy sucia: mi cerebro me decía que me tirara, pero mi cuerpo no se atrevía. En realidad daba igual, porque sabía que alguien me empujaría tarde o temprano. Por el sentido contrario de la autopista el tráfico se fue haciendo cada vez más denso, y cuando empezaron a aparecer barriadas y circunvalaciones el aire se calentó y supe que estábamos llegando.

*

Mi casa olía a mi casa. Un calor seco se concentraba dentro y por las rendijas de las persianas se derramaban centenares de haces de luz donde flotaba polvo en suspensión. Los muebles estaban cubiertos con unos plásticos fantasmales. Nada más llegar, mi padre destapó el sifonier antiguo del salón y desplegó la tabla de madera. Dentro había

varios archivadores y carpetas que enseguida empezó a meter en bolsas de basura.

Recorrí el pasillo a tientas hasta llegar a mi habitación. Sobre el respaldo de la silla había algunas chaquetas de punto y pantalones de pana metidos en sus perchas; todo lo que no me había cabido en la maleta del viaje de ida. Encima de la colcha seguían mis muñecas, repeinadas, cada una con su correspondiente juego de trajecitos guardado en un maletín del altillo. En las estanterías, libros de texto viejos y cuadernos de caligrafía que nunca hicieron su efecto en mis manos tontas; y también vagones de juguete, un tiovivo eléctrico, un maletín de peluquería infantil y una enciclopedia de ocho tomos.

Junto a la cama reposaba un marco con una foto del día de mi comunión. Mi madre, con los ojos entrecerrados por el sol, se apoyaba en mi hombro, mi padre salía riendo al otro lado, y yo estaba en medio de los dos con un traje de novia en miniatura y una sonrisa de oreja a oreja, convencida de que sería el mejor día de mi vida.

La foto estaba tomada en el hipódromo, donde se celebró la fiesta y donde mis vecinitos Alfonso y Borja, dos hermanos mellizos con las rayas del pelo perfectamente peinadas a un lado, me obligaron a quitarme las bragas debajo de la mesa y dárselas. Un rato después, cuando se marcharon con ellas, yo me quedé debajo del mantel grueso y blanco, y allí le conté lo que había pasado a Loreto, mi única compañera de catequesis que no me parecía una completa imbécil. Al final sí que resultó serlo, porque Loreto se lo contó a Bea, Bea a Raúl, Raúl a Gonzalo, Gonzalo a su madre y esta a la madre de los mellizos, una mujer que no había visto en mi vida y que me acorraló en el baño del hipódromo para decirme que ni se me ocurriera volver a acercarme a sus hijos. A mí solo me salió decirle:

—Vale, pero devolvedme mis bragas.

Más tarde, mientras todos bailaban con las manos arriba, abajo, derecha, izquierda, delante, detrás, en la sala de fiestas con el suelo pegajoso de los líquidos vertidos, mi madre y esa señora se enzarzaron en una discusión que terminó conmigo castigada en la parte de atrás del coche, de vuelta a casa, sin bragas y con los nudillos metidos en la boca.

Cerré la puerta de mi cuarto y volví al salón, donde mi padre había desaparecido detrás de varias torres de papeles. Pulsé el interruptor, pero la lámpara no se encendió. Tampoco funcionaban la luz del pasillo ni la del baño. Fui a subir la persiana, pero me bastó una mirada de mi padre para desechar la idea. En la frente le brillaban mil gotas de sudor. Me pidió que le ayudara a tirar papeles y durante un largo rato estuvimos clasificando todos los documentos, muchos de

ellos con el nombre de mi abuelo impreso, otros muchos con el nombre de mi padre e incluso de mi madre, hasta llenar varias bolsas de basura que me tocó bajar al cubo de la calle a la hora de máximo calor.

Antes de subir saqué del buzón una pila de cartas, facturas, notificaciones y citaciones de mi padre. Me senté a ordenarlas en la escalera y entre todo el papeleo descubrí varios números de una serie de manuales para aprender a dibujar por fascículos a los que me había suscrito mi madre antes de mudarnos. Solo me había dado tiempo a recibir el primero y el resto se habían quedado ahí muertos del asco. De pronto oí pasos en la escalera y apareció uno de mis vecinos octogenarios, que se me quedó mirando con la mano en el pecho.

—Uy. Hace tanto que no te veo que pensaba que eras un fantasma.

—Lo soy —dije de broma.

Aceleró el paso y salió del portal sin mirarme.

Comimos tardísimo en un restaurante de la avenida ancha de mi barrio. Dentro se respiraba un aire refrigerado. El dueño, un hombre con la camisa remangada sobre unos brazos gruesos, salió de la cocina para saludar a mi padre con un apretón de manos. Hacía ya un tiempo que me había fijado en que en la ciudad casi nadie solía mirarle a los ojos demasiado tiempo. Asentían, sonreían y mantenían la cabeza gacha como perros a la espera de una caricia en el lomo. En cambio, en el pueblo ocurría justo al contrario, el que esperaba la caricia era mi padre.

El hombre se acercó para decirme cuánto había crecido, aunque yo no recordaba haberle visto en mi vida, y después nos sentaron en una mesa discreta apartada de las demás. Nos sirvieron un cocido y mientras comíamos vinieron varias veces a retirarnos las migas de pan de la mesa y a preguntarnos si la sopa estaba a la temperatura deseada. Me fijé en que mi padre no tocó su copa de vino en toda la comida, pero cuando durante el postre fui al baño, hice pis y volví, el vino había desaparecido por arte de magia.

A pesar de todas las cosas raras que estaban pasando ese día, lo noté más tranquilo y amable conmigo, como si se estuviera esforzando en perdonarme mis salidas de tono o mis dibujos de pervertida.

—¿Ya tienes amigas? —me preguntó mientras pinchaba un garbanzo.

—Sí —mentí.

—¿Niñas del pueblo?

«La verdad es que no, papá, mi único amigo es un hombre adulto vestido de monja que anoche se tiró por la ventana del cuarto de

baño.»

—Sí. Tres chicas de mi clase.

Le conté con detalle cómo se llamaban y a qué se dedicaban sus padres, y añadí que ahora estaban de vacaciones (dos en apartahoteles en primera línea de playa y la otra en un camping de autocaravanas), pero que volverían a finales de agosto. Si no se lo tragó fue porque no quiso.

Esa misma tarde mi padre me regaló un colgante dorado. Se escabulló dentro de una joyería de una galería comercial y yo me quedé sola mirando en un espejo cómo todos los pelos de mis piernas bailaban la conga bajo la luz fluorescente. Me pegué a la pared y no me moví durante veinticinco minutos para reducir las posibilidades de que alguien se diera cuenta de aquel espanto. Por fin apareció mi padre con un paquete escondido a la espalda.

—Te debía tu regalo de cumpleaños.

—Gracias.

Todavía pegada a la pared, rasgué el papel de regalo y abrí la cajita. El colgante tenía forma de corazón y una cadena también dorada. Mi padre me dijo que lo había mandado fundir a partir de una joya familiar de oro muy especial y que por eso tenía mucho más valor. Yo conocía perfectamente el recorrido de esa joya: mi padre me había contado la historia tropecientas veces entrelazada con las anécdotas de las muertes de todos mis ancestros; pero como estaba de buen humor, me dijo que me la volvería a contar en el camino de vuelta, y sobre todo me recordó que era muy importante que no mojara el colgante, ni lo perdiera, ni dejara que se me cayera por el váter bajo ninguna circunstancia.

La dependienta que se lo había cobrado vino corriendo desde la otra punta de la joyería para abrochármelo. Su mirada se quedó clavada en mis espinillas durante un segundo, pero enseguida la desvió como si nada hubiera ocurrido.

*

Siempre me había gustado mantenerme al margen de todo el mundo. Después del incidente del día de mi comunión, cuando me consagré como la más problemática de la clase, empecé a pasar los recreos sentada en lo alto del muro que dividía los dos patios, el de pequeños y el de mayores. Desde arriba vigilaba las actividades que suelen vigilarse en los patios, como los intercambios de pegatinas, los partidos de fútbol y las peleas; pero también otras actividades más clandestinas como los besos o los juramentos.

Hice un trato con las cuidadoras para que me dejasen estar ahí,

siempre y cuando las avisara a tiempo de cualquier altercado grave en mi campo de visión. Ellas se quedaban fumando y hablando de sus cosas junto a la alambrada y yo hacía de guardia jurado. Al principio a mis pies se concentraban los que no querían jugar con los demás, después también se unieron los castigados y los lesionados. Se amontonaban unos sobre otros contra el muro. Me gustaba tenerlos a todos bajo mis alas, incluso los días de más calor o de más frío, formando un club de repudiados. Algunos llegaban solos, sangrando por la nariz o con una fractura de meñique, pero al pasar los días hacían amigos, se curaban y se marchaban. Apenas hablaban conmigo y solo me miraban desde abajo con las caras arrugadas del resplandor del sol, aunque yo me aprendía los nombres de todos como si fuera mi deber.

Cuando llovía no me dejaban subir al muro porque estaba cerca de las antenas parabólicas y podía electrocutarme. Así murió la vecina de una de las cuidadoras, frita por un rayo junto a una toma de tierra; se lo oí contar una mañana a las demás en voz baja, y aquella imagen paranormal se quedó para siempre grabada en mi cerebro. A partir de entonces me prohibieron terminantemente subirme o acercarme a las antenas a la mínima que el cielo se ponía oscuro.

Si llovía mucho nos metían adentro, los pasillos se llenaban de barro y yo perdía mis poderes. Me sentaba contra los murales de la pared y se me manchaba la espalda del uniforme con restos de ceras blandas. A mi alrededor, las niñas de clase hacían corrillo para jugar a las palmas y a veces me unía por inercia. Si empezaban a hablar de chicos o de programas de la tele que yo no veía, el círculo se iba cerrando poco a poco delante de mí hasta dejarme fuera, de tal forma que era difícil saber, incluso para mí, si me habían sacado ellas o me había salido yo. Era entonces cuando me acercaba a una niña china de manos diminutas llamada Lin, que apenas hablaba y que se sentaba al fondo del aula como un mueble hasta que los profesores se olvidaban de su existencia. Fue mi modelo a seguir. Durante las clases, en vez de escribir, dibujaba en su agenda con un arsenal de rotuladores de colores que guardaba en el estuche. No sé cuándo llegó ni cómo empezamos a juntarnos, pero todo lo que sabía de dibujo y camuflaje me lo había enseñado ella y nunca llegué a darle las gracias.

En el colegio del pueblo no había chinas ni antenas. Los pasillos eran más estrechos y enseguida se llenaban, aunque solo hubiera una clase por curso en lugar de seis. No había uniformes ni normas de ningún tipo y aunque la lluvia era frecuente, no era motivo de refugio. Solo teníamos un patio con canastas torcidas y hierba de verdad, rodeado por una tapia que delimitaba con Ninguna Parte, un

descampado salvaje. Allí era donde iban a fumar los mayores, y el humo que trepaba por la tapia desataba la euforia de los que quedaban dentro, que como perros rabiosos se pegaban a las grietas para escudriñar lo que estaba pasando en el exterior. Los más altos se agarraban a los salientes para asomar la cabeza por encima de la tapia, y todos los demás utilizaban alzadores humanos como Miguel. Justo así lo vi por primera vez: a cuatro patas en el suelo, extrañamente estoico mientras un compañero de clase le hundía las zapatillas en la columna vertebral. Al lado su hermana Carmen, que iba tres cursos por debajo, le sostenía las gafas. Me inspiró la serenidad que emanaba de ese minúsculo equipo de perdedores, orgullosos representantes de una clase que nunca dominaría pero a la que siempre acompañaba un halo resplandeciente de dignidad.

Aun así, desde el principio vi a la legua lo distintos que eran. Carmen no habría dejado jamás que le pisaran la espalda; tenía los ojos brillantes y fama de dar patadas tan fuertes como para dejar hospitalizado a un niño durante dos días. Ella y su grupo de amigas siempre andaban ensayando bailes para alguna celebración, y las chicas de mi clase las observaban desde el otro lado del patio y dedicaban largas horas a criticarlas y reírse de ellas, sin que a ellas les importara lo más mínimo. Yo me senté durante los primeros meses en una esquina fronteriza entre los dos grupos hasta que descubrí que podía quedarme en el cuarto de baño sin que nadie me echara de menos. Poco después Miguel también lo descubrió.

*

Un par de días después de colgarme del cuello el colgante, me desperté con un sarpullido por todo el pecho. Para que mi padre no se sintiera culpable, y sobre todo para no sentirme yo, me lo intenté curar a base de crema solar, que era lo único que tenía en casa, hasta que se me puso tan rojo que me vi obligada a bajar a la farmacia. Me asomé al despacho de mi padre para avisarle, pero estaba hablando con el teléfono en el hombro mientras hacía aspavientos y me miró como si no me conociera.

Caminé veinte minutos bajo el sol con el pecho en carne viva. A cada rato me paraba e intentaba lamérmelo para aliviar el ardor, pero la barbilla me chocaba contra las costillas y la punta de la lengua se quedaba en un lugar incierto que no me servía para nada.

Al llegar a la farmacia corrí la cortina de cuentas y entré como un ninja. La madre de Miguel estaba en el mostrador abstraída sobre un cuaderno y una calculadora. Me coloqué detrás del expositor de una marca de productos para la alopecia y esperé hasta que levantó la

cabeza. Se me quedó mirando por encima de las gafas, y yo, que no me atrevía a abrir la boca, me estiré el cuello de la camiseta dejando al aire la piel inflamada. Abrió los ojos de par en par y solo dijo:

—Por el amor de dios.

En la trastienda había algunas estanterías repletas de medicamentos, pilas de archivadores y una mesa plegable donde estaba sentado Miguel rellenando (lo vi por el rabillo del ojo) un cuaderno de vacaciones. Al verme pegó un bote en la silla y escondió el cuaderno debajo de un paquete de pañales, que a su vez tapó con una mochila. Con las prisas, la torre de cosas se resbaló del extremo de la mesa y se desparramó por todo el suelo. Mientras lo recogía, me dijo hola en voz baja y retiró la vista cuando su madre me quitó la camiseta, me desabrochó el colgante y me untó una crema amarilla por toda la zona, manchándome un poco los tirantes del bañador que me había puesto debajo por si acaso. Susurró una disculpa mientras me los bajaba por los hombros y me apartaba el pelo hacia un lado.

Tenía las yemas de los dedos frías y suaves. Llevaba las uñas pintadas de azul y me di cuenta de que evitaba profesionalmente el contacto con mis tetas, lo que me hizo sentir como si de verdad tuviera. Cuando terminó de embadurnarme por delante me agarró con delicadeza de la cintura para girarme y revisar si la erupción se había extendido. Enseguida confirmó que por detrás estaba igual de mal. Me sujetó el pelo con una mano mientras con la otra me untaba la crema sobre la piel de las vértebras del cuello, y yo cerré los ojos y entré en un estado de trance muy extraño. Olía a jabón de almendras y a jarabe. Intenté atesorar sus manos en la memoria táctil, sus manos grandes en cascada por mis huesos diminutos, sus manos de madre sobre mi piel de reptil. Cuando me dijo que habíamos terminado me sentí súbitamente vacía.

Miguel, que había mantenido la mirada en un punto fijo de la pared mientras su madre me ponía la crema, levantó la mirada antes de tiempo y al descubrir el reguero semicircular de ronchas dijo:

—Parece que te han hecho una autopsia.

Hicimos las paces en el camino del río. Me senté en una roca grande y metí los pies en el agua mientras él intentaba atrapar a los peces de la orilla. Su madre había llamado a mi padre desde la farmacia para decirle que estaba con ellos y que me acercaría a casa más tarde. Como yo no me sabía el número de esa casa, miré atentamente cómo lo buscaba en su agenda.

—¿Tienes el teléfono de la casa de mi abuelo? —pregunté. Ella me miró como si hubiese hecho la pregunta más tonta del mundo.

—Todo el mundo tenía el teléfono de tu abuelo.

En realidad no me sorprendía: mi abuelo era adicto a la gente. Según había oído, para recorrer un trayecto de cien metros necesitaba salir con tres cuartos de hora de antelación, porque a cada paso alguien lo paraba para pedirle favores que él siempre hacía. Le gustaba la gente, frecuentaba la iglesia y era especialmente célebre por guardar siempre una armónica en el bolsillo de la chaqueta, que se llevaba a los labios con modestia cuando la gente coreaba su nombre. Había un vídeo suyo que circulaba en cintas por las casas de muchos vecinos, en el que se le veía, con traje blanco y sombrero panamá, tocando una balada con los ojos cerrados, rodeado de un corrillo de personas en mitad de un salón de bodas. Miguel me confirmó que ellos también tenían ese vídeo en casa y que su padre a veces ponía ese trozo en bucle solo para insultarle.

—¿Es verdad que en tu familia todos se mueren siempre en verano?

—Yo qué sé —repliqué, como si me estuviera echando la culpa a mí—. Puede. Algunos sí.

—¿A ti te gustaría?

—¿Me gustaría el qué?

—Morirte en verano.

—Pues no.

—A mí tampoco. En verano te pudres más rápido.

Sentí una punzada en la parte baja del estómago. Para cambiar de tema le pregunté por su hermana, y me contó que llevaba dos semanas en un campamento de surf en la playa. Que llamaba todos los días para decir que la comida estaba muy buena y que por poco había muerto ahogada. Que había hecho una amiga que salía en anuncios de televisión. Que los echaba de menos, pero no mucho.

Me tranquilizó que no volviera a intentar besarme. Estaba concentrado en atrapar los peces, como si le hubiera nublado los sentidos un impulso todavía más primario que el de la carne. Se había remangado los pantalones y se le veían unos pelos en las piernas iguales que los míos. Yo me había encargado de quitármelos con una cuchilla de mi padre la misma noche en que volvimos de la ciudad, y otra vez esa misma mañana, en cambio los suyos seguían allí tan tranquilos, con todo el derecho del mundo a existir. Me fijé en sus brazos desgarbados, en la marca del moreno en sus tobillos, en el cristal de sus gafas salpicado de agua.

En un descuido atrapó un pez feo y gris de la orilla y lo agitó triunfante sobre su cabeza. El pez boqueó para tratar de agarrarse a algún soplo de vida, hasta que Miguel cejó en su empeño asesino y volvió a lanzarlo al agua bajo mis pies, entre los que se escabulló

hacia algún lugar lejano donde no existieran más Migueles.

—¿Cuánto tiempo puedes aguantar la respiración? —me preguntó.

—No sé, bastante.

—¿Bastante como un minuto entero?

—Nunca lo he calculado.

Por supuesto, el reloj de dos kilos que llevaba en la muñeca tenía cronómetro. Me quité la ropa hasta quedarme en bañador y me concentré en mantener una respiración pausada mientras me adentraba en el agua. Estaba más limpia que la última vez y el sol proyectaba un juego de luces y sombras justo por encima de nuestras cabezas que envolvía todo el río en un aire místico. Decenas de mosquitos revoloteaban por todas partes. Poco a poco el agua me sobrepasó el ombligo y enfrió mi pecho todavía inflamado, aliviándome el picor como por arte de magia. Me agaché hasta sumergir la barbilla y Miguel, con la mirada clavada en su reloj, inició la cuenta atrás; entonces tomé aire hasta el límite de mis pulmones y cuando gritó «¡tres, dos, uno!» metí despacio la cabeza en el agua.

Un halo de luz perforaba la superficie e iluminaba las venas azules de mis muñecas, las espinillas blancas de Miguel, el lecho de cantos rodados, las partículas suspendidas a cámara lenta (trocitos de tierra o de algas o de plancton o yo qué sabía qué); y el conjunto parecía el mobiliario de un nuevo hogar acuático donde podría haberme quedado a vivir. Y me habría quedado si no fuera porque la naturaleza me maldijo en ese momento con algo inesperado salido de mi propio cuerpo, algo terrible que me brotó entre las piernas sin avisar: una gran voluta de un rojo intenso, una intrusa en la transparencia que se expandió por el agua y empezó a subir hacia la superficie ante mis ojos para teñirlo todo de tragedia como en las películas de tiburones.

Saqué la cabeza por acto reflejo y mientras Miguel gritaba «¡¡treinta y dos segund...!!», volví a inspirar profundo, buceé hasta la roca, levanté la rodilla y la restregué contra su superficie con todas mis fuerzas.

Cuando por fin salí a flote Miguel estaba pálido en mitad del río. Tenía la cara desencajada y no podía ni hablar. Aunque era raro, conseguí llegar hasta la orilla dando saltitos con las piernas cerradas, como un muñeco de muelles, para desviar toda la atención hacia lo que quedaba de mi rodilla. Por toda la pierna me brillaba una película de sangre aguada. Miguel me la colocó en alto como si se me fuera a caer y enseguida echó a correr a la farmacia para avisar a su madre. Yo me quedé allí sentada y empapada con dos punzadas de dolor: una

en la herida que acababa de abrirme a mí misma y otra en aquella zona misteriosa que no era más que un útero traidor.

5

No es que fuera mi primera regla. Ya había vivido el trauma cuatro veces antes, sin llegar a creerme del todo que aquella sangre estuviera escapándose de mi cuerpo sin provocarme la muerte. La primera, la mañana más fría del invierno sobre el colchón viejo de mi padre, a las dos semanas de mudarnos. La segunda, un viernes por la tarde después de comerme tres bolsas de pipas seguidas en los soportales de la plaza. Tanto la tercera como la cuarta fueron en clase de lengua; llegué a pensar que mi profesora ejercía sobre mí algún tipo de influencia gravitatoria al estilo de las mareas.

A pesar de la aprensión, del dolor, del desconcierto y del velo que lo cubría todo como un crimen de Estado, esas primeras veces logré mantenerme en un cierto estado de calma interna, por la sencilla razón de que todavía no era verano, y eso significaba que todavía no corría peligro de muerte. Pero ahora sí. Ahora julio apretaba, la pared del baño estaba llena de moscas y los dedos se me habían convertido en morcillitas. La llegada del verano abría la posibilidad oscura de que me desangrara en el suelo en cualquier momento, y lo que era peor, de que me convirtiera en la protagonista de la muerte más humillante de la maldición familiar.

Por si fuera poco, me había destrozado la rodilla y andaba por la casa renqueando como si tuviera cien años. A pesar de todo, me convencí de que haber logrado que Miguel no se diera cuenta en realidad había sido un triunfo que me reconocí a mí misma con un beso sobre una venda nueva. La había encontrado en un botiquín debajo del fregadero y la utilicé para sustituir la que me había puesto la madre de Miguel. La mercromina se había pegado a las fibras, y a su vez todo a la herida de mi rodilla, creando un conglomerado de pus y costras que daba terror.

Mientras pegaba la venda con un esparadrapo, oí unos gritos en el jardín y al asomarme a la ventana vi a mi padre corriendo por la parcela. Cuando se asustaba se le ponía una cara de muñeco que en otras circunstancias me habría parecido graciosa. Saltó la puerta de hierro y bajó a toda velocidad hacia la rotonda, aunque desde mi posición no alcancé a ver qué había pasado.

Salí del baño a la pata coja y me topé con el alcalde en la escalera. Cada vez pasaba más tiempo en casa, especialmente en el salón, donde se atiborraba a galletas saladas y planeaba con mi padre estrategias para atajar las anomalías legales, a veces durante tardes enteras y a menudo acompañados de abogados y otros moscones. Algunos traían los coches rayados de punta a punta, así que mi padre

aprendió a no aparcar fuera de casa el suyo por si acaso le hacían lo mismo.

—Necesito aguarrás y estropajos —dijo el alcalde. Lo miré con cara de pocos amigos. Él bajó la mirada hasta mi rodilla vendada y añadió—: ¿Cómo te has hecho eso, criatura?

—Con un hacha —repliqué.

—¿Cómo?

—No. Me caí en el mirador.

—¿Y eso? —La pregunta no era inocente, yo sabía que estaba intentando pillarme. De lo que no se daba cuenta era de que yo llevaba años perfeccionando el arte de las mentiras catedralicias.

—En la terraza del segundo bar a la derecha tienen las sombrillas sujetas con cadenas para que no las roben —expliqué, muy tranquila —. Y las cadenas atraviesan la zona de paso y entonces todo el mundo se tropieza.

—Ya. Se lo he dicho unas cuantas veces. —Hizo una pausa—. Pues no te tropieces tanto, a ver si vamos a tener que llevarte con correa.

Le sostuve la mirada el tiempo suficiente para que no me volviera a hablar mientras buscábamos los estropajos. Los saqué de un armario de la cocina y le acompañé a la rotonda. Sobre la piedra inmaculada del coloso alguien había escrito con espray en letras grandes: LADRONES. Noté cómo la venda de mi rodilla se empapaba despacio de la sangre acumulada.

Después de una hora frotando la estatua, el alcalde se autoinvitó a cenar y tuvimos que dividir en tres la fiambrera de dos raciones. Sacó una botella de vino del aparador y se sirvió una copa para él y otra para mi padre, que cada cinco minutos se levantaba con la copa y se paseaba por la casa con la excusa de que tenía que vigilar todas las ventanas. Al regresar siempre traía la copa vacía.

Cuando terminamos y me levanté para recoger, el alcalde me hizo un gesto para que me acercara y olí su sudor mezclado con el aguarrás. Entonces me dijo al oído:

—No te preocupes, guapa.

Y me dio una palmadita blanda en la parte baja de la espalda, una zona en tierra de nadie que no podía llamarse espalda ni culo, una palmadita ambigua y perversa.

*

Miguel, que no se enteraba de nada, me llevó a casa el tubo de pomada antihistamínica que me había puesto su madre, aunque la alergia del pecho ya era lo de menos. Todavía me picaba y había

adquirido un tono púrpura bastante extraño que intentaba tapar con camisetas cerradas, pero al menos ya casi no me dolía. Antes de irse, Miguel se sacó del bolsillo el colgante de oro (o lo que yo había creído ingenuamente que era oro) y me lo entregó como la chapa de un soldado caído en acto de servicio, solo que en este caso el soldado era yo misma. El colgante resbaló de sus dedos a los míos junto con una nota de papel doblada que leí un rato después en mi habitación. Solo tenía una frase escrita con caligrafía torpe que decía:

HABER SI EL PRÓXIMO DÍA AGUANTAS UN MINUTO.

Debajo había apuntado su número de teléfono.

Volví a doblar el papel muchas veces sobre sí mismo hasta que quedó hecho una bolita, y solo se me ocurrió esconderlo en el bolsillo del forro polar que tenía colgado en el armario.

Subí a mi cuarto, me acerqué al mueble, y nada más abrir la puerta se me escapó un grito porque dentro, entre los vestidos, las chaquetas y los abrigos que colgaban de las perchas, apareció León.

Di un traspié del susto y me caí de espaldas sobre la cama.

—¿¿Qué haces ahí??

—Nada, nada.

Salió del armario con una agilidad sorprendente y se quedó plantado en medio del dormitorio sin saber muy bien dónde ponerse. Tenía la cofia medio caída por la espalda y olía a mi ropa. Se sacudió algunos hilos que se le habían quedado pegados al hábito y se rascó el cuello.

—¿Llevas ahí todo el día? —pregunté.

—¡No, claro que no!

—Por si no te habías dado cuenta, es raro de narices que te metas en mi armario.

—Lo que es raro de narices es que entres sin llamar.

Nos miramos en silencio. A través del suelo se oían las voces amortiguadas de varios hombres en el despacho de mi padre. León puso los brazos en jarras.

—Bueno. Cuéntame, ¿quién es ese hombrecillo?

—¿Quién? ¿Miguel?

—No, no. Miguel ya sé quién es. Es el niño de las gafas.

—Bueno, no es un niño, es como yo. De hecho, me saca cinco meses.

León soltó una carcajada.

—Ya, ya, bueno. Me refiero al hombrecillo. —Señaló al suelo.

—¡Ah! ¿El alcalde?

—¿El hombrecillo es un alcalde? No me digas.

—Sí.

—Vaya. —Hizo como que pensaba—. Vaya, vaya. Qué importantísimo hombrecillo.

—Es amigo de mi padre. Tienen el juicio juntos en septiembre.

—Eso está muy bien.

Me miró la rodilla, se agachó en el suelo sobre una pierna, como si le fueran a investir caballero, y me rozó la venda. Hice una mueca de dolor.

—Perdona. —Sopló encima y me pareció que en ese momento el dolor remitía por arte de magia—. ¿Por qué te haces estas cosas?

—No sé —mentí.

Entonces, con los dedos temblorosos, de entre las gasas y el pus sacó una flor pequeña y blanca. Parecía brillarle en la palma de la mano. Se levantó y me la tendió sin gran ceremonia.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. Estoy bien.

—Por favor, no vuelvas a hacerlo.

—Vale.

Entornó los ojos como si no se fiara mucho. A continuación se aupó hasta la ventana, me lanzó una mirada cómplice y volvió a arrojarse al vacío, como si fuera de aire.

*

En el Colegio había una anciana que llevaba todo el año muriéndose pero no se moría nunca. La tenían confinada en una habitación del primer piso y cada cierto tiempo un médico subía a verla y determinaba que aquel sería su último día. Entonces a la anciana se le formaba una cola de gente en la puerta que se extendía por la escalera y llegaba hasta la entrada de la planta baja. En la cola había residentes del Colegio, pero también visitantes habituales, jardineros, limpiadoras y otros miembros del personal. Todos guardaban su turno para presentarle sus respetos a la señora, hasta que al cabo de un par de horas la cola se agotaba y no quedaba más que la silueta de una cabecita en la cama y en todo caso, un trasiego de sombras de las monjas se quedaban con ella a la espera de que esa vez fuera la definitiva; pero no, la señora nunca se moría; y así pasaba la noche, llegaba otro día y todos recuperaban sus rutinas de siempre. Solo al cabo de dos o tres semanas todo se repetía como un mal sueño: volvía el médico, volvía la sentencia de muerte y, en consecuencia, volvía la cola.

Por enésima vez, fui testigo de todo aquello desde la pérgola de

rosas. El médico debía de haberse ido poco antes de aparcar nosotros, porque la cola todavía llegaba hasta la fuente. Como era habitual, los que esperaban se entretenían discutiendo sobre si aquella vez sería la definitiva o no. Llevaban gorras y se refrescaban salpicándose agua los unos a los otros.

Para evitar que me quedara de cháchara con personas *non gratas*, mi padre me había sacado un libro de su antigua estantería y me lo había metido en una bolsa de plástico para que me lo leyera. Me senté con la bolsa en una mesa de merienda y miré cómo se abría paso entre el tumulto de malas maneras; nada le gustaba menos que los grupos de más de diez personas. Cuando desapareció por detrás del mostrador de recepción me asomé a la bolsa para sacar el libro y vi que de entre las páginas salía una pequeña mariposa marrón. Revoloteó en círculos a mi alrededor y se escapó hacia unos arbustos. En ese momento un hombre se salió de la cola para perseguirla. No medía mucho más que yo y llevaba un corte de pelo irregular, más largo por las sienes que por arriba, y una camisa de cuadros de manga corta abrochada hasta el cuello. Correteó detrás de la mariposa, a pesar de que ya estaba fuera de su alcance.

—¡Eh! ¡Marciano!

Hattie, que en ese momento estaba saliendo por la puerta del Colegio, se acercó a toda prisa con una revista en la mano. Él se paró en seco, se volvió hacia ella y empezó a justificarse en un idioma propio compuesto solamente de vocales que parecía emitir por la nariz. Hattie le dio un apretón en el hombro y se volvió hacia mí:

—Perdona.

—No pasa nada.

El hombre se quedó dando vueltas a nuestro alrededor. Al ver que tenía tres huecos libres, Hattie se sentó a mi lado sin preguntar y me fijé en que tenía los ojos un poco hinchados. Se sonó los mocos, miró hacia la ventana de la anciana moribunda y suspiró.

—Me da mucha pena.

—Y a mí —contesté, por decir algo, aunque no era cierto porque no la conocía de nada.

—Yo vivo en su casa, ¿sabes?

—¿Dónde?

—En la estación. Pago muy poquito de alquiler porque es un piso muy pequeño con mucho ruido de los trenes.

—A lo mejor hoy tampoco se muere.

—Puede que no. Pero algún día sí.

Me quedé atrapada en su última frase como un conejo en el fango y noté un hormigueo en las palmas de las manos. Hattie intuyó que

podía desencadenarse algo raro y entonces abrió la revista sobre la mesa y señaló la cara de una famosa que yo no había visto en mi vida.

—Mira. No es posible ser más guapa —dijo. La revista estaba sobada y rota de haber rodado por todos los rincones del Colegio. Hattie contempló las fotos a doble página de la famosa en bañador como si fueran de un pariente cercano. Yo no contesté y además empecé a ponerme nerviosa, porque mi padre estaba en la segunda planta y me había prohibido terminantemente todas las interacciones con cualquiera que rondara por allí.

—¡Ya sale Ana!

Empezó a hacer aspavientos en su dirección y Ana se hizo sombra en los ojos con la mano, llegó hasta nosotras arrastrando los pies, se desplomó en la mesa, miró la cola y solamente dijo:

—Dantesco.

Hattie la ignoró. Sacó del bolso un melocotón, un plato de plástico y un cuchillo de punta redondeada como los de los bebés y se lo tendió a Ana. Durante unos minutos ella intentó pelarlo, pero el cuchillo no paraba de resbalarse por la piel.

—No puedo —suspiró.

—Sí puedes —dijo Hattie desde detrás de la revista.

—No.

Hattie dejó la revista a un lado, agarró el melocotón y en unos segundos le sacó el hueso con los dedos.

—¡Uy! Mira qué difícil.

Ana sonrió. Aunque fue una sonrisa breve, era la primera vez que la veía hacer ese gesto tan simple que parecía hacerle daño en las mejillas. Despedazó el melocotón y lamió la carne despacio, evitando morder la piel. Acostumbrada a verla silenciosa y huraña, de pronto me produjo un destello de curiosidad en mitad del patio. Tenía el pelo cortado a lo chico, negro y grueso, y unas cuantas canas en el flequillo que le daban carácter. Hattie se volvió hacia mí.

—Antes Ana escribía mucho, ¿sabes?

—¿El qué? —pregunté.

—Mierda —contestó Ana.

—Artículos de periódico, pero sobre todo cuentos —repuso Hattie —. Muy buenos cuentos. Yo aprendí todo ahí y ahora hablo mejor que ella.

Ana le dio un empujón en el brazo lleno de pecas. Entre ellas parecía existir un vínculo cimentado en años y experiencias comunes. No había visto nunca una amistad así en chicas de mi edad, y mucho menos en mujeres adultas. Pensé en Lin, la china de mi colegio y en que, si me hubieran dejado, quizá podríamos haber llegado a ser

mejores amigas del todo, de esas que se cuentan sus cosas, se van de compras y salen con hermanos gemelos, pero hacía meses que no sabía nada de ella. Ni siquiera me había acordado de apuntarme su dirección antes de irme para mandarle una carta, o su teléfono para llamarla por su cumpleaños. Ni siquiera sabía cuándo era su cumpleaños.

Como Ana no se había acabado el melocotón, Hattie me alargó el plato para que cogiera y acepté el trozo más pequeño. El Marciano seguía correteando en círculos alrededor de la mesa. Ana echó un vistazo a mi bolsa.

—¿Te gusta leer?

—Sí. Bueno... No sé —dije mirando al suelo—. Mi padre quiere que lea pero tampoco tenemos muchos libros, y los que tenemos están podridos por dentro.

—¡Anda! Como los míos.

—Le podrías dejar alguna de las antologías, ¿no? —propuso Hattie, y se volvió hacia mí—. ¿Te gustaría?

—Vale.

Ana, claramente incómoda con el rumbo de la conversación, se inclinó sobre la mesa y me miró a los ojos:

—¿Alguna vez has visto dos moscas apareándose?

El melocotón me dio un salto en mitad de la garganta.

—No.

—Este se dedica a vigilar a los perros para ver si los pilla dándole al tema. —Señaló al Marciano—. Se pasa el día persiguiéndolos, pero nunca consigue pillarlos. Tampoco a los gatos. Ni a las mariposas. Solo pilla a las moscas. Cada vez que ve a dos juntitas en una barandilla, viene a contármelo. Y otra cosa no, pero te aseguro que aquí hay muchísimas muchísimas moscas.

—Ana... —empezó a decir Hattie.

—¡Marciano! —gritó Ana al tiempo que le hacía una señal con el brazo. Él salió de entre unos matorrales, llegó a la mesa en una carrera y la miró con mucho interés—. ¿Cómo hacen las moscas?

El Marciano se abalanzó sobre mí, me agarró por la espalda y empezó a restregar su cuerpo contra el mío con energía mientras se reía a carcajadas al unísono con Ana, que daba golpes en la mesa al borde de la asfixia. Hattie se levantó y le atizó con la revista para que me soltara.

—¡Ya! ¡Para! —Empezó a pegar también a Ana—. ¡Dile que pare!

El Marciano tardó unos segundos más en soltarme del todo. Se alejó a todo correr, muy contento, y a Ana se le fue pasando el ataque de risa. Yo me recoloqué la camiseta y la miré con la cara ardiendo,

sin tener muy claro si aquello era gracioso o no. Luego recé para que mis padres no lo hubieran visto desde la ventana.

*

León me acompañaba en el aburrimiento de julio. Lo veía aparecer, como siempre, sin previo aviso y en cualquier parte: dentro de un armario, en lo alto de un árbol, a los pies de mi cama o incluso en el hueco oscuro de debajo, donde más miedo me daba mirar. Extendía la cofia en la alfombra y se sentaba sobre ella como si fuera un mantel de pícnic, con la falda del hábito remangada. A veces no hablaba y otras veces no paraba de hablar. Su voz de ceniza rompía el silencio de la casa por las noches.

—Vera.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Para qué me llamas?

—No te llamo.

—¿Y por qué dices mi nombre?

—Porque quiero.

—Bueno.

—Vera.

—¿Qué?

—Vera.

—¿Qué?

—Vera.

—¿Qué?

—Vera.

—León.

Muchas de nuestras conversaciones eran simplemente eso. Otras veces se ponía más grave y hablaba inconexo y profundo, como en verso, tan pronto de amor como de mitología; me distraía y yo me dejaba distraer procurando no ofrecerle demasiada atención, aunque era difícil.

Le costaba, como a mí, centrarse en una sola cosa, así que miraba constantemente a todas partes como una abeja perdida. Incluso pesaba lo mismo que una abeja. Cada vez que lo rozaba tenía la impresión de que podía elevarlo por encima de mi cabeza o incluso hasta el techo con mucha facilidad. Suponía que por eso siempre hacía sus mutis con un salto de gracia desde una ventana muy alta, sin romperse un solo hueso.

Me moría de curiosidad por León. Pensé que lo invocaba por culpa de mi deseo soterrado y maldito de materializar a un hombre en

mi vida que no fuera un niño imberbe con gafas, ni un perseguidor de moscas, ni mucho menos un alcalde, y me quedaba muy quieta con la pierna por fuera de la sábana esperando a que se tumbara a mi lado y me acariciara el muslo, solo eso, nada más, pero León no hacía nada; se limitaba a llenarme el cuarto de humo y a tirar bolitas de papel por la ventana mientras canturreaba por la comisura de la boca.

Empecé a sentir la necesidad palpable de un contacto físico que nadie me daba. A veces, largo rato después de que se hubiera marchado, me tapaba con la manta más grande que encontraba y deslizaba despacio los dedos entre mis piernas para aliviar la inquietud, sin un pensamiento concreto, y al terminar me quedaba medio dormida, medio asfixiada y un poco triste.

También ponía cintas de mi madre llenas de canciones luminosas grabadas de la radio. Las ponía a un volumen muy bajito para no interrumpir las reuniones de mi padre en el piso de abajo. Aun así, nada más ponerlas aparecía León y me acompañaba haciendo percusión sobre las puertas, bailando lo más dignamente que podía, moviendo los hombros y la barbilla, pero sin levantar los pies del suelo. Yo imitaba sus movimientos en el otro extremo del pasillo, y en un momento dado corríamos el uno hacia el otro y chocábamos los cuerpos en una singular coreografía. Cuando la canción estaba terminando, surgía de las profundidades la voz de un locutor que se cortaba a mitad de frase para saltar a la siguiente canción que había grabada en la cinta.

La casa estaba llena de recovecos y habitaciones. En algunas, las persianas estaban rotas y las bombillas fundidas, por lo que eran impracticables. También había un par que estaban llenas de cosas de mi padre que no me despertaban ninguna curiosidad, y otras, como el desván, estaban sujetas a acuerdo tácito que nos impedía siquiera asomarnos dentro.

Una de esas tardes aparté unos tablones que había apoyados en la pared de uno de los dormitorios y detrás encontré un armario. La puerta corredera estaba atascada por el abandono, así que para abrirla tuve que hacer mucha fuerza con todo el cuerpo hasta que cedieron los herrajes. Dentro había mucha ropa colgada con olor a alcanfor. Casi todos eran trajes de mi abuelo, con las camisas y las corbatas puestas; se me pusieron los pelos de punta al verlos todos tan bien planchados.

En la parte baja había amontonados varios modelos de zapatos. Metí la mano hasta el fondo y saqué un par de mujer con los tacones desgastados. Me encajaron perfectamente en los pies, así que hice un pase de modelos por la habitación y León me aplaudió a rabiar a pesar

de haberlo hecho fatal. Después saqué uno de los trajes de mi abuelo y me lo puse también. Me quedaba tan bien que me asusté un poco y me lo quité enseguida.

Más tarde el cielo empezó a cargarse de agua y se volvió hinchado y cálido, como si estuviera a punto de dar a luz.

—Mañana va a llover —dijo León.

—Eso dijiste ayer.

—Me adelanté. Me dolían los huesos, pero no del tiempo.

—¿De qué entonces?

—De mi voz, que me golpea al rebotar en las paredes.

A la mañana siguiente llovió. Todavía con el pijama puesto bajé corriendo a recoger la ropa tendida del jardín, blanca como el cielo, pero cuando empecé a descolgarla ya se había mojado toda.

6

La tormenta removía los globos de colores, que subían, bajaban y finalmente se reventaban sobre las baldosas al paso de una docena de niñas con demasiado azúcar en sangre. Junto a las luces fluorescentes del techo flotaban otros dos globos más con la forma de un uno y un cero, los más caros porque tenían helio, los que al final de la noche los padres y las madres aspirarían hasta el límite de sus pulmones para acabar hablando con voces de pitufos, llorando de la risa mientras sudaban el vino.

Carmen había vuelto del campamento la tarde anterior a su cumpleaños, por lo que la celebración servía también como fiesta de bienvenida. Miguel se dedicó a recoger los jirones de papel de regalo desperdigados por la pizzería y a amontonarlos sobre mi nuca como fulares, mientras su hermana lideraba el grupo de baile moviendo frenéticamente las caderas al ritmo de cualquier canción que sonaba por la radio. Yo, sentada en el extremo de la mesa, me comía los trozos de pizza mordisqueados que habían sobrado, con bordes y todo. El beicon, el queso y las anchoas ya estaban fríos y secos, pero me daba igual; incluso me acabé una pizza con piña que no quiso nadie.

Era la única invitada por parte de Miguel y todavía no había entendido por qué. Un rato antes me había pasado por la papelería del pueblo (también panadería y ferretería) para comprarle un regalo a Carmen, y después de una hora dando vueltas me decanté por una libreta con un dibujo de un oso polar que sostenía un cartel donde ponía: SALVAD A LOS HUMANOS.

—Te vas a poner mala —me dijo Miguel antes de soltarme en la espalda una nueva maraña de papeles.

—Hacía mucho que no comía pizza.

—¿Mucho como un año?

—Creo que más.

—¿Dos años?

—Yo qué sé.

—Yo no podría vivir sin pizza —suspiró—. Probablemente me moriría.

Carmen empezó a rapear en un idioma ininteligible. Sus amigas marcaban el ritmo alrededor. Parecía una rave de Pinypon.

—Tu hermana es guay.

—Es una pesada.

—A mí me cae bien.

Fuera no paraba de llover. La madre de Miguel y Carmen estaba sentada junto al resto de las madres, que se levantaban cada dos por

tres para recoger algo o atender a las niñas. Por su mesa también correteaba un niño pequeño que pasaba de regazo en regazo, medio lloroso, en busca de atención. En cuanto las madres se despistaban, se agachaba en el suelo y se llevaba a la boca trozos de pan, colillas o cualquier otra cosa que encontrara. En la mesa de al lado todos los padres se apiñaban alrededor de una partida de mus. Las mesas estaban a dos metros de distancia pero no interactuaban entre ellas más que para pasarse botellas o trozos de pizza.

Si Miguel no me hubiera dicho que su padre era el de la coleta rizada, habría jurado que se había colado en la fiesta. Llevaba gafas de pasta (no ver tres en un burro parecía ser su propia maldición familiar) y una camiseta de la plataforma de afectados por los despidos de la bodega, que le quedaba ajustada por la parte de la barriga. Di por hecho que formaba parte del grupo que se reunía una vez a la semana con pancartas y megáfonos en la plaza del ayuntamiento. Cada vez que los oíamos de lejos, mi padre me tiraba del brazo para desviarnos por alguna otra calle. Sentí su mirada fija desde el extremo opuesto de la pizzería mientras recolectaba con el dedo las migas que se me habían caído entre los muslos.

En uno de los descansos de los bailes, Carmen se acercó jadeando y se sentó a la mesa con nosotros. Había vuelto negra del campamento y tenía dos mechones de pelo pegados al sudor de la frente. Alargó la mano para meterse entero en la boca uno de los bordes de pan y en sus muñecas tintinearon decenas de pulseras de abalorios hechas a mano. Se nos quedó mirando y preguntó con la boca llena:

—¿Sois novios?

—No —contestamos Miguel y yo al unísono.

—Qué pena.

Se levantó de un salto y sus amigas la rodearon con fervor para seguir bailando. Me quedé mirándolas, hipnotizada. Miguel me lanzó una bolita de papel hecha con una servilleta.

—Oye.

—Qué.

—Si dan pizza en el reformatorio, iré a verte.

Cuando acabó la fiesta todos los padres se llevaron a sus hijas a casa y yo me quedé ayudando a recoger, en un intento de que los padres de Miguel me odiaran un poco menos. No era solo lo que mi familia llevaba a cuestas, sino también la fama que me había ganado yo sola durante el curso y que se me había quedado pegada como una etiqueta en un vaso de cristal. A Miguel esta fama le mantenía en constante tensión delante de sus padres, así que la única persona que parecía encantada con mi presencia era Carmen, que desde que se

fueron sus amigas no había dejado de hacerme preguntas:

«¿Por qué te llamas Vera?»

«¿Es verdad que naciste en un funeral?»

«¿Tu padre odia a mi padre?»

«¿Tu abuelo odiaba a mi padre?»

«¿Tú nos odias?»

Como ya había anochecido, la madre de Miguel se ofreció a llevarme en coche, pero estaba tan borracha que al arrancar metió marcha atrás sin querer y se llevó por delante una maceta de cerámica de la puerta de la pizzería que se rompió en mil pedazos por la acera. Se disculpó con los dueños al borde del llanto y la sentaron en una silla para que se serenase, así que el padre de Miguel cogió el relevo y me hizo un gesto para que me subiera de nuevo al coche con él.

Durante cinco minutos solo se oyó el sonido de la lluvia y del limpiaparabrisas que cortaba la tensión en finas lonchas. El coche del padre de Miguel olía muy fuerte a un ambientador de pino que colgaba del retrovisor, y que a su vez intentaba camuflar un cierto coleteo de otro olor a queso azul que emanaba por debajo, de la tapicería o del maletero. Me concentré en las gotas que echaban carreras en el cristal mientras le indicaba de vez en cuando el camino con pequeños gestos, aunque él sabía perfectamente dónde tenía que dejarme.

El anochecer había emborronado los montes de alrededor y las farolas llenaban el pueblo de halos amarillos atravesados por el agua horizontal. Se respiraba un ambiente plomizo. En algunas ventanas se veían las cabezas de los vecinos mirando la lluvia con resignación, y todos los excursionistas se habían marchado en sus coches muchas horas antes con las caras largas hasta el suelo después de un fin de semana malísimo. El viento sacudía con esfuerzo las hojas mojadas de los árboles y por todas partes rodaban pedazos de basura procedentes de un cubo caído en mitad de nuestra calle. Atropellamos una caja de cartón demasiado grande y el coche dio un bote.

Al llegar a la puerta, el padre de Miguel frenó en seco y se quedó pensativo durante tantos segundos que dudé si tenía que hacer o decir algo. Por fin desactivó los cerrojos para que me bajara. Salí del coche y mientras me tiraba del cuello de la chaqueta para protegerme de la lluvia, me dirigió la palabra por primera vez para decir:

—Me vas a perdonar, pero tengo que hacer una cosa.

Maniobró con destreza para colocarse en sentido contrario, tocó el claxon y, cuando mi padre asomó la cabeza por la ventana, tomó aire profundamente y gritó a través de la cortina de agua:

—¡Ladrón! ¡¡Hijo de puta!!

Y le hizo un corte de mangas triunfal antes de pisar a fondo el acelerador.

*

Una vez mi madre me abandonó en una gasolinera, aunque ella siempre dijera que no había sido más que un despiste de un rato y que tampoco era para tanto. En realidad hizo cuarenta y cinco minutos de viaje sin mí, que había que sumar a otros cuarenta y cinco minutos de vuelta, así que durante la hora y media que estuve esperando en pijama junto a una máquina expendedora de condones me dio tiempo a repasar punto por punto todo lo que llevábamos de día para intentar recordar si había hecho algún comentario fuera de lugar o algo por el estilo.

Estaba en pijama porque mamá me había sacado de la cama antes del amanecer. El pijama me lo habían traído los reyes unos cuantos años antes; en la parte delantera de la camiseta aparecía un enorme conejo tristón mordisqueando una zanahoria y el pantalón se componía, a su vez, de un estampado de minizanahorias. Me lo seguía poniendo porque la tela era muy suave, pero hacía mucho que no me gustaba el dibujo, por lo que me daba mucha vergüenza estar en medio de la gasolinera con ese conejo gigante pidiendo perdón por existir.

Mamá solo me había dado tiempo a ponerme unas zapatillas para no salir descalza, porque dijo que era más emocionante así. Lo que me extrañó fue que ella sí que llevaba una bolsa de viaje que lanzó al maletero del coche como si fuera un cadáver. Hacía tiempo que me había empezado a cansar de las aventuras de mamá, que parecía tomarse la vida como una tontería constante, pero tenía tanto sueño que no estaba como para hacer preguntas, y además, para que no me quejara, me dejó montarme en el asiento del copiloto a pesar de no tener todavía la edad.

Cuando el sol ya estaba alto y se me pasó el sueño, le pregunté varias veces adónde íbamos, a lo que ella siempre contestaba: «Luego te lo digo». Como no me satisfacía su respuesta, al cabo de un rato cambié de pregunta:

—¿Vamos a volver?

—Sí —contestó ella.

—Júramelo.

—Te lo *guro*.

—¿Qué?

—Que te lo *guro*.

—¡Mamá!

Luego se encendió el piloto de la reserva de gasolina. Paramos, llenó el depósito, yo fui un momento al baño y cuando volví ya se había marchado.

*

Vomité despacio dentro de la papelera y los pedazos de pizza se derramaron a borbotones sobre el polvo de papel de mi dibujo pervertido. Aunque no lo habría reconocido nunca en voz alta, Miguel tenía razón: había comido demasiado. O al menos una cantidad incompatible con el ataque de cólera de mi padre, que se estaba liando a patadas contra una estantería en el piso de abajo mientras yo intentaba cortar el último hilo de baba que unía mi boca con la papelera. Supe cuál era exactamente la estantería damnificada cuando oí un estruendo de armónicas estrellándose contra el suelo. Acababa de escuchar por primera vez el sonido de la ira de mi padre, y solo habían hecho falta cuatro palabras que ni siquiera había gritado yo.

Mientras mi padre la tomaba con lo que parecía un auricular de teléfono, impulsada por una especie de instinto de supervivencia, me puse un chubasquero, salí por la ventana y me descolgué por la cañería de la fachada. Caí sobre una butaca mojada y sentí algo viscoso justo donde acababa de apoyar la mano izquierda.

La tormenta se había transformado en una lluvia muy fina que había llenado el jardín de caracoles. Me limpié en el pantalón los restos del cadáver entre los dedos y caminé de puntillas entre la reluciente invasión de conchas, que hacían que todo el jardín se moviera despacio, como las hojas de los libros de efectos ópticos. Había una luna baja y amarilla. La hierba crecía con fuerza en las juntas de las baldosas de cerámica del camino que llevaba a la calle delantera, pero en lugar de salir por ese lado me escabullí hacia la parte oscura de atrás, donde no corría el riesgo de proyectar ninguna sombra.

Como no sabía muy bien adónde ir, corrí hasta el agujero de la valla y me dio flato. Me tumbé entre el trigo para tratar de aliviarlo estirando los abdominales. Estaba tan alto que me servía como manto perfecto, lo malo es que no solo me ocultaba a mí, sino a cualquiera que pudiera estar rondando. Me estiré unas cuantas veces para amortiguar las punzadas y eché a correr por el trigal a oscuras hasta que mi casa desapareció detrás de un chamizo.

La afición por el escapismo la había heredado de mi madre. Desaparecía de casa en cualquier momento, salía sin avisar y volvía a los dos días, morena y desnutrida. A veces me metía con ella en el coche y me llevaba a comer o hacer el tonto por ahí, aunque nuestras

escapadas no solían durar más que unas pocas horas y se acabaron el día en que me olvidó en la gasolinera.

Mucho más adelante, cuando nos mudamos al pueblo y mi padre y yo empezamos a arreglar todas las noches la estatua del abuelo, ella se apoyaba en la cancela de casa con un abrigo echado por encima del camisón y se quedaba allí esperando a que acabáramos. Al rato, mientras volvíamos, iba apagando las luces exteriores y seguía a mi padre hasta dentro de la casa, primero mansa, luego sonámbula. Yo caminaba detrás y a veces me rezagaba a propósito para respirar la oscuridad del jardín tan solo un momento, y después seguía el rastro de pisadas de mi madre, que se quedaban hundidas en la hierba como las huellas frescas de una perra.

Solo había un lugar del que mi madre nunca quería irse: las fiestas. Las organizaban en casa, tanto en invierno, con el viento azotando los muros del décimo, como en verano, cuando la mayonesa se ponía amarilla y nadie se atrevía a tocarla. Otras veces íbamos en coche a las casas de los demás, aún más grandes y relucientes, donde nos servían comidas elaboradísimas de las que yo apartaba la mitad en los bordes del plato. Después me atiborraba a pasteles sin que nadie me llevara la cuenta. Me quedaba husmeando todo lo que hubiera a mi altura en las estanterías y así me entretenía mientras sonaba de fondo el sonido más característico de aquellas reuniones: la voz de mi madre acaparando foco. Gritaba, bailaba, bebía, tiraba todo al suelo, hacía llorar de la risa a los que se sentaban a su alrededor. Tenía un destello en la cara y en las manos que duró varios años, no muchos, pero sí los suficientes para recordarlo con claridad.

Por aquel entonces todos sus amigos eran jóvenes y guapos, muchos todavía sin hijos, porque yo fui la primera y durante un tiempo, la única. Después, poco a poco los bebés empezaron a aparecer en las fiestas. Me los ponían entre los brazos y yo no sabía qué hacer con ellos; cuando se me cansaban los músculos los depositaba en el suelo y lloraban, dejándome como una desalmada. Con el paso de los años esos bebés sonrosados crecieron y a todos les salieron chalecos y tirabuzones, alcanzando el estatus de lo que mi madre llamaba «niños viejos».

—Matadme si alguna vez visto a mi hija así —decía a sus propios amigos. Cuando dictaba sentencia en mitad de las fiestas mi padre la miraba con una expresión todavía difícil de identificar para mí, una expresión que más adelante me di cuenta de que era de auténtico bochorno. Aunque él también era más feliz entonces, siempre fue moderado, mucho más que ella, y tal vez por eso su caída no fue tan en picado.

Detrás de las montañas que envolvían el valle aún quedaba un resplandor mínimo, pero en la parte interior, entre las viñas, solo se intuía la silueta del campanario del Colegio junto a unas pocas ventanas encendidas. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, seguí esos puntos de luz a través de dos hileras de vides inundadas.

El barro se fue filtrando poco a poco en mis zapatillas hasta que ya no era capaz de distinguir dónde acababan mis piernas y dónde empezaba la tierra. Anduve durante mucho rato con la impresión de que no estaba avanzando nada, pero cada vez que me paraba a coger aire me daban calambres en los gemelos y me costaba el doble retomar la marcha. Justo en el otro extremo del viñedo pasó una furgoneta con los faros encendidos y me agaché, conteniendo la respiración, hasta que desapareció por detrás de una curva.

Si alguien me hubiera visto, seguro que habría pensado que me estaba escapando de un secuestro. En aquellos años secuestraban a chicas a menudo. También a hombres. Lo malo era que solo escapaban los hombres, y no siempre. Las chicas no solo no escapaban nunca, sino que solían morir asesinadas de maneras inimaginables y eran encontradas en descomposición meses después e identificadas gracias a alguna cadena de oro, pero yo ni siquiera llevaba la mía puesta porque me daba alergia. De pronto me entró miedo de estar sola en aquel camino donde nadie podía oírme y aceleré el paso. Veinte minutos después crucé el puente y rodeé el recinto para entrar por un lateral de la tapia, que salté a la primera, convencida de que alguien estaba a punto de agarrarme los tobillos desde abajo.

El silencio de allí era un silencio más seguro. Los árboles, los bancos y el agua de la fuente que corría en un continuo chorro conformaban un hábitat amable incluso de noche. Una monja atravesó el patio a paso ligero, iluminándose los pies con una linterna hasta la puerta de entrada. En la mano llevaba un manojo de llaves que tintineaban como cascabeles. Me hacía gracia cómo siempre estaban dando vueltas de un lado para otro, aunque no hiciera falta, solo para imponer sutilmente su presencia delante de los internos o de las empleadas. Se levantó el faldón para rascarse una pierna y se metió en el interior, cerrando la puerta tras de sí con varias vueltas de llave. Todo quedó en silencio, a excepción del fluir del agua y el canto de los grillos.

El sonido de una mecha cortó el aire justo detrás de mí. Volví la cabeza y por poco me pongo a gritar al ver una silueta apoyada contra un árbol. Se acercó la cerilla a la cara y detrás del haz tembloroso reconocí a León, que se estaba encendiendo un cigarro.

—Perdón por el susto —dijo.

Me llevé una mano al pecho intentando aplacar los jadeos y con la otra le hice un corte de mangas. Él me miró muy serio.

—Ojo, que la última vez que un señor hizo eso, otro señor se puso como una hidra.

—Mi padre no se ha enfadado por el corte de mangas, sino porque le ha llamado ladrón hijo de puta.

—Y luego le ha hecho un corte de mangas.

—Sí, pero eso no hace daño.

—A veces sí.

—Solo es un dedo.

—Un dedo puede decir muchas cosas, sobre todo el dedo corazón.

—León, eso es una chorrada.

—Vale. Me callo.

—Sí, mejor.

A través de las ventanas miramos cómo la monja apagaba una a una las luces del pasillo.

—Esa es la madre Encarnación —susurró.

—¿Tú sabes cómo entrar en el edificio por otra puerta que no sea esa? —le pregunté.

—¿No querrás ver a tu madre?

—Sí.

—Pero eso está prohibido.

—Ya.

—Te vas a arrepentir.

—Lo sé.

—Vale, pues sígueme.

León se deslizó entre los árboles siguiendo la tapia que cercaba el recinto y yo lo seguí como un soldado raso. En la fachada lateral del Colegio había una puerta de metal entreabierta. Me abalancé sobre ella y entramos en una especie de cuartito de jardinería. Accioné el interruptor de la pared y en el techo una bombilla desnuda iluminó bloques de leña, rastrillos, azadas, sacos y media docena de gnomos de jardín en un rincón.

—¿Por qué no los sacan afuera? —se preguntó León en voz alta, al mismo tiempo que me lo preguntaba yo para mis adentros.

Por la puerta del cuartito conseguimos acceder al pasillo principal, subimos la escalera, pasamos junto a unos baños y llegamos a una hilera de habitaciones cerradas. Mis zapatillas iban dejando un cauce de barro por las baldosas. Sentía que las piernas me iban por libre. No podía parar de repetirme: «Ya estamos aquí, lo hemos conseguido, ya estamos aquí», pero al mismo tiempo tenía ganas de

llorar porque el Colegio era feísimo por dentro y ninguno sabíamos dónde dormía mi madre; aunque, a decir verdad, siempre había sospechado que era en la ventana con barrotes del segundo piso. De cualquier forma, antes teníamos que revisar el primero.

En las paredes del pasillo no había murales ni vitrinas, solamente crucifijos, vírgenes y fotocopias de acuarelas metidas en marcos de plástico. León iba encendiendo cerillas a cada poco para iluminarnos. Cada cerilla duraba unos segundos que utilizábamos para avanzar y examinar lo que había alrededor. Después, oscuridad. Después, otra cerilla.

Un anciano asomó la cabeza por una de las puertas y ahogué un grito de terror. Me miró con los ojos huecos. Me puse un dedo en los labios y él me imitó.

Oscuridad. Cerilla.

En la siguiente puerta, una mujer joven conectada a un gotero rodante me invitó a pasar. En su cuarto no había ni un mueble. Le dije que no y que gracias.

Oscuridad. Cerilla.

A la habitación contigua no llegué a llamar porque dentro se oían unos ruidos muy raros. León se acercó de puntillas, abrió la puerta, se asomó y la cerró enseguida, sin dejar que yo también mirara.

Oscuridad. Cerilla.

Llegamos al final del pasillo y nos dimos media vuelta para volver a la escalera, que subimos muy despacio, agarrados con fuerza a la barandilla de metal.

La luna salió de detrás de una nube y arrojó algo más de luz sobre la ventana del pasillo de la segunda planta, asegurada con rejas. No me hizo falta otra cerilla para ver que la última puerta estaba entreabierta.

Dentro sonaba una canción entrecortada, como si saliera de una radio con mala recepción. León me tiró de la chaqueta para que no me acercara y le di un tortazo. Volvió a agarrarme de la capucha y forcejeé hasta liberarme de él.

Aceleré el paso, que enseguida se convirtió en un trote y después en un galope, y dejaron de importarme el ruido, los castigos o las consecuencias, porque allí estaba mi madre. Sobre la puerta se intuía la silueta de su perfil y su pelo despeinado, como de enferma o de bruja, y avancé dando tumbos de bebé hasta detenerme a dos palmos de su puerta. La llamé para que oyera mi voz y me estiré para abrirla del todo y de repente, como una aparición, al otro lado asomó una mano, la mano de mi madre, con la alianza de matrimonio de mi madre, en el dedo amarillo de mi madre.

Agarró el pomo de su lado de la puerta y dio un tirón urgente. La puerta se cerró con un golpe delante de mis narices y levantó una ráfaga de aire que me enfrió la cara húmeda de rocío.

7

Me gustaba caminar a tientas. Cuando era pequeña mis padres solían ir muchas noches al teatro, a la ópera, a cenar o a cualquier otro sitio que requiriera vestirse bien. Al principio me llevaban con ellos, pero en cuanto se dieron cuenta de lo poco que me gustaba a mí vestirme bien, empezaron a dejarme en casa. Me daban la cena y me acostaban en la cama con el número de los vecinos de abajo apuntado en una hoja de papel cuadriculado. Yo era experta en fingir que me dormía muy rápido: relajaba la respiración poco a poco, contaba los segundos, y cuando llegaba a sesenta, separaba los labios y emitía un gorjeo sostenido, como para demostrar que mi conciencia había traspasado los límites de las convenciones y se había adentrado en una especie de coma inofensivo. Nada más oír la puerta de la calle me levantaba y extendía los brazos para no matarme en la oscuridad y entonces, con una mano en la pared y la otra extendida delante de la cabeza, recorría los largos metros imaginando que eran el pasadizo de una mazmorra con una trampilla oculta al fondo que, al abrirse, desembocaba en el cielo.

Aunque mis padres pensaban que era su secreto mejor guardado, yo sabía perfectamente que en el armario más alto de la cocina guardaban las botellas de alcohol que sobraban de las fiestas. Arrastraba una silla, me subía de puntillas, agarraba una botella de vino (porque una vez se me ocurrió coger una de algo más fuerte y vi mi vida entera pasar ante mis ojos) y me servía un chorro en una copa pequeña, solo un poquito, para que nadie se diera nunca cuenta de la falta.

El vino me parecía un brebaje repugnante, pero me hacía sentir como si tuviera por lo menos veinticinco años, para mí una edad digna, una edad de mujer de verdad, una edad en la que una podía hacer lo que quisiera sin ningún tipo de consecuencia. Pero, por encima de todo, el vino me ayudaba a amortiguar el rumor que se me empezaba a enroscar dentro y que me repetía que tal vez nunca llegara a cumplir veinticinco años.

Después me sentaba en el sofá con las piernas cruzadas y ponía en la televisión la película menos apropiada que estuvieran echando, con el volumen al mínimo. Y así me bebía el vino a sorbos cortos mientras una criatura maligna devoraba la cabeza de una chica, o cosía a puñaladas a una chica, o poseía el alma de una chica; o bien, mientras los protagonistas de la película se desnudaban inquietantemente despacio sobre un sofá de escay que se les pegaba en la espalda. Todo me aterraba tanto que después del vino era capaz de comerme una

caja entera de cereales a puñados. Cuando oía el ruido del ascensor apagaba la tele, corría de puntillas a mi cuarto y me hacía la dormida exactamente igual que antes. Me costaba mucho conciliar el sueño, no tanto del miedo, sino más bien de la emoción por haber logrado dos objetivos inauditos: viajar en el tiempo a un futuro utópico y además comprobar que, aunque a todas esas chicas les estuvieran ocurriendo cosas terribles, al menos yo en ese momento estaba a salvo.

*

Lo peor de haber cumplido trece años era que las caderas no me cabían entre las rejas de la ventana del segundo piso del Colegio. A la una de la mañana la madre Encarnación, ayudada por la madre Pilar y un par de hombres, tiró de mí hacia su lado para desatascarme, mientras yo intentaba tirarme hacia el otro. Más tarde le dije a todo el que me preguntó que yo solo trataba de escapar, algo que tampoco era del todo mentira. Reunieron tanta fuerza entre los cuatro que salí volando para atrás a la primera y acabamos todos desparramados en el suelo. El resultado fue una cadera dislocada y una bronca de las monjas, que terminó en cuanto mi padre apareció abajo con el coche. Me arrastró del brazo en silencio por la escalera y me llevó directamente a las urgencias del centro de salud, donde me tuve que quedar en bragas delante de un señor que me zarandeó todo el cuerpo con unas manos huesudas, como si fuera una muñeca articulada, y me provocó un ataque de llanto feroz entre dos biombos de acero inoxidable.

Como solo me había mandado reposo, decidí que lo mejor era dormir, así que dormí mucho los siguientes días. Soñé que León se consumía detrás de su cigarro hasta que solo quedaba de él un montoncito de ceniza parlante. Soñé que la ventana del pasillo del segundo piso del Colegio no tenía barrotes y lograba tirarme a la vista de mi madre. Otra noche simplemente soñé que abría la puerta y me abrazaba. Soñaba cualquier cosa antes que lo que realmente había ocurrido, porque en mis sueños había cabida para todo tipo de fantasías, pero no para el fracaso.

León no comentó ni una palabra de lo que había pasado. Venía y se tumbaba en la cama gemela como un compañero de celda, tapado hasta arriba con una manta que había por ahí, sin deshacer las sábanas para no molestar. Se quedaba callado haciendo estiramientos mientras yo dibujaba a personas que a veces se parecían a mí y otras veces a él, seres con las caras borrosas que procuraban alargar hasta el último minuto su oportunidad de bailar sin sentirse ridículos. También dibujaba bandadas de pájaros oscuros, orificios en el cielo, flores

mojadas, vaguedades que me libraban de la necesidad de darle a cada cosa un significado preciso. A veces León ponía la mano sobre mi lápiz y lo hacía resbalar despacio sobre el papel para crear figuras nuevas, y yo dejaba la muñeca muerta y cerraba los ojos y me adormecía con el rasgueo del grafito sobre la celulosa. Después contemplaba las hojas, las memorizaba y por las noches las quemaba en la ventana con los restos de la caja de cerillas que le había requisado. Cuando terminaba la tarea, una vez sopladas las cenizas y guardadas las cerillas, me tumbaba y me arropaba con una sábana fina.

—León —le dije una noche, después de acostarme. Había bajado la persiana al máximo y la habitación estaba completamente a oscuras.

—¿Qué? —susurró. Su voz sonó desde algún lugar impreciso, como si saliera de la pared o el techo.

—¿No quiere verme?

León no contestó, aunque lo sentía respirar. Esperé un poco. A través de la persiana se colaron las carcajadas de una pareja que merodeaba por los invernaderos.

—¿O es que está loca? —añadí.

—No está loca, solo está triste.

Me subí la sábana hasta cubrirme la cabeza por completo y me di la vuelta, un poco enfadada por que no me hubiera contestado a la primera pregunta. Entonces noté un peso a los pies de la cama y sentí cómo León daba suaves botecitos en el colchón, provocando un vaivén que me fue hechizando despacio y me arrastró a los brazos del sueño sin que me diera cuenta.

Poco después del incidente mi padre me llevó con él al Colegio una vez más, pero en lugar de dejarme sentada en un banco de fuera, como siempre, me dijo que esperara en el asiento trasero del coche y tapó la ventanilla con un parasol negro de ventosa.

—No lo quites —dijo antes de subir a ver a mi madre.

Yo esperé completamente quieta detrás del parasol. Por la luna delantera vi cómo un grupo de internos mayores hacían gimnasia apiñados debajo de la sombra de un castaño. Todos llevaban chanclas con calcetines blancos. Al cabo de quince minutos aparecieron Hattie y Ana y empezaron a hablar con ellos. Alguien dijo algo gracioso, y mientras se reían, Ana estiró el brazo y le rozó la espalda a Hattie con los dedos, sin que nadie lo viera. En ese momento mi padre abrió de pronto la puerta del asiento del conductor y pegué un pequeño bote. Cerró de un portazo y mientras arrancaba el coche murmuró:

—No sé qué le dijiste pero ahora resulta que tampoco puedo entrar yo.

—No le dije nada —dije—. No la vi.

Mi padre me miró en silencio por el retrovisor.

—¿Está bien? —pregunté.

Una rama larga de rosal se quedó enganchada en la llanta y él pegó un acelerón para partirla.

Durante toda la semana decidió seguir paseándose por el pueblo con una mirada que ya no engañaba a nadie. Era casi tierno verlo caminar por ahí como si no le hubieran llamado ladrón hijo de puta en la puerta de su casa. Cuando pude volver a andar un poco lo acompañaba con pasos cortos, por las tiendas y las calles, siempre evitando la plaza donde el padre de Miguel y los demás se reunían cada dos por tres con sus megáfonos y sus pancartas.

A pesar de todo, todavía quedaban muchos vecinos que se acercaban a mi padre para darle ánimos, apretones de manos y palmadas en la nuca. Destilaba tanta sumisión que empecé a pensar que tal vez me había imaginado su ataque de ira. Me dio la impresión de que se le hundía la espalda cada día un poco más, como si con cada palmada le descargaran también una responsabilidad que él ya no tenía fuerzas ni ganas de asumir.

Era inevitable cruzarnos también con los chicos y chicas de mi clase que pasaban en pandilla de camino a la piscina, con las toallas al hombro, derramados los unos en los otros. Entre ellos estaban los cuatro a los que había besado detrás de la tapia en la fiesta de fin de curso. Uno lucía un bigote raquítico que no crecía pero que me había raspado al besarle. Parecía un parche de musgo. Cuando los veía acercarse de lejos me venía a la boca la textura de su labio y sentía un peso inexplicable en la parte trasera de la cabeza que me obligaba a clavar la mirada en el suelo, muerta de vergüenza. Antes de cruzarnos se callaban todos a la vez y unos metros más adelante empezaban de nuevo a hablar. Más tarde, si volvíamos por la calle del polideportivo, los oía chillar y lanzarse al agua.

Por suerte, Miguel me había dicho la verdad: ya no iba con ellos, sino que se quedaba sentado enfrente de la farmacia jugando al fútbol con dos chicos mayores que yo no conocía.

—Son mis primos —me dijo cuando el fin de semana me lo crucé de frente mientras hacía de portero entre dos farolas. Los primos se acercaron y me miraron como a una larva sin dejar de regatear y dar toquecitos al balón. Tenían las caras llenas de granos que quizá les afectaban al cerebro, porque no me dijeron ni hola. Fue Miguel el que tuvo que explicar que llevaban unos días en su casa y que estaban haciendo muchas barbacoas y excursiones y no paraban de jugar al fútbol. El más alto estaba en la cantera de un equipo importante y

pronto tendría que irse para empezar la pretemporada. Desconecté mientras él divagaba sin su balbuceo habitual, con las piernas separadas, apoyado en la presencia de esos dos seres mononeuronales. En un momento dado me hizo un gesto para seguir hablando unos metros más allá.

—Mi hermana ha preguntado por ti veinte veces.

—¿Y qué le has dicho?

—Que estabas castigada.

—No estoy castigada.

—Pensaba que sí. Como ya no sales.

—Me he roto la cadera.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Y por qué puedes andar?

—Porque ya se me ha curado, gilipollas.

—Gilipollas tú.

—Gilipollas tu padre.

—Y el tuyo.

—¿Dónde está tu hermana?

—Con mi tía. La puedes esperar, si quieres. Luego se van a ir a comprar ropa y acariciar a los perritos de las tiendas y esas cosas de chicas. A lo mejor les queda un hueco libre en el coche para ti.

Lo miré fijamente.

—No.

—Tú misma.

La verdad es que el plan sonaba bien. Aunque en ningún momento contemplé aceptarlo después de lo que había hecho su padre.

Los primos le silbaron. Confirmé que no sabían hablar. Siguieron dando toquecitos al balón y en una de estas lo chutaron con más fuerza de la debida y sentí un impacto seco en la cabeza. El balón rebotó hasta un quiosco en el otro extremo de la calle. Se echaron a reír mientras iban a por él y Miguel se unió a las risas con desgana. La frente me ardía y en el fondo del estómago me brotó una bilis que no había sentido nunca, y le dije a Miguel:

—Ojalá tu padre se muera y resucite solo para quedarse otra vez en paro, por subnormal.

Miguel se puso pálido. Se me quedó mirando con los ojos muy abiertos y por un momento me pareció que iba a echarse a llorar. Entonces contestó con un hilo de voz:

—Ojalá te mueras tú y no resucites nunca.

Le habría roto las gafas y le habría obligado a comérselas.

*

Me palpé el reguero inflamado de la piel sobre el esternón y me asusté un poco al tirarme del cuello de la camiseta y descubrir que se había vuelto de un tono azulado. No me había acordado de ponerme la crema ni una vez, así que aquello se había extendido por mi cuerpo a sus anchas como una plaga.

La pila de muebles del jardín se había derrumbado después de la tormenta. La tapicería de la butaca estaba medio deshecha. La bañera se había hundido un poco en la tierra y el desnivel había hecho que el agua de la lluvia se acumulase en un charquito que un ratón había utilizado un par de días como bebedero. Cuando se evaporó, León me propuso seguir rellenando el hueco a diario con un vaso de agua del grifo. La vertimos y esperamos agazapados a que llegara el animal. Cuando ya habían corrido varios minutos nos empezamos a poner nerviosos. Al cabo de un rato, el ratón asomó al fin la cabeza por el agujerito del desagüe y empezó a beber del charco.

En ese momento León dio un salto de alegría, me zarandeó por los hombros y dijo:

—¿No te das cuenta de que solo eres real en el mundo de los ratones?

Lo miré en silencio con pocas ganas de sonreír.

Mi padre había empezado a ausentarse más a menudo de lo habitual. Cogía la chaqueta, se metía en el coche y nunca me decía cuánto tiempo iba a tardar; a veces era una hora, a veces cuatro. Sospechaba que yo ya no me atrevería a salir de casa por mi cuenta y mucho menos a volver al Colegio sola, y tenía razón. Le abría la cancela de entrada para que sacara el coche y lo seguía con la mirada hasta la rotonda del coloso y calle abajo, mientras se hacía más y más pequeño, hasta que desaparecía por detrás de la fábrica que había antes del desvío a la autopista.

El perro de la finca seguía ladrando sin parar. Durante el curso alguna vez se había escapado saltando los setos, haciendo que la mitad del pueblo se pasara varios días buscándolo y gritando su nombre calle arriba y calle abajo; así que ahora cada vez que los dueños salían lo dejaban atado a un árbol del jardín y se pasaba todo el día dando vueltas alrededor como un satélite.

Con el desplazamiento de la bañera, la butaca también se había desequilibrado hasta desplomarse sobre el espejo, rompiéndolo en trozos todavía más pequeños que se habían esparcido por un radio de dos o tres metros. Me agaché encima y mi cuerpo se dividió en centenares de Veras aparentemente idénticas.

Tenía el pelo churretoso y no me había quitado el pijama en todo

el día. Los bajos del pantalón estaban sucios de arrastrarse por el suelo. Me levanté un poco la pernera y me miré los pelos de las espinillas, que habían crecido otra vez hasta alcanzar la longitud de siempre. Se me ocurrió pensar que, si realmente me hubiera tirado por la ventana y hubiera muerto, me habría quedado para toda la eternidad con las piernas así. Cogí un cristal del espejo clavado en la tierra y me deslicé el filo por encima de la piel, cortando algunos pelos y aplastando otros.

No entendía muy bien qué me había llevado a intentar saltar por la ventana del Colegio. No quería morir, pero por algún motivo en ese momento me había parecido que tenía mucho sentido tirarme, y que una especie de espíritu se había apoderado de mí para hacerme creer que era inmune a las alturas, como si por mis venas corriera sangre de hombre monja. Por encima de mí, León se asomó a los reflejos rotos con una sonrisa y me pareció que él, en lugar de dividirse, se multiplicaba.

*

Decían que nunca había habido una ola de calor igual. Las calles del pueblo se vaciaron y solo quedaron los excursionistas, que paraban en los bares a beber y a limpiarse el sudor con servilletas. En el fondo del valle se concentró una especie de huracán de aire caliente que removía el polvo suspendido y que poco a poco se nos fue metiendo en los ojos, dentro de los oídos y debajo de las uñas.

Al parecer, el valle era un punto meteorológico estratégico, y enseguida empezaron a llegar equipos de científicos, que se paseaban de un lado para otro en furgonetas llenas de medidores. Se ponían en lo alto del mirador y se pasaban la mañana examinando el aire con sus artilugios. Los pocos excursionistas que aún andaban por ahí se quedaban mirándolos y después alzaban la vista al cielo y apretaban con fuerza los hombros de sus hijos, como si temieran que en cualquier momento fuera a emerger una mano del interior de la neblina para llevárselos.

Alrededor de la cabeza me había atado un pañuelo de mi madre a modo de parapeto mientras esperaba a mi padre sentada en los escalones de piedra del ayuntamiento. Una especie de arena muy fina me azotaba los brazos. Me hice un ovillo y arrastré la lengua por el dorso de la mano, dejando una senda húmeda que se enfrió con el aire. Seguí lamiéndome la piel hasta dar con el sabor: dominaba el gusto amargo del sedimento, pero si lo aguantabas, al final del todo sabía un poco a uvas. En la fachada del ayuntamiento la placa conmemorativa de mi abuelo había perdido un clavo y se sacudía con

un ruido constante y metálico.

Fue lo primero que vandalizaron, a finales del año anterior. Todavía no vivíamos en el pueblo y nos enteramos porque a las ocho de la mañana llamaron al teléfono de casa. Salí al pasillo medio dormida y vi a mi madre con el auricular en el hombro, el abrigo puesto y las llaves y el bolso todavía en las manos. Supuse que acababa de entrar por la puerta. Mi padre salió enseguida de su cuarto, le quitó el teléfono y ella se dejó caer en el sillón y se le cerraron los ojos de cansancio. No recuerdo la conversación de mi padre, ni su reacción, ni su aspecto, solo la recuerdo a ella rendida, durmiéndose sentada con todas sus cosas revueltas sobre el regazo (el manojo de llaves, el pañuelo y el pequeño bolso por el que asomaban un paquete de tabaco, un monedero, un espejito, unas tijeras, un lápiz, un mechero, otro juego de llaves, un frasco de perfume, un peine, una piruleta, una cadena y unos cartones de bingo) mientras fuera empezaba a amanecer.

Poco después de ese primer ataque a la memoria de mi abuelo, mi padre me comunicó que nos íbamos a vivir al pueblo. Soltó la bomba con total tranquilidad y se quedó en silencio a la espera de mi reacción. Yo me quedé con la vista clavada en la sopa, como si buscara dentro algún dato más para entender los motivos.

—¿No te gusta el pueblo o qué?

—Sí, me gusta.

Mi última vez allí había sido durante la vendimia de dos o tres años antes. Tenía el recuerdo de que las uvas estaban más gordas que nunca, o puede que las viera así porque aún no había pegado el estirón. Las viñas se sucedían unas detrás de otras en un interminable campo dulce, y desde luego, no parecían la fuente de ningún conflicto, de ninguna ruina ni de ninguna anomalía financiera.

Aquel año nos alojamos los tres juntos en la mejor habitación de un encantador hotel para turistas excursionistas y solo pasamos por la casa de mi abuelo para que yo la viera por fuera, como ya era costumbre. El tejadillo del desván aún no se había desprendido, pero la hierba estaba altísima y mi madre y yo recogimos algunas amapolas que se nos pudrieron en los bolsillos meses después. Más tarde fuimos a un homenaje a mi abuelo en la plaza, que rebosaba de gente y prensa, y mi padre acabó pisando unos racimos de uvas descalzo en un cubo de madera entre coros y danzas, con el pantalón remangado y la corbata deshecha, jaleado por una camarilla de la federación nacional de bodegueros.

Además de ese día solo había estado en el pueblo unas pocas veces más cuando era muy pequeña, de modo que la opinión que tenía

antes de mudarnos estaba sesgada por el recuerdo de aquella celebración dionisíaca en la que todo el mundo nos quería. Más adelante, cuando aparecieron las pintadas, empecé a sospechar que tal vez había una parte de la historia que no me estaban contando.

*

Cuando me empezaron a escocer los brazos me metí en el vestíbulo del ayuntamiento para protegerme del vendaval. Nada más entrar se me dilataron las pupilas de golpe. Era una sala monstruosa de techos muy altos cubiertos de vidriera, llena de columnas unidas por arcos y con un mostrador circular en el centro, detrás del que se alzaba una escalera de mármol cubierta por un tapiz con motivos heráldicos. Daba la impresión de que alguien se había esforzado mucho en dejar claro que ahí se hablaba el idioma del dinero. Dentro del mostrador de recepción solo había un funcionario calvo dando vueltas y vueltas en una silla giratoria mientras rellenaba un crucigrama.

El único lugar para sentarse era algo parecido a un trono de piel en un lateral, así que me senté con la esperanza de que no se manchara. La escalinata se dividía a derecha e izquierda y ascendía por cada lado hasta el segundo piso, cercado por una balaustrada donde cabían dos como yo. La planta de arriba quedaba así abalconada como un palacete. Oí cómo se abría una puerta justo encima de mí y la voz del alcalde retumbaba en el descansillo superior.

Me asomé y de pronto vi salir a mi padre de un despacho con una copa de vino en la mano. Iba a llamarle cuando de pronto miró a ambos lados, sin darse cuenta de que yo lo veía desde abajo, y vació la copa de vino en un macetero de piedra que había junto a la escalera. El líquido se vertió sobre el sustrato de un ficus como una lluvia y mi padre suspiró un momento y enseguida volvió a meterse otra vez en el despacho.

—¿Farsa carnavalesca? —oí a mi espalda.

Me volví. El funcionario agitaba el cuadernillo de crucigramas al otro lado del mostrador.

—Nueve letras, contiene la jota.

—No lo sé.

Se quedó dándole vueltas al bolígrafo al mismo tiempo que daba vueltas sobre sí mismo.

Tres cuartos de hora después mi padre bajó la escalera con la camisa abierta y la frente brillante de sudor. Antes de llegar abajo me empezó a hablar a toda pastilla en un idioma intrincado de palabras jurídicas y yo no pude más que asentir, con miedo a que en cualquier

momento empezara a rodar por el tapiz, diera cuatro volteretas, saliera disparado del ayuntamiento y echara a volar de pura aceleración.

—¿Cucamonga? —dijo el funcionario mientras salíamos por la puerta.

Papá me agarró del brazo y me lo apretó bajo el suyo mientras tiraba de mí por el empedrado, lo cual fue extremadamente raro porque nunca me tocaba. Subimos hasta el mirador mientras el aire caliente nos empujaba hacia abajo como un secador de pelo.

Nos sentamos en una terraza con toldo y el camarero enseguida desenrolló unos plásticos de la parte de arriba y los cerró con cremallera para que no se nos volaran las servilletas. Pedimos dos menús del día que venían con panes envasados individualmente como los objetos personales de un muerto. Mientras mi padre hablaba yo mordisqueaba la corteza chiclosa, aunque no tenía hambre porque todavía era muy pronto. Ni siquiera Hattie había empezado su turno todavía en el local de enfrente. Sin ella, el bar parecía una de las fábricas de aluminio que se veían desde la carretera de entrada al pueblo.

En todo el medio de la plaza habían aparcado la furgoneta del equipo meteorológico. Los empleados no se estaban quietos, se movían de acá para allá con sus chalecos fluorescentes, entre sensores de vidrio y esferas numeradas, como funcionarios de un departamento gubernamental secreto para la comunicación extraterrestre. Una pareja de excursionistas con dos niños se acercaron a hacerles preguntas y los meteorólogos los ignoraron como si pertenecieran a otro plano, hasta que los excursionistas se enfadaron y se sentaron en la mesa que estaba justo al lado de la nuestra.

Durante una buena media hora estuvieron librando una lucha inútil tratando de convencer a sus hijos de que se comieran unos filetes empanados a los que llamaban «chicha rica» con voces que estaban una octava por encima de lo humanamente aceptable. Los niños estaban demasiado ocupados matándose de broma con unas pistolas de agua, y de vez en cuando miraban a sus padres como si fuesen idiotas integrales y seguían corriendo. Se chocaron con nuestra mesa dos o tres veces.

Mientras comíamos mi padre me estuvo contando algo, aunque yo apenas le oía entre los gritos. Le gustaba hacer inclinar el oído a la gente cuando hablaba, acaparar toda su concentración. Me quedé absorta mirando cómo se le movían los labios con los chillidos de los niños de fondo, hasta el punto de que parecía que salían de su propia garganta y se arrastraban por la tela del mantel hasta llegar a mí,

distorsionados. Se generó una especie de ilusión óptica de que mi padre era un niño con la cara abombillada que demandaba mi cuidado en una nueva dinámica familiar que no era capaz de asumir.

Me comí el menú como el que mastica corcho, y cuando íbamos por los postres empecé a sentir como si la cabeza se me hubiera desencajado del tronco, anclado a la silla, y hubiera empezado a elevarse ella sola por encima. Me miré desde fuera a mí misma encorvada igual que papá, lamiéndome incansablemente una llaga de la boca, frente a una porción de tarta de almendras de la semana anterior. ¿Por qué tenía que ser yo esa y no otra? ¿Por qué tenía que ser ese mi padre y no otro?

Abajo, los niños jugaban a dispararse en la nuca a bocajarro.

No sé cómo volvimos a casa. Me metí en mi habitación, cerré la ventana y bajé la persiana, que dejó una franja de luz por la parte de abajo y la habitación en penumbra. Posé mi piel caliente sobre la colcha y me entraron ganas de vomitar el corazón y la tarta. En el techo tiritaba la lámpara de cristales caleidoscópicos, demasiado bonita para esa casa. Me quedé mirándola hasta verme a mí misma encerrada en uno de sus espejitos y me sumergí en una dimensión del tiempo diferente. No me encajaba con mi abuelo, así que debió de colgarla mi abuela. Papá no mencionaba nunca a su madre porque la vio por última vez cuando tenía cinco años, de modo que era como si nunca hubiera existido; pero ahora dormíamos en su casa, tendíamos en su jardín, bebíamos de sus vasos y nos mirábamos en sus espejos. La imaginé como una heroína antigua, corriendo por mitad de la viña con el vestido roto y los pies descalzos, buscando una salida después de varios veranos mirando cómo se moría todo el mundo alrededor sin poder hacer nada.

Me desperté empapada en sudor y sentí en la frente una mano que no era la mía.

—Sácame de aquí —susurré. Tenía la lengua hecha un estropajo. León me acercó un vaso de agua que había sobre la mesilla. Por la rendija inferior de la persiana vi que estaba haciéndose de noche—. Por favor.

—No vas a ir a ningún sitio.

Acerqué la lengua a la superficie del agua y bebí como un cachorro en un cuenco. Tenía las mejillas acartonadas. León me miró con algo parecido a la lástima.

—¿Tienes hambre?

—No sé.

—¿Te frío un huevo?

Le hice un corte de mangas y se echó a reír despacio, como para

dentro. Tenía una risa muy característica, profunda y breve, que no parecía haber usado mucho. Miraba al suelo con un abanico de arrugas en las mejillas y enseguida levantaba la cabeza para volver a su gesto enigmático de siempre.

—Cuéntame algo, por favor —le pedí.

—¿Qué quieres saber?

—Algo sobre ti.

—¿El qué?

—¿Quién eres?

—Soy un humilde hombre horroroso.

—¿Y de dónde has salido?

—De un cuarto oscuro.

Resoplé y me hundí en la cama.

—Para ya, por favor.

—¿Por qué?

—Eres insoportable.

—¡Gracias! Entonces tú eres insoportable. —Lo desafié con la mirada y añadió—: Eso es todo lo que tienes que saber.

La casa estaba en completo silencio. En el alféizar de la ventana se había acumulado un dedo de sedimento e insectos muertos. León levantó el cristal y sopló sobre el montón, que se pulverizó en el aire.

—Adiós —dijo al montón.

Se encendió un cigarro y se agachó para expulsar el humo por el hueco abierto de la ventana. Me pareció un detalle bonito que no quisiera ahumarme la habitación, como otras veces.

Me incorporé en la cama y miré el perfil recortado de los muebles, que al enfocar la vista en la oscuridad se movía como una ciudad fantasma. Al fundirse con el fondo, León parecía un elemento más del entramado urbano.

—Me pido la alcantarilla —dijo.

No me di cuenta de que mi padre no estaba en casa hasta que el estómago me empezó a rugir de hambre. Bajé descalza por la escalera, dejando mis huellas sobre la capa de arenilla que había cubierto el parquet, y busqué por la planta de abajo, pero no lo encontré en el salón ni en su despacho. Por las ventanas entraba un aire que ya no quemaba, sino que solo arrastraba mansamente los bajos de las cortinas de un lado a otro y removía unos folios que se habían caído al suelo. Por la ventana vi que los muebles seguían desparramados por el jardín, esperando la resolución de su suerte. El coche estaba en el garaje, así que papá, de haberse marchado, había tenido que hacerlo a pie o en el coche de otro.

Volví a dar otro repaso a la casa de arriba abajo y después a la

parcela, esperando verle aparecer en cualquier momento entre los árboles, asustado y herido, pero solo encontré una camada de gatos que salieron corriendo por detrás de un matorral. Al este del valle empezaba a asomar un resplandor. Esperé un minuto a la intemperie, y cuando el minuto acabó volví a entrar en la casa, abrí el aparador del salón, saqué una botella de vino empezada y me llené una copa grande hasta el borde.

Segunda parte

Vera, León

8

La hermana de mi abuelo tenía cara de pájaro. En todas las fotos salía con los ojos saltones y la boca fruncida, como si viviera permanentemente asolada por ideas terribles. El día que hizo la primera comunión le regalaron un broche de oro. El broche representaba un sol: se componía de media esfera rodeada de rayos ondulados y a veces se recalentaba en los paseos muy largos. Le gustaba tanto que se lo ponía hasta para salir a jugar a la calle, y de hecho lo perdió y lo recuperó varias veces; de pronto aparecía tirado por la hierba o en el bolsillo de un vecino, de modo que el broche se convirtió en un chiste recurrente en la familia. Pasó un año entero, y justo cuando la niña pájaro empezaba a hacer las paces con el mundo, llegó el verano siguiente y un virus se la comió por dentro en cuestión de una semana. Le fabricaron un ataúd pequeñito como un reloj de cuco, y antes de cerrarlo le quitaron el broche de la blusa y se lo entregaron a su padre.

Al parecer, su padre era un hombre muy trabajador que hablaba más bien poco y tenía un terreno donde cultivaba la vid y una pequeña bodega que producía unos pocos litros de vino al año. Se casó con una mujer fuerte que mataba a los topos a puñetazos y que dio a luz a dos hijos ella sola en su propia cama. El primero era un encantador gigante de espalda ancha, y por eso nadie entendió que después les hubiera salido una hija que era justo lo contrario, y siempre tuvieron miedo de que se la llevase una corriente de aire en cualquier momento. Por desgracia, eso no hizo que su muerte les doliera menos.

Cuando el padre recibió el broche de oro en el entierro de la niña pájaro, lo envolvió en un pañuelo y cada noche lo sacaba y se echaba a llorar, hasta que dejó de dormir por las noches y su vida se hizo insostenible. Finalmente, por consejo de su familia, llevó el broche a un orfebre para que lo fundiera y lo convirtiera en otra cosa. El orfebre, que no era un hombre de gran imaginación, lo convirtió en un anillo muy grueso que quedó perfecto en el dedo corazón de aquel padre en duelo.

El negocio prosperó y la bodega multiplicó sus beneficios. Pero como en mi familia no se daban los finales felices, y la maldición tarda un poco pero siempre llega, al hombre le llegó su turno la mañana de San Juan, mientras cruzaba las vías cargado con unos odres de vino. Un tren demasiado rápido pasó a la hora que no le tocaba y se lo llevó por delante en un segundo, dejando que su mano navegara a la deriva por un charco oscuro durante un buen rato con el anillo puesto.

Su hijo, mi abuelo, llevó ese anillo en el bolsillo del pantalón durante años porque se le resbalaba del dedo. Heredó la bodega y las parcelas de viñas y contrató a un zahorí para determinar dónde comprar más terrenos. El zahorí le señaló un punto con el péndulo y dijo: «Ahí», y mi abuelo compró ahí y se hizo rico.

Con él se hizo rico todo el pueblo. Empezaron a construir casas y más casas, hasta que las casas ya no cabían y tuvieron que amontonarlas sobre la ladera y extenderlas hacia el fondo del valle, donde mi abuelo mandó construir una muy alta y estrecha, pintada de rojo y cubierta por unos tejados como sombreritos, donde siempre imaginó que tendría una docena de hijos, aunque al final solo le diera tiempo a tener uno.

Como ya tenía muchos planes pero aún no tenía mujer, un buen día mandó fundir de nuevo el anillo de su padre para convertirlo en dos alianzas de matrimonio, y después de mucho insistir, se casó con la chica más cotizada del pueblo, porque era rubia y desinteresada de las cosas materiales, lo que le daba un aire misterioso opuesto a él. Tuvieron un hijo que aprendió muy pronto a hilar las letras, un cerebro brillante que no hablaba con nadie y que lloró durante un mes cuando a los cinco años su madre los abandonó de puro hartazgo.

Mi abuelo era tan popular que poco después del abandono de su mujer se presentó a alcalde y arrasó. Desde entonces, se ocupó más de los demás que de su propio hijo, por lo que papá creció en una casa llena de personas que no vivían allí. El alcalde asistía a todas las bodas, bautizos y funerales a varios kilómetros a la redonda, hasta que llegó un punto en que no había que invitarlo porque todos sabían que en cierto momento de la fiesta entraría por la puerta con una botella de vino en una mano y una armónica en la otra, y tocaría unas canciones, bebería unas copas, haría unos negocios, susurraría unos secretos, estrecharía unas manos y el día terminaría felizmente para todos. Cuando un par de décadas después se desplomó debajo del olmo más grande del parque municipal al inicio del verano, todo el pueblo lloró a mares y se declararon tres días de luto local.

A partir de ese momento, que justo coincidía con mi aparición en la historia, el relato de mi padre empezaba a hacer aguas. Era cuando cerraba los ojos, ladeaba la cabeza, asomaba la lengua entre los dientes y la historia se terminaba sin ningún tipo de final, porque le daba miedo hablar de nuestras muertes, o quizá (y de eso tardé un poco en darme cuenta) porque le daba vergüenza ser el protagonista del último capítulo de la historia, el que narraba el descarrilamiento del imperio familiar.

Lo único que sabía a partir de ese momento era que mi padre

había mandado fundir la alianza de mi abuelo una vez más para convertirla en un colgante dorado, con aleación de níquel y cobre, que me había colocado en el cuello por mi decimotercer cumpleaños y que me había provocado la peor reacción alérgica de mi vida.

*

Agarré la costra entre los dedos y empecé a tirar y tirar hasta quedarme con un jirón de piel muerta largo como un velo. Tenía el pecho descamado y blanquecino. La erupción había seguido su curso natural y ahora me estaba deshaciendo. Tiré de otra costra que se me extendía por la clavícula, la desprendí con facilidad y la dejé caer en el fregadero.

Me asomé por las rendijas de la persiana y vi un par de ardillas paseándose por la rama de un árbol. El sol se filtraba a través de las hojas, que se movían muy levemente a cada salto, y que se volvieron a quedar inmóviles cuando las ardillas bajaron por el tronco y desaparecieron de mi campo de visión. De fondo se oía el canto de las chicharras y el motor intermitente de algún coche que bajaba o subía por la carretera.

Mi padre se había ido y no había vuelto.

Suponía que vendrían a buscarme, pero no sabía cuándo. Para retrasar el momento lo máximo posible no había salido de casa durante varios días, en los que subsistí gracias a las fiambreras que quedaban de las monjas, algunas conservas de la despensa y un poco de jamón viejo. Eché las cortinas, bajé las persianas, desconecté el teléfono y por las noches encendía solo una vela para evitar que se viera luz desde la calle, y a veces ni eso.

A pesar de las extrañas condiciones en las que me había quedado sola, desde el principio tuve claro que esa era mi única oportunidad de hacer todas las cosas que alguna vez había querido hacer y no había podido por culpa de las normas sociales. Por ejemplo: cenar cereales con vino a la una de la mañana, ver cinco películas en el mismo día, no ducharme, tirarme por la escalera en un colchón, arrancar los botones del vestido más caro de mi madre o dibujar a gente desnuda en el reverso de documentos clasificados.

León, a quien todo le parecía poco, propuso enseguida actividades más extremas, como descolgarnos boca abajo desde la barandilla del segundo piso con una cuerda de tender, desmontar un somier antiguo y pegarnos a muerte con los listones de madera, lanzar las armónicas de mi abuelo contra el trigal de enfrente o desparramar las fotos familiares por el parquet y poner motes hirientes a todos los que salían.

En los descansos de las actividades, León hacía de centinela en el tragaluz del cuarto de baño. Subía a verle y jugábamos a las cartas o al dominó sobre la tapa del váter. Se acabó aprendiendo todas las cintas grabadas de la radio de tanto escucharlas, aunque a él las que le gustaban de verdad, me confesó, eran las canciones antiguas. Me extrañó que tuviera gustos propios y entonces quise saber más, pero me rehuía, no le gustaba hablar de sí mismo; en cambio, durante las horas muertas me recitaba poesías y fábulas que probablemente se inventaba sobre la marcha, y que al final no eran más que la forma que tenía de hablar de sí mismo. También dejaba que apoyara las piernas en su regazo o la cabeza en su hombro. Nuestras conversaciones duraban horas y a veces me quedaba dormida a la mitad, cerraba los ojos y me resbalaba hacia un lado como una planta marchita, y él sostenía mi peso hasta que al cabo de un rato me despertaba y lo veía de nuevo haciendo guardia debajo de la ventana.

Mi primera hipótesis para explicar la situación fue que mi padre había sido secuestrado. Siempre había pensado que tenía un perfil adecuado para algo así, y si yo no tenía cuidado, corría el riesgo de ir detrás. Por eso tampoco tenía ninguna intención de dejarme ver. Me quedaba embobada mirando al techo e imaginando qué estaría haciendo y en quién estaría pensando papá en su hipotético secuestro. Me lo imaginaba en un zulo con una lámpara de aceite, suplicando la liberación a sus secuestradores, moldeando con la mugre de la pared una pequeña figurita de mi abuelo. Al fin y al cabo, la gente necesita a sus padres cuando tiene miedo. En una situación así, yo no le valía para nada.

La segunda hipótesis no la había desarrollado mucho, pero se basaba en la idea de que mi padre se había escapado por voluntad propia a pie para liberarse de todos los problemillas administrativos sin dejar rastro. En ese caso, pensé que se pondría en contacto conmigo tarde o temprano a través de algún método primitivo, aunque tampoco es que tuviera mucha esperanza.

Había una tercera hipótesis más oscura, pero no quería dedicarle ni un minuto de atención y cada vez que se asomaba por la esquina de mi pensamiento, me veía obligada a lanzar algo contra la pared o prender fuego a una servilleta para distraerme lo más rápido posible.

—¿Cuándo crees que volverá? —le pregunté a León.

—No lo sé —contestó—. Pero espero que avise antes para pasarle un trapito a todo esto.

*

En el bolsillo del forro polar todavía tenía guardado el trozo de papel

que me había traído Miguel, con su mensaje de «HABER SI EL PRÓXIMO DÍA AGUANTAS UN MINUTO» y su número de teléfono. A primera hora de la mañana, después de haber dado veinte vueltas por la casa y haber desayunado un trozo de pan duro y medio vaso de leche que empezaba a oler a cadáver, volví a conectar el cable del teléfono, descolgué el auricular y marqué el número sin pensar.

—¿Diga? —preguntó la voz de su padre, ronca y pesada, después de unos cuantos tonos. Me quedé muda—. ¿Quién es?

—¿Está Carmen? —dije con voz de pito.

—¿Quién eres?

—Una amiga de baile —improvisé—. ¿Se puede poner?

—Está durmiendo. ¿Pasa algo?

—No.

El padre se quedó callado durante un rato más largo del que se consideraría normal, pero finalmente dijo:

—Espera.

Pasó un minuto y de pronto escuché la voz de Carmen recién salida de la cama.

—¿Sí?

—Hola. Soy yo, pero no digas nada. ¿Te he despertado?

—Pues sí. No son ni las nueve, tía.

—¿Me podrías hacer un favor?

Esperé muy quieta tras las rendijas de la persiana de mi habitación hasta que, casi una hora después, Carmen apareció por la reja trasera con un top fruncido amarillo que se mimetizaba con la hierba, una mochila a la espalda y unas amapolas en la mano. Miró la casa sin saber muy bien por dónde entrar y yo subí la persiana, abrí un poco la ventana y saqué la mano por el hueco.

Carmen llegó hasta la pila de muebles, los miró y gritó:

—¡Cómo mola!

Asomé la cabeza del todo.

—Puedes llevarte los que quieras —dije—. Nos vendría bastante bien.

Le sugerí que entrara por alguna de las ventanas de abajo, pero insistió en hacerlo por los muebles, a pesar de que después de la lluvia y el viento habían perdido estabilidad y ya no era tan fácil escalarlos. Trepó como un mono en diez segundos y le tendí el brazo para ayudarla a meterse dentro.

Pensé que lo primero que querría saber era qué hacía encerrada a cal y canto en la casa, pero en lugar de eso me preguntó:

—¿Has roto con mi hermano?

—¿Por qué lo dices?

—Porque me has llamado a mí y no a él.

—Bueno. Para haber roto tendríamos que haber estado juntos, en primer lugar.

—¿Y no estabais juntos?

—No.

—Mi hermano me ha dicho que sí.

—¿Por qué te ha dicho eso?

—Porque le pregunté.

—¿Y por qué le preguntaste?

—Porque estaba llorando.

Me quedé callada. Volví a bajar la persiana para que no nos viera nadie, aunque a ese lado de la casa no había más que moscas.

—A mí me da igual, nosotras podemos seguir siendo amigas —añadió Carmen al tiempo que me extendía el ramillete de amapolas que había cogido por el camino—. Si quieres.

La dejé tirarse diez veces seguidas por la escalera con el colchón mientras yo me comía los bollos y el yogur que me había traído. Se agarraba fuerte de las costuras y mantenía todo el cuerpo rígido como un gato en peligro cuando el colchón se inclinaba sobre los primeros peldaños hacia el descenso. Le daba tanto vértigo que al aterrizar abajo le entraba un ataque de risa salvaje y empezaba a rodar por el suelo, fruto del alivio por haber sobrevivido.

Era la viva imagen de su madre, pero en tamaño reducido y sin gafas. Pensé que seguramente no tardarían mucho en ponérselas, dada su herencia familiar. Quizás incluso ya las usaba para ver la pizarra de clase, pero era demasiado presumida como para ponérselas el resto del tiempo.

Pasamos la mañana allí tiradas. Carmen me hizo y me deshizo unas trenzas una docena de veces y me preguntó cosas sobre mi familia. Nos gustaba hablar del pasado, sobre todo del que no habíamos vivido. Todo lo del pasado siempre era más interesante. Nos enumeramos nuestros apellidos la una a la otra como si fueran poesías y luego me contó que su madre no era la verdadera dueña de la farmacia, sino solo la encargada. La dueña vivía en otro pueblo y no la veían casi nunca porque era rica, y los ricos se dejan ver poco. Su padre llevaba en paro desde los despidos de la bodega, y en ese tiempo había engordado once kilos y medio. Se pasaba las mañanas gritándole a la tele y las tardes reunido con el sindicato. Me confesó en voz baja que estaban hasta las narices de él.

Después me habló del campamento de surf, de las clases, de su hermano. Me preguntó si yo con diez años había hecho tal cosa o tal otra y yo le contesté con respuestas inventadas porque no me atrevía a

decirle que la vida también era un misterio para mí.

Subimos al cuarto de mis padres, donde había dejado un montón de ropa esparcida por encima de la cama. En el cajón de una mesilla encontró un pintalabios, le quitó el capuchón e hizo girar la barra como si hubiera encontrado oro. Entonces se acercó a mí, pero en lugar de ponérmelo en los labios, como cabía esperar, me pintó un círculo en cada pómulo. Luego extendió el color con los dedos con mucho cuidado, tratando de no pasarse, difuminándolo hacia la mejilla, primero en un lado y luego en el otro. Cerré los ojos mientras lo hacía. Tenía las manos suaves, como su madre, y llevaba las uñas pintadas del mismo tono azul que ella. Al terminar me llevó de la mano al espejo y me miré la cara, colorada y brillante.

Le pedí que volviera al día siguiente con más comida. Me dio un poco de corte porque no quería que pareciera que solo la llamaba porque me daba de comer. Lo cierto es que también agradecía poder hablar con una chica porque hacía mucho tiempo que no hablaba con ninguna. De hecho, puede que fuera la primera vez que hablaba tanto tiempo con una.

A León no le hacía mucha gracia que dejara entrar a extranjeros a nuestro refugio. No me lo dijo, pero esa noche se lo noté en su manera de abrir las puertas o de bailar las canciones de mi madre, con una especie de tristeza en las orillas de los ojos.

—León.

—¿Qué?

—No te vayas nunca.

—¡No te vayas tú! —replicó mientras me desenredaba con los dedos la melena ya desenredada.

*

Durante el curso en el que hicimos la comunión, todas las niñas de mi clase se dejaron el pelo largo y empezaron a preocuparse por su ropa y su aspecto. Como yo no quería quedarme atrás, de un día para otro también me dio por mirarme en el espejo con algo de interés por primera vez en mi vida. Intentaba hacerme alguna trenza por las mañanas, aunque enseguida se me resbalaba la goma y acababa con el pelo lleno de nudos antes del mediodía.

Un día vi una tienda cerca de casa en la que hacían muñecas de comunión por encargo, con las caras moldeadas a medida y vestidos que eran réplicas en miniatura de los de sus dueñas. En el escaparate tenían expuestos algunos modelos preciosos de muestra. Me pareció una idea de ciencia ficción, tanto que se me antojó una muñeca a mi imagen y semejanza, en lugar de las biblias, estampas y rosaritos que

atesoraban mis compañeras para el gran momento. Mi padre me llevó una tarde en la que me tomaron medidas de la cara y me sacaron fotos desde todos los ángulos con el vestido de comunión puesto. Pensé que aquello debía de parecerse mucho a ser famosa.

Una semana después volvimos para recoger la muñeca. Me la entregaron en una caja blanca enorme con un lazo rosa, la abrí temblando de nervios y al retirar el papel cebolla me encontré con un trajecito exactamente igual que el mío a pequeña escala, pero unido a la cabeza más espantosa que había visto nunca. Parecía una muñeca tísica, con la piel amarilla y los ojos hundidos. La frente formaba una recta plana en vez de la curvatura suave de las muñecas normales, la nariz le ocupaba media cara y tenía el pelo lacio pegado a trozos en el cráneo de plástico. Me quedé mirándola en silencio y entonces mi padre dijo:

—¡Es igualita a ti!

Sonreí y di las gracias.

Tuve que lucir a la muñeca en el centro de mi cama durante algunos años, supuse que como castigo divino al primer asomo de vanidad, que a partir de ese día corté por lo sano. Pero después de lo que pasó el día de mi comunión empecé a castigarla literalmente: le corté el pelo por dentro para que nadie se diera cuenta, le pinté el cuello con rotulador permanente y le quité las bragas igual que me las habían quitado a mí. El mejor momento del día era cuando la tiraba al suelo para irme a dormir y se quedaba boca abajo con las piernas y los brazos torcidos para los lados.

Por la mañana mi madre la volvía a colocar a regañadientes sobre la colcha, acompañada de algún comentario cruel. Al final quedó claro que la muñeca solo le gustaba a mi padre y por eso se mantuvo, como tantas otras cosas.

*

A través de la mirilla vi la cara abombada de Miguel. Detrás, Carmen me saludaba con la mano. De los brazos les colgaban varias bolsas de plástico.

—Te dije que no le contaras nada —le susurré a Carmen mientras abría la puerta.

—¡No, no me lo dijiste!

Miguel pasó al recibidor a oscuras con cara de pocos amigos. Tenía el ceño exageradamente hundido, como si quisiera recalcar que seguía enfadado después de nuestra última conversación. Dejó caer las bolsas al suelo. Dentro había un montón de comida.

—Gracias.

Les conté mi teoría sobre la desaparición de mi padre mientras Carmen preparaba un refugio de cojines y mantas en el salón, porque era incapaz de estarse quieta más de un minuto. Como ya sabía lo que estaba pensando Miguel, me adelanté y le pedí por favor que no les contara nada a sus padres. Se recolocó las gafas y en su cara se quedó fija una mueca de entre pánico y emoción que duró varios días; probablemente era la primera vez que tenía que guardar un secreto así.

Por suerte sus primos se acababan de marchar, así que durante esa semana vinieron cada vez que encontraron la ocasión de escaparse. En casa decían que iban con los amigos de Miguel a la piscina y no les preguntaban más. Además de las bolsas del primer día, me trajeron sobras de lentejas, filetes empanados, manzanas y una hogaza de pan que Carmen había aprendido a hacer en el campamento y que me llevó envuelta en un trapo como un recién nacido.

Jugábamos a las cartas y a unos juegos reunidos de la prehistoria que sacaban de casa a escondidas. A Miguel no le gustaba perder contra mí, pero lo que verdaderamente no soportaba era perder contra su hermana. A veces se ponían a imitar a presentadores de la tele que yo no conocía, con ese descaro que solo tienen los que llevan viéndose hacer el ridículo toda la vida. A menudo se pegaban, sobre todo patadas, con una fuerza que les hacía volar por el salón, y en cuestión de segundos pasaban de la violencia extrema al ataque de risa. No tenían filtro el uno con el otro, no sabían lo que eran las distancias ni las convenciones. Cuando se enfadaban yo mediaba entre ellos, aunque al final Miguel siempre cedía para intentar sacar a relucir su nivel de madurez.

Me preguntaron por mi madre. Empecé a contarles que estaba en el Colegio, que había ido a verla muchas veces y que estaba bien. Intercambiaron una mirada rara y enseguida me di cuenta de que sabían que mentía, porque ya estaban al tanto de todo desde hacía tiempo, solo que llamaban a las cosas con otras palabras, supongo que las verdaderas. Me mordí el labio y clavé la vista en el suelo durante un rato; me daba vergüenza que supieran más cosas de mi familia que yo misma. Así comprendí cómo funciona la información en los pueblos, como un patrimonio público que todos tienen derecho a conocer.

Al lado de su hermana, Miguel parecía más seguro. Miraba a los ojos y puede que tuviera la voz un poco más grave y menos temblorosa. Lo único que no había perdido era el miedo a tocarme, y siempre evitaba sentarse demasiado cerca de mí. Me pareció raro,

teniendo en cuenta que nos habíamos pasado el curso intercambiando saliva en un cubículo de un metro cuadrado, pero ahora los dos parecíamos otras personas. Carmen servía de barricada; se acurrucaba entre nosotros como un animal doméstico y nos daba mucho calor. Una de esas tardes sacó un paquete de tabaco aplastado de su mochila sin venir a cuento y Miguel la miró con la boca abierta.

—Me lo dio la tía —dijo ella encogiéndose de hombros.

Nos sentamos entre las dos camas de mi cuarto y abrimos un poco la ventana para que corriera el aire. Miguel encendió un cigarro para los tres y se empeñó en dar la primera calada. Aspiró tan deprisa que el humo se le quedó atravesado en la garganta y tuvo que hacer esfuerzos para reprimir la tos. Me lo pasó con los ojos llorosos. Yo sostuve el cigarro como si me hubiera divorciado tres veces, inhalé el humo y me dio un ataque de tos tan grande que Carmen me tuvo que aporrear la espalda para que se me pasara. Lo que quedaba de cigarro se consumió en su mano. De lejos se oía aullar al perro de la finca.

—¿Qué le pasa? —preguntó Carmen.

—Que está en celo —dijo Miguel. Me volví hacia él.

—No es verdad.

—¿Qué es en celo? —insistió Carmen.

—Nada —dije, para zanjar el tema—. Solo aúlla porque está solo. Pero está bien.

Carmen no paraba de hacer preguntas sacadas de las revistas de su madre o de juegos del campamento. Había uno que consistía en preguntar cuándo fue la última vez que hiciste esto o lo otro, a lo que solo se podía contestar con frases cortas sin ninguna explicación. Las primeras preguntas fueron muy inocentes, como la última vez que habíamos ido al cine o a la playa o habíamos copiado en un examen, o habíamos llorado. Contestábamos lánguidamente en semanas o en años, inventándonos un poco las respuestas.

—¿Cuándo fue la última vez que besasteis a alguien? —soltó cuando se quedó sin ideas. Enseguida añadió, por si quedaba alguna duda—: Yo nunca.

Ni por asomo iba a confesar ahí que mis últimos besos habían sido en la fiesta de fin de curso con mis cuatro compañeros de clase al lado de un charco de pis de la tapia, así que hice memoria para decir la última vez que me había besado con Miguel.

—Hace unos dos meses, creo.

—¿Y tú? —dijo Carmen, dirigiéndose a su hermano, como si tuviera que dar una respuesta distinta. Él estaba rojo como un tomate. Se rascó la cabeza y miró alrededor buscando alguna escapatoria, pero al no encontrarla finalmente respondió con un hilo de voz:

—Hace tres días.

Me quedé en silencio. Por la ventana vi cómo León hacía la croqueta en el jardín, completamente a oscuras.

*

Un rato después de que se marcharan, pasada la medianoche, Miguel volvió a aparecer por el agujero de la alambrada, esta vez solo. Lo miré subir por los muebles sin ofrecerle ayuda porque pensé que le vendría bien, pero se le enganchó el pie en el cajón de una mesilla, se resbaló y cayó al suelo con un golpe sordo, así que tuve que bajar a por él, saltándome mi propia norma de no salir afuera.

Hacía más frío que otras noches. Le ofrecí mi cuerpo a modo de muleta hasta la puerta y le preparé un trapo con hielos para el tobillo mientras él se desplomaba en el sofá, reprimiendo un gemido de dolor. Estuvimos un rato en tensión hasta que el silencio se fue convirtiendo en un espacio más habitable.

Me recosté en la otra punta del sofá, de tal forma que mi pie quedó a pocos milímetros del suyo. Tenía un tomate en el calcetín por el que le asomaba el dedo gordo.

—¿Te sigue doliendo? —pregunté.

—Un poco.

—¿Para qué has vuelto?

—Mi hermana me ha obligado.

—Ah.

—No es que no quisiera venir yo —reculó—. Pero no quería molestarte.

—No me molestas.

Miramos las cenizas viejas de la chimenea. Me habría jugado un brazo a que eran de un fuego prendido por mi abuelo, porque nosotros jamás habíamos mostrado el menor interés por usar o limpiar ese hueco.

—¿Alguna vez te ha dado miedo estar aquí sola? —preguntó Miguel.

—No, ¿por qué?

—Porque no están tus padres.

Para él era evidente asociar el miedo a la ausencia de sus padres, dos ángeles con gafas que los protegían a Carmen y a él de cualquier temporal, siempre con una pomada o un trozo de pizza a mano.

—Lo del beso fue el otro día jugando a la botella. Me besé con Carol sin lengua. No tendría ni que haberlo contado. Además somos prácticamente primos segundos.

Anoté el nombre mentalmente para ocuparme de ella en el futuro.

En ese momento no me apetecía.

—Qué asco, la botella debería estar prohibida —dije.

—Pues sí, no sirve para nada, solo para coger gonorrea o mononucleosis.

Nos volvimos a quedar en silencio. El hielo del trapo empezó a gotear sobre el parquet. Se lo retiró con cuidado y al mover el tobillo, nuestros pies se rozaron un momento. Me llevé el hielo a la cocina y escurrí el trapo en la pila. Cuando volví, Miguel se había dejado caer en horizontal con los ojos cerrados.

—No puedes quedarte a dormir aquí —susurré—. No tengo pijamas de tu talla.

«Y en cualquier momento podría volver mi padre», añadí mentalmente. Me senté a su lado y le toqué el pelo. Lo tenía muy suave. Se me ocurrió que quizás usaba acondicionador para bebés. Los imaginé de pequeños con la casa llena de vaho a la hora del baño, sus padres envolviéndolos en albornoces como empanadillas, sus abuelas vaciando pimientos de la huerta en la casa de al lado y llevándolos para cenar. Imaginé que invitaban a Carol y después de la cena se morreaban a escondidas en la cocina sobre los restos de los pimientos, y me imaginé a mí emergiendo sin previo aviso por el fregadero entre los dos, con zarpas en las extremidades, como un monstruo de las alcantarillas. Imaginé que agarraba a cada uno con una zarpa y me los llevaba conmigo por el sumidero mientras gritaba: «¡Pero qué hacéis! ¡¡Que sois prácticamente primos segundos!!».

Me desperté muy agitada, palpándome las manos. Miguel fingió que la proximidad de su cara a la mía era simple coincidencia en mitad de un movimiento y se recostó como si nada sobre el lado contrario del sofá. En su reloj de pulsera brillaba una hora intempestiva.

—Tu madre te va a matar como entre a tu cuarto y no estés —dije.

—No pasa nada, toma pastillas para dormir. Y a las malas, mi hermana me cubre.

Nunca llamaba a Carmen por su nombre, sino que siempre decía «mi hermana», y a ella le pasaba lo mismo al hablar de él. Al parecer era una ley no escrita del código de hermanos que, como tantas otras cosas, yo no conocía.

Como a esas horas no había mucho peligro de ser vista, le acompañé afuera. Saltamos la cancela para evitar que chirriase y caminamos bajo las farolas de las calles residenciales intercaladas con caminos de tierra que llevaban a la cuesta de subida a su casa. Me di la vuelta para mirar la silueta del coloso al final de la recta y suspiré

al ver que le habían vuelto a cercenar el brazo.

Sobre nosotros se derramaban un millón de estrellas y la visión me abrumó un poco; necesitaba que hubiera algo vacío en alguna parte. El aire olía a tomillo y otras hierbas pequeñas. Empecé a tiritar y Miguel se quitó la sudadera y me la dejó. Solo la acepté porque me dijo que era la que menos le gustaba y un poco también porque olía a su acondicionador de bebé. Después de la cabezada se nos había esfumado el sueño y como a Miguel aún le dolía el tobillo, caminábamos despacio.

Solo se oía el canto de los grillos y nuestras pisadas sobre el asfalto gastado, hasta que llegamos a la altura del invernadero y Miguel me hizo un gesto para que me detuviera. Junto al edificio había un coche aparcado con las luces apagadas que se bamboleaba con un rumor mecánico. Nos acercamos bordeando el recinto y nos acuclillamos detrás de la esquina del invernadero, a pocos metros del coche, desde donde se oían perfectamente los jadeos de dos personas. Mientras la pareja se entregaba a la abundancia nos miramos, callados y conscientes de la magnitud de aquel momento en el que, sin darse cuenta, nos hacían partícipes del secreto del mundo. Yo ya conocía un poco ese sonido, aunque era la primera vez que lo tenía tan cerca, y sentí de pronto una tibieza esponjosa en la barriga. Miguel estaba aturdido, el cuerpo le vibraba de pies a cabeza; pegó la espalda a la pared del invernadero y se agarró de las rodillas al no saber cómo colocarse. Al cabo de un rato cesaron los ruidos y le tiré del brazo para salir corriendo por el otro lado antes de que nos pillaran.

Volvimos a la calle envueltos en unas risas eléctricas, yo ahora muerta de calor, Miguel cojeando a toda prisa del tobillo malo.

—Te vamos a echar de menos cuando te vayas al reformatorio —dijo cuando se nos pasó la tontería. Me paré en seco. Había mentido tanto últimamente que se me había olvidado lo del reformatorio, pero aun así no le dije nada, solo tragué saliva y contesté:

—Yo también.

Su frase me hizo plantearme seriamente qué sería de mí cuando empezara el curso en septiembre. Había estado tan concentrada en hacer el bestia en casa que se me había olvidado el colegio privado del anuncio al que me había inscrito mi padre. Pero si mi padre no volvía, ¿quién iba a llevarme todas las mañanas? Tenía que comprar los libros de texto. Y el uniforme. ¿Llevarían uniforme? ¿Tendría que comprármelo con mis ahorros?

Asomé los dedos por la manga demasiado larga de la sudadera y le cogí de la mano. Bordeamos así la finca del perro, hasta que me di cuenta de que llevaba unas cuantas horas sin oírlo ladrar.

Nos asomamos a la alambrada y retiramos las hojas de una planta trepadora para ver mejor. En mitad de la parcela localicé el árbol al que el perro llevaba varios días atado y lo señalé con el dedo. Al lado del tronco, entre la hierba, había un bulto inerte como un saco de arroz. Miguel me apretó la mano y con la otra se quitó las gafas para no verlo.

9

Vinieron a buscarme cuando estaba intentando deslizarme por la barandilla de la escalera. Siempre lo había visto hacer en las películas, pero en la vida real todo era más difícil: los salientes se me clavaban por todas partes y la piel de los muslos se me quedaba pegada al metal. Oí abrirse la puerta a mitad de la bajada y del susto me resbalé hacia un lado y me quedé colgando a varios palmos del suelo.

El hombre se llevó la mano al corazón y suspiró de alivio al verme. Llevaba un traje marrón de cuadros con la camisa sudada y en su mano tintineaba el juego de llaves de mi padre. Me dejé caer de la barandilla y me recompuse la ropa delante de él. Nos quedamos unos segundos mirándonos muy quietos como en las películas del oeste, hasta que sacó del bolsillo un bocadillo envuelto en plástico transparente y alargó la mano para invitarme a pasar a mi propio salón.

La buena noticia era que mi padre no había muerto ni estaba secuestrado; la mala era que estaba detenido, según dijo, y luego rectificó y añadió que en realidad estaba en prisión preventiva. El hombre se cuidó mucho de no darme más explicaciones, como si fuera un bebé. Al parecer todo el mundo (quienquiera que significara «todo el mundo») daba por hecho que yo estaba bajo la custodia de mi madre porque oficialmente mi madre estaba en casa, hasta que la noche anterior alguien (quienquiera que significara «alguien») había llamado por teléfono para alertar del abandono de una menor.

Mientras me comía el bocadillo, el hombre recorrió la casa esquivando platos sucios, torres de cojines, carpas de cortinas y columpios de cuerdas de tender. Dio una patada a los restos de una hoguerita que había hecho con León en mitad de la cocina, negó con la cabeza y murmuró:

—Válgame dios.

Llevaba los bajos del pantalón prendidos con imperdibles y tenía los dedos carnosos y una frente que le llegaba a lo alto del cráneo. Sacó del coche una bolsa de deporte azul y me hizo guardar ahí mis cosas para irnos.

—¿Te apetece ir de campamento? —dijo con el mismo tono que utilizaban Miguel y Carmen para imitar a los presentadores de la tele, pero yo no le seguí la broma. Mientras guardaba la ropa me esperó en el pasillo mirando los cuadros de la pared, silbando bajito la canción del verano.

La bolsa quedó medio vacía, chafada en el maletero como una fruta. Mientras bajábamos por la recta observé cómo la casa se hacía

pequeña por la luna trasera del coche, y junto a ella me pareció ver a mi propio cuerpo despidiéndose de mí. Entorné la vista y me di cuenta de que no era yo, sino León, el que agitaba un pañuelo blanco a la sombra de una encina. Atravesamos la rotonda, León desapareció por detrás de la estatua y confirmé, no solo que habían vuelto a romper el antebrazo de mi abuelo, sino que además se lo habían llevado. Pues a ver cómo lo pegábamos ahora.

Me habría gustado seguir viviendo sola en casa, subsistiendo a base de los restos de Miguel y Carmen, escuchando con León los recopilatorios de canciones hasta que se les enredaran las cintas de dentro, pero no podía ser. Tener trece años era, sin duda, algo horrible.

A pesar de que íbamos allí al lado, el hombre desplegó en el asiento del copiloto un mapa de carreteras con algunas marcas a boli, y condujo despacio mirándolo de reojo, sorteando los baches del asfalto con poca destreza a lo largo de la viña, donde varios trabajadores revisaban los racimos de uvas, aún verdes y duros.

Cuando llegamos al Colegio, aparcó el coche en la puerta y me pidió que esperara dentro. En el mostrador del vestíbulo había una monja muy sonriente con una carpeta llena de papeles. A su lado reconocí a la madre Encarnación, que en nuestro último encuentro me había dislocado la cadera con sus brazos sobrehumanos. Miré a su alrededor a la espera de que mi madre apareciera en cualquier momento. A través del cristal combado de la puerta las monjas se estiraban y achataban como en una atracción de feria en la que había montado una vez de pequeña, donde las figuras deformadas de los niños corrían de un lado a otro por un laberinto de espejos mientras mis padres me saludaban desde abajo.

Mi madre no apareció por ninguna parte, así que cuando el hombre se fue, la madre Encarnación me condujo a un cuarto de la planta baja con pinta de almacén, suelo de terrazo y unas cuantas grietas en la pared por donde correteaban arañas diminutas.

El colchón tenía aspecto de haberse guardado doblado en algún armario durante un siglo entero. Me dejé caer encima y se me clavó un muelle en el culo mientras ella sacaba un Cristo de una bolsa de plástico y lo colgaba de un gancho en la pared. Lo único que diferenciaba a la habitación de una celda era una ventana que daba directamente al soportal de fuera, desde donde se veía el huerto, unos bancos y un trocito de fuente. Después me mostró el comedor, al que llamaban refectorio, y un par de salas con sillones, libros y televisores, a las que llamaban salas comunes. Luego se inclinó sobre mí y me prohibió terminantemente subir las escaleras para acceder al resto de

las habitaciones.

—Solo a las duchas del primer piso. El resto es zona privada. ¿Entiendes? Privada —recalcó la madre Encarnación masticando las sílabas mientras me miraba con ojos de gaviota.

—¿Y cómo voy a ver a mi madre entonces? —pregunté, pero ella ya se había dado la vuelta y trotaba por el pasillo, como si hubiera quedado.

El interior del Colegio era distinto a la luz del día. Todo parecía más viejo pero menos amenazador que la noche en que me había colado. Lo más bonito se concentraba en el vestíbulo, una sala diáfana con una puerta doble acristalada y suelo de mosaico en tonos burdeos con cenefas blancas. Dentro solo estaba el pequeño mostrador de recepción enmarcado entre dos columnas y un candelabro que pendía de un cable pelado en lo alto del techo.

A medida que una se adentraba por los pasillos la cosa se iba afeando bastante. Por todas las esquinas había un crucifijo, una virgen, un ángel o un retablo; y a cada pocos metros, bancos de madera desvencijados, plantas mustias por el calor y láminas de santos con cara de sufrimiento. Las ventanas estaban cubiertas con visillos bordados por los que se filtraba una luz paliducha. Cada dos por tres sonaban las campanas de la torre y retumbaban en todas aquellas figuras, que se quedaban vibrando durante unos segundos.

Por una puerta de madera alta y pesada se accedía al claustro, con una bóveda de crucería sostenida por gruesos contrafuertes adosados al muro. Una imposta escalonada decoraba los arcos, que daban a un patio desnudo con suelo de piedra y un olivo en el centro permanentemente achicharrado. A cada lado había una hilera de salas entre las que se encontraban el obrador, la cocina y el refectorio, donde comíamos todos juntos. Al fondo estaba la puerta de la iglesia, se notaba porque por los goznes se colaba un olor muy fuerte a incienso. Cada vez que asomaba la cabeza, las monjas me decían que si quería rezar, ya tenía la capilla. Por suerte, no mostraron ningún interés por evangelizarme, solo por que me estuviera tranquilita. La verdad es que yo tampoco lo tenía, así que todas contentas.

Nunca habíamos ido demasiado a la iglesia, y por eso los curas me daban miedo y las monjas, curiosidad. Cuando iba a catequesis solía quedarme sentada con las piernas colgando de un banco de madera un rato después de haber terminado, mientras buscaba todas esas respuestas que me habían dicho que tenía que hallar dentro de mí. Me inquietaban los ratos a solas en esa fábrica de ecos donde parecía que todo el mundo iba a echarse a llorar en cualquier momento. Mi madre siempre evitaba pisar la iglesia, así que era mi

padre el que venía a buscarme y me preguntaba sobre lo que había aprendido, y yo repetía la palabra de Jesús como si fuera una de mis mentiras mejor trabajadas.

Eso sí, las personas que iban a la iglesia me daban mucha envidia porque no le tenían miedo a la muerte. Nuestro bloque estaba lleno de mujeres mayores que arrastraban los pies por las aceras, o bien que iban del brazo de sus maridos esmirriados o de cuidadoras extranjeras que les daban conversación. Cuando me las cruzaba en el portal o en el ascensor solo podía pensar que en cinco o seis años estarían muertas, pero ellas no se daban cuenta; entraban en la iglesia y salían renovadas, como si hubiesen bebido de un elixir.

Me habría gustado entrar allí, escuchar al cura y sentir lo mismo, pero era incapaz de creer en nada después de la muerte que no fuera mi cuerpo desintegrado en la tierra o desmembrado sobre el pavimento de flores que se veía desde lo alto de nuestro balcón, por el que era tan fácil tirarse. Una vez oí a alguien decir que lo mejor era morirse en la cama durmiendo y a partir de entonces muchas noches de verano tuve miedo de acostarme y alcanzar las fases más profundas del sueño sin saber si me iba a despertar.

No me habían dado llave para la puerta de mi cuarto, así que cualquiera podía entrar o salir a sus anchas. A pesar de todo, León decidió seguir con su método de aparecer por donde menos lo esperaba y, mientras perseguía a una araña con la zapatilla, de pronto emergió medio cuerpo por la ventana como la marioneta de un guiñol y me sonrió desde el alféizar, con la cara entre las manos.

Sobre el colchón me habían dejado un juego de toallas y otro de sábanas. León me ayudó a ajustar la bajera en las esquinas y a cuadrar bien la sábana de arriba. Al terminar la alisó con las manos y con ese simple gesto me sentí un poco mejor. Nos quedamos un rato contemplando el cuarto-almacén. A través de la ventana se veía a los trabajadores de la viña al fondo. Me imaginé que el Colegio era un castillo medieval y ellos eran nuestros centinelas, las monjas eran las doncellas, y los internos, la corte; y Ana era una reina, Hattie, un caballero, y mi madre, una prisionera.

—Y nosotros, los bufones —añadió León.

Todavía era temprano. Nos sentamos en la cama recién hecha con la espalda apoyada en la pared y escuchamos juntos el coro de las monjas, ligeramente desafinado.

*

Hattie estaba más morena y tenía unas gafas de sol nuevas que le sujetaban mejor el pelo. Entró en el cuarto y cerró tras de sí dando

saltitos. Me abrazó tan fuerte que me cortó la respiración y después quiso escuchar con pelos y señales lo que había hecho durante aquellas semanas, con quién había estado, hasta cuándo me quedaría. Hattie hablaba mucho y yo no tenía ganas de hablar. Ni siquiera sabía la mayoría de las respuestas y probablemente sería la última en enterarme.

—Has crecido —dijo estrechando otra vez mi cuerpo rígido entre sus brazos. La miré sin escucharla. Me retiró varios mechones de pelo de la cara y susurró—: Pronto verás a tu madre.

Asentí, poco convencida. Me ayudó a deshacer la bolsa azul en un minuto y me di cuenta de todo lo que me había dejado. No había cogido cepillo de dientes, ni pijama, ni unas zapatillas que no fueran las que llevaba puestas, tan solo alguna muda limpia y cuatro camisetas. Hattie subió al cuarto de Ana y enseguida bajó con algunas de las cosas que me faltaban: un pequeño neceser con champús, cepillos y tampones, unas chanclas que me venían un poco grandes, una camiseta con el logo de un banco extinto, otra con el nombre de un grupo de música disuelto, un pantalón de chándal con rayas fosforescentes a los lados y un alijo de calcetines blancos.

Detrás de ella apareció Ana, encogida, arrastrando los pies y con el pelo revuelto. Me pareció que en el flequillo le brillaban algunas canas más que la última vez. Me saludó con un gesto de barbilla y se quedó apoyada en el vano de la puerta, examinando la habitación con la ceja levantada.

—Vaya, te han dado la suite imperial.

Se agachó y cogió con delicadeza una arañita del suelo, que correteó por el dorso de su mano. Se la subió a la altura de los ojos, la miró de cerca y la aplastó entre los dedos.

Enseguida me pusieron al día de las novedades del Colegio. La más importante era que la anciana que no se moría nunca todavía no se había muerto. Eso sí, había hecho un nuevo amago que había atraído todavía a más visitas de las que normalmente atraía, probablemente debido a la cantidad de internos que había en el Colegio. En el mes de agosto las monjas acogían a muchas personas mayores que se quedaban sin cuidadores o simplemente que no aguantaban el calor de las ciudades. Me fijé en que se mezclaban con los internos habituales y se adaptaban muy bien a sus costumbres. Se ponían las sandalias con calcetines de rigor y caminaban por ahí con los brazos descolgados de la carne y un montón de historietas para quien quisiera oírlas. Me subí los calcetines de Ana hasta las rodillas y me sentí automáticamente parte de ese bando de proscritos, sin nada que hacer y poco que perder.

Pronto las monjas acuñaron su frase más repetida de ese mes:

—¡Aquí no puedes estar!

Aun así, cada vez que podía intentaba apañármelas para extender las fronteras de lo permitido sin que se dieran cuenta.

En teoría solo me dejaban explorar la planta baja, los sótanos y las zonas comunes de la primera planta, pero solo con eso el Colegio ya me parecía infinito. Estaba compuesto de centenares de recovecos y subdivisiones, y además las monjas tenían una especial predilección por las puertas. Había puertas que daban a salas comunes con otras puertas que daban a cuartitos de limpieza con más puertas que daban a dormitorios inutilizados; puertas de roble con picaportes de bronce y otras de aglomerado fino como el papel; puertas abiertas que generaban corrientes de aire sobrenaturales en los pasillos y hacían estallar otras puertas contra sus marcos en lugares lejanos; puertas aseguradas con cuñas; otras roídas por la carcoma; puertas prohibidas para los internos y puertas prohibidas para las monjas; puertas que daban a otras puertas, o que daban a ventanas, o que no daban a ninguna parte; puertas que se cerraban y nadie era capaz de volver a abrir, y puertas que no se abrían nunca por si acaso.

Incluso ya pasados varios días, cuando se podía decir que me sabía el Colegio de memoria después de haber dado un millón de vueltas por dentro, seguía encontrando nuevos itinerarios por explorar en el laberinto. De pronto me encontraba encerrada en bibliotecas con olor a mausoleo o en almacenes de herramientas sin bombillas, y podía pasarme media hora gritando hasta que alguien venía a por mí. Me sorprendió descubrir que ninguna de esas veces sentí miedo, solamente un cosquilleo en el estómago y una rara sensación de pertenencia.

La habitación de Ana estaba al lado de las duchas del primer piso. Para ella era perfecto porque le encantaba ducharse tres o cuatro veces al día. Más tarde Hattie me dijo que tenía una ligera obsesión con el agua helada y sentí una sacudida en el estómago. En la puerta de su habitación había una pegatina como las que se ponen a la entrada de los chalets, que tenía pinta de haber pegado Hattie y que decía: BEWARE OF DOG. Debajo salía el dibujo de un perro con ojos de cordero degollado que parecía de todo menos peligroso.

Todas las tardes, antes de ducharme, aprovechaba para desviarme un poco más hasta la habitación entreabierta de la anciana que no se moría nunca y, aunque no alcanzaba a verle la cara, sí que veía el bulto nervioso de sus pies debajo de una sábana con un bordado de punto de cruz, rebelándose contra el devenir natural de las cosas. Todos los que pasaban por delante tenían la costumbre de decirle

hola, a lo que ella siempre respondía con un «buenos días» bajito pero firme.

El que pasaba con más frecuencia era el Marciano, que se ponía nervioso si no le dejaban subir a saludarla como mínimo cinco veces al día, después de cada comida. Salía del refectorio con un reguero de sandía o de leche en la barbilla, atravesaba el claustro al trote y se abalanzaba a la escalera. Durante buena parte de la mañana los oíamos mantener conversaciones cíclicas sobre ningún tema en particular, pero que al Marciano le sacaban unas carcajadas que a veces llegaban hasta mi cuarto-almacén y que me despertaban dentro algo parecido a la envidia.

*

Por las mañanas todos los gatos del valle amanecían apostados en mi ventana de la planta baja, y al anochecer se cambiaban por mosquitos. Además de investigar por dentro, también me dio tiempo a descubrir todos los rincones del jardín, setos enanos, plantas raras, madrigueras de conejos, nidos de avispas, iniciales grabadas en cortezas de árbol; pequeños privilegios que solo teníamos los de dentro y que pasaban desapercibidos para los de fuera.

Hattie llegaba después de desayunar, pasaba unas horas paseando con Ana y se iba al bar cuando se acercaba el horario de las comidas. Llevaba sus revistas de famosas y me traía folios, cromos o bolsas de pipas de la gasolinera. A menudo me pedían que me uniese a ellas, y yo solía unirme, pero a veces mientras me acercaba las veía mirarse a la sombra, quitarse las pestañas de las mejillas, salpicarse con el agua no potable de la fuente, y entonces sentía una fuerza que me empujaba a desviarme hacia otro lado, como si estuviera invadiendo una casa sin paredes. Cuando hacía mucho calor las veía subir la escalera una detrás de otra hasta la habitación de Ana, donde daba la sombra casi todo el día. Cerraban la puerta sin hacer ruido y se quedaban dentro hasta la hora de comer. Cuando Hattie se marchaba, Ana bajaba al refectorio y tenía que abrirse paso entre los internos para sentarse a mi lado, porque muchos habían cogido la costumbre de seguirme a todas partes para que les diera conversación.

—¡A menuda se os ocurre pedírselo! —decía Ana, porque yo nunca sabía bien qué conversación querían que les diera, y al final simplemente me dedicaba a escuchar y asentir mientras pensaba en otra cosa. Muchos de ellos eran viejos que habían perdido la cabeza, pero otros no. El Marciano, por ejemplo, era bastante joven. Venía a mi mesa a hablarme, pero sobre todo a robarme todo lo que él tenía prohibido, como batidos de chocolate y frutos secos que después le

provocaban reacciones alérgicas.

También había otro hombre huesudo que siempre llevaba una gorra verde que le daba aspecto de guardabosques.Tenía los brazos morenos y las manos siempre entrelazadas a la espalda. Todas las mañanas se situaba bajo la misma sombra del mismo árbol del jardín y se iba moviendo despacito a la velocidad del sol mientras observaba todo lo que ocurría a su alrededor. Se llevaba muy bien con todos, a excepción de una mujer de pelo negro que fumaba como una chimenea y que siempre insistía en darle una toba en la visera al pasar, a lo que él respondía con un alarido largo y fabuloso. La mujer entonces se escabullía por la esquina del edificio y allí trapicheaba con otros internos, a los que entregaba saquitos de hierbas de contrabando. A veces el guardabosques la perseguía para pillarla in fraganti y chivarse a las monjas. En el Colegio todo el mundo tenía claro que los dos habían sido novios en el pasado, lo que me hizo pensar en la probabilidad de que hubieran acabado allí juntos, condenados a meterse el dedo en el ojo eternamente el uno al otro después de haberse querido como animales en un tiempo que ya solo existía en un cajón cerrado de su recuerdo.

Dentro del Colegio reinaba un letargo poco común que al principio achaqué al verano y al aburrimiento, pero que pronto supe que tenía más que ver con los vasitos de plástico que daban a todo el mundo con el postre y que estaban llenos de pastillas. Me había fijado en que las pastillas eran un signo de estatus porque los internos competían unos con otros por ver quién tenía más o menos cantidad. Los que tenían demasiadas eran ignorados por los demás, internos de larga estancia como el Marciano o personas mayores; pero los que apenas tenían, como yo (que después de cada comida recibía un vasito con tan solo un caramelo de menta), eran tratados como forasteros, espías, impostores o algo peor. Lo mejor era tener un término medio, un puñado de colores que llevarse a la boca en dos tandas, como hacía Ana, así que pronto empecé a recolectar chicles, piñones, cacahuetes, restos de aperitivos ancestrales que había caídos por los cajones de las mesas o debajo de los cojines, pero incluso también guijarros, pendientes y pilas de botón, todo para engrosar mi vaso de pastillas de mentira que me dejaba instaladas debajo de la lengua a la hora del postre y más tarde me escupía en las manos y me volvía a guardar.

Ana era la única que me tenía calada. Al principio me miraba hacer el numerito de las pastillas desde la otra punta del comedor con estupefacción, y al pasar los días dejó que me fuera acercando a ella, ocupando los sitios libres hasta acabar sentada a su lado. Comíamos en silencio y por las tardes ella se quedaba leyendo en su cuarto y yo

dibujando en el mío, apoyada en el alféizar de la ventana con unos lápices que había robado del bolsillo de una monja. Cuando me aburría me unía a la sala común, donde había peleas frecuentes por elegir el canal de la tele; a veces ponían un concurso, otras veces un programa de películas en blanco y negro, e incluso también alguna cinta de vídeo de una colección almacenada al fondo de un aparador sobre vidas de santos y mártires que supuestamente no le gustaba a nadie pero que todos se tragaban cada vez que tenían oportunidad.

El Colegio no era más que una versión evolucionada del colegio. Una especie de variante de una fantasía en la que yo estudiaba en un internado de monjas como una niña bien, pero sin deberes ni castigos, y por suerte también sin compañeros de mi edad. Caminaba por el recinto sintiéndome la sobrina desequilibrada de todos. Disfrutaba con sus miradas y se me erizaba la piel cada vez que alguien decía «pobrecita, mírala» y especialmente cuando comentaban algo de mi madre, como si con mi comportamiento me estuviera haciendo, ahora sí, digna hija suya.

—¿Conoces a mi madre? —le pregunté una mañana al guardabosques.

—Uy, sí. Una vez le arreglé la radio. Se le había roto de tanto usarla. Las dos sois la alegría de la huerta, ¿eh?

Ana no hablaba con nadie y los miraba a todos con una mezcla de desprecio y compasión, como si no tuviera nada que ver con ellos. Un día le planteé el juego del castillo.

—Si esto fuera un castillo medieval —comencé—, ¿quién sería el rey?

—Pues... el Marciano.

—¿Y las monjas, qué serían?

—Un montón de princesas insoportables.

—¿Y Hattie?

—La reina..., pero de un país muy lejano. Se desplaza en dragón.

—¿Y yo?

—Un caballero andante.

—¿Y tú?

—¿Yo? El bufón.

*

Las cañerías del Colegio sonaban como monstruos primigenios, y obligaban a las monjas a cortar el agua del edificio cada dos por tres para hacer labores de reparación. Varias veces a la semana venía algún fontanero y abría un boquete en alguna pared para hacer algo. Se pasaba varias horas trabajando, sellaba el agujero, todo volvía a la

normalidad y dos días después aparecía otro problema en alguna otra tubería del extremo opuesto del edificio. Los cortes de agua desesperaban a Ana, que se quejaba a todas horas a las monjas sin que le hicieran caso. Ellas llegaron a la conclusión de que las averías, de hecho, se debían a su uso indiscriminado del agua y le prohibieron terminantemente ducharse más de una vez al día. Ponían a una monja a hacer guardia en la puerta del baño y cada vez que Ana intentaba entrar, le cortaba el paso. Ella cerraba los ojos, se dejaba caer en la pared y murmuraba:

—A ver si Dios deja ya de apretar y empieza a ahogar de una vez.

Una de esas noches, después de un día entero de reparaciones, la vi caminar por el perímetro del recinto junto a la tapia mientras se hacía de noche. Me preocupó que estuviera intentando buscar un agujero por el que escaparse. Era una noche pegajosa, de esas en las que todo costaba el doble y nadie lograba concentrarse para jugar a nada, ni hablar, ni ver una película, ni mucho menos coger el sueño. Desde el pasillo se oía el chirrido de la piel del Marciano en el embaldosado, que solía tirarse al suelo sin camiseta cuando tenía calor. Me senté en la ventana y vi cómo Ana daba un par de vueltas al jardín. Se pasó un buen rato merodeando como una delincuente hasta que finalmente, se colocó justo en medio de la extensión de hierba y se quedó inmóvil con los ojos cerrados durante un rato tan largo que pensé que se había quedado dormida.

—¿Ana? —grité desde el alféizar.

No contestó. Salí de un salto y me acerqué a ella. De lejos se oía el tintineo de las monjas fregando los platos sucios en la cocina. Entonces, cuando estaba a medio camino, se activaron de pronto los sistemas de riego automático y por todo el jardín se dibujaron unos arcos de agua como catedrales. Se derramaban unos sobre otros por todo el césped y confluían en el cuerpo de Ana, que abrió los ojos de pronto y sonrió en la oscuridad. Parecía una virgen de verano.

A mi espalda se oyó un grito del Marciano. Hizo un esprint desde la entrada y llegó hasta nosotras en tres segundos, sin parar de gritar. Detrás de él vinieron unos cuantos más: el guardabosques, la mujer contrabandista y seis o siete rezagados. Ana me hizo un gesto.

—¡Corre, que dura poco!

En el piso de arriba se asomaron algunas cabezas.

—¡A callar! —gritó alguien.

—¡A mamarla! —respondió ella.

Siguieron insultándose. Corrí con ellos y me dejé mojar por la lluvia falsa, como una planta falsa en un jardín falso durante un minuto entero en el que todo se volvió sorprendentemente real. Todos

daban vueltas y chillaban a la vez bajo los chorros por algún motivo que solo ellos sabían, y yo chillé con ellos, para sacarme algo de dentro y un poco también para que me oyera mi madre al otro lado de las persianas de la segunda planta. El Marciano parecía al borde del éxtasis. Una de las mujeres que nos había mandado callar bajó y le dio un empujón a Ana, que se lo devolvió con el doble de fuerza. Se tiraron al suelo y rodaron a puñetazo limpio.

Nos lanzamos a separarlas y enseguida aparecieron las monjas con los delantales puestos. Se organizaron para sacarnos a rastras uno a uno de la hierba mojada, destrozando todas las flores y los arbustos mientras contenían nuestros pataleos con toda la fuerza de sus brazos, y cuanto más tiraban, más nos resistíamos nosotros. Entonces, por encima de los gritos, desde la ventana de la anciana que no se moría nunca sonó un hilo de voz agudo y firme:

—¡Y fue el diluvio cuarenta días sobre la tierra...!

No oí más porque la madre Encarnación me agarró de la camiseta, me derribó sobre el césped y me hundió la cabeza en un matojo de espliego.

Al día siguiente uno de los ancianos amaneció con un resfriado de caballo. Las monjas le rezaron un padrenuestro a los pies de la cama y luego nos sirvieron el desayuno sin decir palabra. Me enteré de que esa misma noche habían hecho inventario de pastillas para comprobar si se habían equivocado en el reparto de los vasitos, pero todo estaba bien, lo cual hizo que nuestro ataque colectivo fuera aún más absurdo y su cabreo, aún más grande.

El jardín estaba destrozado, lleno de arbustos chafados y regueros de barro. Algunos de los internos se organizaron para replantar las flores y redactar una carta de arrepentimiento y disculpa que firmamos todos menos Ana.

—No solo no me arrepiento, sino que además pienso volver a hacerlo —anunció. En la mejilla lucía un moratón de la pelea, radiante y vivo.

Por la tarde llamó mi padre. Estaba viendo una película en la sala común y la madre Pilar me pegó un grito desde el vestíbulo. Hablé tres minutos con él por el teléfono del mostrador de recepción. Tenía miedo de que le hubieran contado lo que había pasado, pero parecía completamente ajeno a todo. Lo único que me dijo fue que no había nada de lo que preocuparse y que me portara bien. Yo le dije que sí a todo y aproveché para informarle de que se habían llevado el antebrazo de la estatua del abuelo, pero cuando terminé de hablar me di cuenta de que hacía rato que se había cortado la llamada. Volví a la salita y una señora me resumió el trozo que me había perdido de la

película, porque era de su época y se la sabía de memoria.

Echaba de menos a Miguel y a Carmen. Me había olvidado el papel con su número de teléfono y le pedí a Hattie que los buscara por el pueblo para decirles dónde estaba, pero apenas se movía por otro sitio que no fuera el bar, el Colegio o su casa para dormir. Me contó muchas cosas, como que desde su piso veía pasar los trenes que iban más allá del valle y que paraban allí un par de veces al día. Yo nunca había cogido ninguno de esos trenes y nunca había visto a nadie entrar o salir de ellos. A veces los oía a lo lejos desde algunos sitios, pero no sabía cómo eran por dentro y por algún motivo solo podía imaginarlos como vagones fantasma, llenos de vegetación y animales silvestres. Me entraron muchas ganas de montarme en uno solo para comprobar si mi teoría era verdad.

A veces le contaba a Hattie este tipo de pensamientos y se reía. Su risa era sincera y luminosa, y salía de ella como si llevara mucho tiempo conteniéndola en algún lugar del pecho. Me enseñó fotos que guardaba en la cartera de sus sobrinos, rosáceos y pecosos. Le pregunté si tenía hijos y se echó a reír de nuevo hasta quedarse sin aire.

—No me dejan —murmuró encogiéndose de hombros, y me guiñó un ojo con el que me hizo cómplice de un secreto que no entendí.

*

Envuelta en una nube de vaho, me extendí la crema amarilla por el pecho en la zona que quedaba al aire por encima de la toalla. La erupción se había convertido en un campo violeta de piel a medio cicatrizar. A mi lado, una señora carnosa en ropa interior sentada a cinco centímetros del espejo intentaba quitarse con unas pinzas los pelos de la barbilla, sin éxito.

—Oye, bonita. ¿Me haces el favor?

La señora me tendió las pinzas con toda naturalidad. Me daba la impresión de que vivía en el baño, porque nunca la había visto fuera de allí. Cuando no se teñía las raíces estaba pintándose los ojos o lavándose la ropa a mano con una pastilla de jabón. Estaba convencida de que las monjas le robaban los sujetadores y prefería no perderlos de vista. De vez en cuando aparecían sus hijos por allí, que eran muy beatos y muy educados, y donaban al Colegio puzles, libros o sobres de dinero que enseguida desaparecían dentro del espacio insondable que eran los hábitos de las monjas.

Me incliné sobre los pelos, que eran tres y brotaban de la carne blanda como espigas. Se los quité en un momento y la señora se miró al espejo y se amasó la papada, radiante de orgullo.

Desde la planta de abajo se oyeron gritos.

—Ni una noche tranquila se puede tener en este sitio —dijo.

Me asomé por el hueco de la escalera y vi al Marciano suplicando en el suelo que volvieran a encender los aspersores. Desde el motín de Ana los habían desactivado y ahora solo regaban a mano con la manguera. A su alrededor se agolparon algunas monjas para convencerlo de que se fuera a la cama; un par iban en bata y camisón, y entre grito y grito tenían que zafarse del Marciano, que intentaba colar la cabeza por los bajos. Me acerqué a la puerta de Ana y llamé con los nudillos para que saliera a verlo, pero no contestaba, así que después de unos segundos giré el pomo y la puerta se abrió sin resistencia.

El cuarto parecía una biblioteca robada. Pegada a la pared había una cama medio deshecha junto a un escritorio de madera y una silla plegable, y a los pies de la cama estaba el armario. Todo lo demás eran libros. Se acumulaban sobre las sábanas, la mesa y especialmente, en montones por el suelo. Había torres de libros peligrosamente torcidas hacia los lados, hileras alineadas de canto y montones más pequeños desparramados por el suelo. Me acerqué y ladeé la cabeza para leer los títulos. En ese momento se abrió la puerta a mi espalda.

—Hostia.

Ana tenía el flequillo mojado pegado a la frente porque la habían dejado volver a ducharse todas las veces que quisiera. Iba con una camiseta oscura y llevaba un libro en la mano.

—Perdón, estaba abierto —dije con un hilo de voz.

—Ya. Es que las monjas me han quitado la llave.

—¿Como castigo?

—No, porque dicen que tienen que entrar a limpiar en algún momento. Menuda chorrada.

Se acercó a una torre de libros y depositó en lo alto el que llevaba en la mano, con cuidado de no desequilibrarla. Me fijé en que tenía en el lomo una pegatina de la biblioteca del Colegio.

—¿Por qué coges más libros, con todos los que tienes? —pregunté.

—Anda, porque me da la gana.

—¿Te los has leído todos?

—No.

—¿Tienes alguno tuyo?

—Yo no tengo libros publicados.

—Pensaba que sí.

—No. Solo tengo cuentos por ahí repartidos.

—¿Por dónde?

—Revistas, antologías... No soy una escritora de verdad.

En la pared, justo en el hueco entre el Cristo y el cabecero de la cama, había una fotografía clavada con una chincheta donde salían Hattie y ella en la nieve, jovencísimas, con las mejillas rojas y los labios cortados. Ana lucía el mismo flequillo, pero tenía la melena mucho más larga, amontonada por encima de una trenca. Parecía una foto de las que tenían mis padres de antes de que yo naciera y que ahora criaban polvo en los álbumes de casa. Volví rápidamente la vista a los montones de libros.

—¿Ya no escribes nada?

—Aquí no.

—¿Cuántos cuentos has escrito en total?

—No sé. Muchos.

—¿Puedo leer alguno?

—No.

—Pues cuéntame de qué van.

La verdad es que daba por hecho que se iba a negar, pero no tenía sueño y tampoco me apetecía ir a la salita a ver *San Isidro Labrador Parte II*.

—Bueno. Vale. Supongo que contado todo suena mejor.

—Sí, por favor.

—Pues por ejemplo, uno de mis primeros cuentos va sobre un jardinero que se planta a sí mismo en una maceta.

—Mola.

—Después de plantarse tiene que regarse y podarse. Pero al podarse se queda sin brazos y entonces no puede seguir regándose, así que al final se muere.

—¡No! Qué triste.

—Así es la vida.

Se apoyó en la puerta del armario con las manos detrás de la espalda. Respiraba despacio. Busqué con la mirada entre los libros por si veía alguna de las revistas que había mencionado.

—¿Tienes alguno a medias?

—Sí, uno sobre una monja tránsfuga que hace autostop.

—La madre Pilar hace autostop a veces.

—Ya lo sé, pero solo para ir al pueblo. Además, siempre vuelve.

—¿Esta no?

—No. Esta se une a una compañía circense que la recoge muerta de frío y la contrata.

—¿Y qué sabe hacer?

—No sabe hacer nada, de ahí el conflicto.

—¿Y no tiene final?
—Todavía no. Si se te ocurre algo...
—Vale. Puedo pensar.
—Ya tienes entretenimiento.
La miré con los ojos entornados.
—¿Qué cuento te gusta más?
—¿De todos los míos?
—Sí.
—No sé... Uno que saqué hace unos años. No lo leyó nadie.
—¿De qué va?
—Da igual, es muy corto y muy aburrido.
—Cuéntamelo, por favor.
—Va de dos mujeres que cierran una puerta.
—¿Y qué pasa?
—Cruzan la puerta y la cierran. Nada más.
—¿Solo pasan y cierran?
—Te acabo de decir que es muy aburrido.
—¿Qué hay detrás de la puerta?
—No se sabe.
—Pero si lo has escrito tú.
—Me has pedido que te describa el cuento, y en el cuento no se dice. Entran y punto. Lo que pasa dentro no se ve.
—¿Entran a una habitación?
—No sé.
—¿Este también está sin terminar?
—No, este es así.
—Pero no puede ser solo eso el cuento.
—¿Por qué?
—¡Tiene que haber historia! ¡O un final! Ahí no hay nada.
—¿No hay nada porque no lo ves?
—Claro. Que dos chicas cierren una puerta no quiere decir nada.
—¿No?
—Hattie y tú cerráis esta puerta todo el rato y no significa nada.
La risa de Ana arrancó como una locomotora de vapor, entrecortada y blanca. Poco a poco fue cogiendo cuerpo, el pecho le empezó a dar saltos muy raros, se le aflojaron las rodillas y se llevó la mano a la cara para taparse los ojos mientras buscaba un lugar donde apoyar la otra mano.
Aunque en el fondo lo sabía perfectamente, ese fue el momento exacto en que todas las piezas del puzle encajaron unas con otras. Me mordí los labios con fuerza y empecé a dar pasitos hacia atrás en un intento de fundirme con la pared. Ana me miró mientras amortiguaba

las carcajadas con los puños de la rebeca y me pareció buen momento para murmurar un adiós y deslizarme de nuevo al pasillo oscuro y a los gritos del Marciano, ya aplacados por el sueño y las pastillas.

10

Me pasé toda la noche elaborando teorías sobre lo que ocurría detrás de la puerta del cuento. Desde que había salido de la habitación de Ana, el Colegio me parecía un poco diferente, como recién pintado. Era como si las columnas del pasillo proyectaran sombras curvas o como si el agua de los grifos saliera con más fuerza que antes. No lo tenía muy claro porque era un cambio sutil, pero algo era.

Volví a mi cuarto por el camino más largo que se me ocurrió y me perdí tres veces por los recovecos del Colegio. Por un momento me pareció que todo se había cambiado de sitio, que no estaba en el mundo en el que yo creía que estaba, sino en una versión alternativa, ajustada a la medida de todas las criaturas singulares que nos concentrábamos en el interior de esos muros de piedra, y armonizada por un dios aún más singular que nosotros.

Cuando por fin encontré mi puerta, me deslicé dentro, me senté en la cama y me miré los dedos de los pies en la penumbra durante media hora larga, con la sensación de que era la primera vez que los miraba. Después me palpé el cuerpo y comprobé sus volúmenes. El techo de mi cuarto-almacén me servía de lienzo para desarrollar una mitología nueva, mucho más misteriosa que el crucifijo de la pared. Pensé en Hattie, pensé en Ana, juntas y por separado, y me quedé dormida muy tarde con la tranquilidad de que en el mundo estaban ocurriendo muchas cosas emocionantes, aunque no fuera a mí.

*

—¡Aquí no puedes estar!

La madre Agustina blandió la fregona desde la otra punta del refectorio como si fuera el báculo de un mago. Sentí una resistencia en las suelas de las chanclas y al bajar la mirada me di cuenta de que se habían quedado adheridas a la humedad de las baldosas. Retrocedí sobre mis propias huellas para no empeorarlo.

La sala estaba irreconocible. Habían pegado todas las mesas a la pared del fondo para la fiesta y habían dispuesto las sillas mirando al centro en una especie de rectángulo. En un mueble junto a la puerta había un tocadiscos y unos altavoces como castillos, con los cables enredados. Alrededor de la madre Agustina todo el suelo brillaba gracias a cuatro botellas de amoniaco de limón.

Al principio todas las monjas me parecían de la misma extraña raza de gallinas. Revoloteaban por ahí con prisa y determinación, sin mirar demasiado a los que nos quedábamos a los lados con cara de

tontos. Con el paso de los días fui aprendiendo a distinguirlas a través de sus funciones o de su forma de moverse. La madre Pilar se pasaba el día subiendo y bajando sacos de tierra; en cambio la madre Agustina no podía coger peso por prescripción médica y se encargaba más bien de labores que requerían el uso de un palo largo, como correr cortinas, cazar moscas o fregar; y a veces nos amenazaba con el palo, aunque nunca vi que lo utilizara de verdad contra nadie. La madre Paula servía la comida siempre con alguna canción en la boca que nadie más que ella conocía, y a la madre Marina le quedaba tan grande el hábito que parecía que iba levitando por el pasillo.

Fuera había otro puñado de monjas barriendo el patio y aireando manteles, ayudadas por el Marciano. Vi el coche de Hattie aparcado en la única plaza donde alcanzaba la sombra de un pino. Había pocas cosas que me hicieran ilusión a esas alturas, y una de ellas era ese coche lleno de mierda. Hattie estaba dentro comiéndose un bocadillo de queso con las ventanillas abiertas. Nada más verme salió y me ofreció un trocito que acepté, porque con el trajín de la fiesta nos habían dado de comer muy poco y muy pronto. Estaba muy callada y entre las cejas se le había instalado una arruga de preocupación.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada.

—¿Por qué siempre respondéis eso?

Hattie suspiró e hizo una bolita con el papel de plata del bocadillo. No quiso darme detalles, pero al parecer la policía llevaba toda la semana deteniendo a gente a diestro y siniestro en el pueblo, como si se hubiera producido un efecto dominó después de lo de mi padre. Hattie se había enterado en el bar, lo que significaba que ya lo sabía todo el mundo y que, para variar, era la última en enterarme.

—Pero tú no te preocupes —añadió, como el que pone una tirita en un dedo roto. Se mordió el labio y preferí desviar el tema hacia algo que me gustaba bastante más:

—¿Dónde está Ana?

—En su cuarto —respondió mientras volvía a meterse en el coche —. Esta tarde baja. ¡Bailad mucho por mí!

*

Nadie quería ponerse de pareja con el Marciano, así que no me quedó otra. La madre Paula había puesto un disco llamado *Las Mejores Canciones para Fiestas de Guardar* y daba palmas por encima de la música para animar la fiesta. Ana nos miraba con los brazos cruzados y media sonrisa, apoyada en el marco de la puerta porque se negaba a bailar, aunque cuando la miraba movía los labios muy seria cantando

una canción que seguramente había cantado muchas veces en épocas mejores, muy lejos de allí.

A nuestro alrededor las parejas daban vueltas. Había internos bailando con visitantes, niños de medio metro mezclados con ancianos y bastones; la madre Pilar se agarraba de la madre Encarnación y el Marciano restregaba su cuerpo contra el mío. Se le habían quedado pegadas las manos al sudor de mi espalda y su aliento me recalentaba el pelo. Lo miré de cerca, pero él mantenía los ojos clavados en la pared, evitando cualquier contacto visual.

En las mesas que habían arrastrado al fondo había muchas fuentes de patatas, cacahuetes, mediasnoches y refrescos. Del techo colgaban banderines de colores y en la ventana más grande habían colocado a la patrona, sujeta con unas bridas por si acaso alguien le daba un codazo sin querer. El Marciano se cansó de bailar y me quitó de en medio de un empujón para ir a la mesa de los refrescos. Mezcló dos botellas de colores distintos hasta obtener una pócima indefinida y se la bebió de un solo trago.

Ana salió al pasillo y se metió en una salita contigua donde habían montado una fiesta paralela con algunas botellas de vino dispuestas en una mesa camilla. Iba a seguirla cuando una monja centinela me cortó el paso.

—¡Aquí no puedes estar!

—Déjala, mujer. Si no va a ver nada que no haya visto ya —intervino Ana mientras me cogía del brazo para meterme con ella. La monja se echó a un lado a regañadientes mientras nos recordaba que la teníamos que llamar madre, no mujer.

—Gracias —susurré a Ana.

—De nada.

—Pensaba que no te gustaban estas fiestas.

—¡Qué dices! Si yo soy puntual cumplidora del tercer mandamiento.

En la sala guardaban algunos objetos valiosos de la iglesia, como una colección de angelotes de mármol y un tenebrario, que era un candelabro de bronce del siglo no sé cuántos con forma de triángulo. Alrededor de un tresillo viejo había un grupo de personas hablando en voz baja que me miraron de reojo nada más entrar. Una de las mujeres llevaba puesta la camiseta de la plataforma de afectados de la bodega. Hice como que no la había visto.

Ana me señaló detrás del tenebrario para que me escondiera y me rellenó el vaso de Coca Cola que llevaba en la mano con un chorrito de vino. Bebí un sorbo que me supo bastante mejor que el vino de mi padre a palo seco. Por la ventana entró un viento cálido que le retiró

por un momento el flequillo de la cara a Ana. Tenía las cejas oscuras. Con la frente despejada intimidaba un poco menos, aunque enseguida se lo volvió a peinar para delante con un gesto rápido. Llevaba sus vaqueros de siempre, que se caían a pedazos, pero se había puesto una camisa negra limpia y sorprendentemente bien planchada. Me di cuenta de que quizá llevaba mirándola demasiados segundos y clavé la vista en un angelote que había tirado en el suelo.

—¿Se te ha ocurrido algún final para el cuento? —preguntó.

—¿El de la puerta?

—No. Ese está bien como está. Me refiero al de la monja tránsfuga que se mete al circo.

—¡Ah! No he pensado nada.

—Acábate el vaso y seguro que das con algo.

—Bueno, ahora se me está ocurriendo una cosa.

—¿El qué?

—La monja podría adivinar cómo y cuándo vas a morir.

—¿Echando las cartas?

—No exactamente. Podría adivinarlo con solo saber qué día has nacido.

—¿Solo con eso?

—Y también con algunos datos más.

—¿Qué datos?

—Por ejemplo, cómo y cuándo han muerto los miembros de tu familia.

—Entonces no sería una monja, sería más bien una bruja.

—Sí.

—Me gusta cómo piensas.

Me guiñó el ojo y el estómago me dio un saltito.

La fiesta empezó a decaer cuando el vino se acabó y el disco llevaba unas diez repeticiones. Las madres recogieron las mesas, plegaron las sillas y todo el mundo se retiró a su casa o a su habitación. Algunos le subieron sobras de mediasnoches y zumos a la anciana que no se moría nunca. Mientras me cepillaba los dientes en el baño la oí decir gracias veinticinco veces con su voz bajita y firme. Después bajé y esperé mientras la madre Encarnación revoloteaba de una punta a otra del pasillo con el manojo de llaves en la mano, olvidándose las cosas. Cuando por fin terminó de cerrar y se acostó, salí por la ventana al jardín.

En las noches de luna nueva había una oscuridad pantanosa que no pensaba que pudiera existir, que no podía tocarse con los dedos y que no se acababa por ninguna parte. Acostumbrada a la vaga media luz de la ciudad, las noches del valle eran como asomarse al abismo, y

provocaron muchos de mis primeros problemas de insomnio.

Me acerqué a la viña con los brazos extendidos y me agaché entre las vides. Todavía hacía calor. No sabía cómo invocarlo, pero si podía encontrarlo en algún sitio tenía que ser allí. Me quedé quieta durante varios minutos en los que solo se oían algunas conversaciones amortiguadas en el piso de arriba del Colegio, y entonces susurré:

—León.

No pasó nada. Cuando se me empezaron a cansar las piernas, me senté directamente sobre la tierra y me estiré para palpar un racimo de uvas, pesado y grueso. Estaban madurando a una velocidad increíble. Dentro de nada aquello se llenaría de maquinaria y gente con sombrero, y la viña se quedaría desnuda otra vez.

—¡León! —repetí.

A lo lejos se oyó el chirrido de una bicicleta que se detuvo un momento y enseguida retomó la marcha y desapareció igual que había venido. Le hice un corte de mangas por si acaso me estaba mirando en la oscuridad.

*

Me pasé la semana matando moscas y viendo películas en blanco y negro en el televisor de la sala común. Como algunos de los internos más mayores se sabían los diálogos y los recitaban a la vez que sonaban, se nos ocurrió dar algún premio al que mejor los decía. El premio consistía en una onza de chocolate o un kiwi. Si además la película era musical y se sabían las canciones, el premio era doble e incluía un manojo de flores arrancadas de las jardineras. Casi siempre ganaba el guardabosques porque, contra todo pronóstico, en su juventud no había sido guardabosques, sino operador de la cabina de un cine.

—Me acuerdo de todas las coplas de las películas, sobre todo de las tristes —decía, todo orgulloso, justo antes de arrancarse a cantarlas a pleno pulmón. Las coplas eran muy bonitas pero siempre hablaban de mujeres tristes con destinos fatídicos. Al terminar la película había una pequeña tertulia en la que cada uno comentaba lo que le daba la gana, y casi nunca tenía que ver con lo que acabábamos de ver.

Cuando me cansaba de ver la tele hablaba con los internos que venían a mi ventana e intentaba acercarme a otros que no querían o no podían hablarme. También cogía novelas de amor seriadas de la biblioteca, no porque tuviera un gran interés por la trama, sino más bien para leer las páginas subidas de tono que otros habían tenido la amabilidad de marcar con lápiz. Me las llevaba a la cama, me tapaba con dos mantas e imaginaba que yo era la protagonista. Enseguida las

monjas se enteraron y se pasaron una mañana entera arrancando páginas que quemaron clandestinamente en una barbacoa oxidada que había en el patio trasero y que generó una nube de humo que flotó por el Colegio durante todo el día.

—¡¡Sabemos lo que estáis haciendo!! —gritó a pleno pulmón la señora que vivía en el baño.

De buenas a primeras, Ana dejó de salir de su habitación. Me extrañó que una noche no se presentara a la cena y los siguientes días la busqué sin éxito por el refectorio y en las salas comunes. Cuando subía a ducharme a la planta de arriba me acercaba a su puerta y me la encontraba cerrada. Sabía que estaba ahí porque Hattie seguía viniendo todas las mañanas, aunque ya no paseaba, sino que solo subía y a los pocos minutos bajaba como si llevara piedras en los hombros. Yo la esperaba al pie de la escalera y le preguntaba:

—¿Qué pasa?

—Está un poco rara —decía ella con un tono ligero muy poco logrado. Me pregunté si tal vez yo había hecho algo que no debía. Pensé que si no la hubiese acompañado a la salita del vino, si no la hubiese mirado peinarse el flequillo con la boca abierta o si le hubiese contestado cuando dijo que no era una escritora de verdad, tal vez no habría decidido pedirles a las monjas que le devolvieran la llave de su cuarto para encerrarse de por vida a leer los mismos libros una y otra vez como una desequilibrada.

Hattie trató de inventar nuevas formas de darle espacio y a veces esperaba toda la mañana sentada con las piernas cruzadas en los bancos del patio, tan llena de luz y de paciencia que me daban ganas de llorar. Yo me quedaba con ella y nos entreteníamos hablando de tonterías o haciendo un puzle del jardín del Edén que alguien tenía a medias en una sala común, aunque no avanzábamos nada porque solo quedaba el cielo, que era lo más difícil. Hattie solía coger una pieza y se quedaba mirando al infinito durante varios minutos con ella en la mano.

—¿Qué hace ahí tanto rato? —le pregunté una mañana.

—No lo sé —contestó, rascándose la frente con la pieza—. Solo me dice que necesita estar sola.

—¿Tiene la persiana bajada?

—No.

—Entonces no pasa nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque mi madre siempre baja la persiana.

Al otro extremo de la mesa el Marciano llevaba media hora desordenando todas las piezas de las palmeras del Edén. De vez en

cuando una monja se asomaba por detrás, miraba el caos y seguía su camino. Hattie me apretó la rodilla.

—¿Has podido verla alguna vez?

—Le vi la mano.

—¿Cuándo?

—Antes de vivir yo aquí. Una noche que llovió. Estaba amarilla y me cerró la puerta.

—¿Cómo?

—Estaba escuchando música. Subí con... —Me callé porque estaba a punto de mencionar a León—. Subí y cuando me vio me cerró la puerta. Y luego me quedé enganchada en la ventana.

Hattie se me quedó mirando con la cara apoyada en la mano y suspiró.

—Eso fue una tontería muy grande —dijo en voz baja—. Por favor, no lo vuelvas a hacer.

—No, si ya.

Me acarició las manos.

—¿Por qué no le mandas una carta?

Desde que Ana no bajaba, yo había estado a punto de subir a ver a mi madre por lo menos siete veces. Iba al baño de la primera planta y me quedaba mirando el siguiente tramo de escaleras como si fuera tonta; o cada vez que alguien tocaba a la puerta de mi habitación, mi primer impulso siempre era pensar que era ella, y durante el segundo que duraba el delirio visualizaba los rasgos de su cara e intentaba fijarlos muy bien a mi imaginación porque, aunque aún no me había dado cuenta, ya se me estaban empezando a olvidar.

Me incliné sobre la mesa y susurré:

—Mi madre siempre ha dicho que las cartas son de cobardes o de suicidas.

—Eso es mentira —contestó Hattie muy seria.

A pesar de todo, la idea se quedó sobrevolando por mi cabeza durante un par de días y acabó por transformarse en otra idea. Quizás una carta no, pero podía hacerle llegar una pequeña nota.

Redacté varios intentos muy largos llenos de palabrería que acabaron en la papelera, hasta que di con la clave. No podía delatarme como una hija desesperada, tenía que ser cauta, lanzar un primer acercamiento tonto y disimular como solo yo sabía. Así que la nota final simplemente decía:

«HOLA MAMÁ, ESTOY ABAJO. BESOS. VERA.»

Como la madre Marina le llevaba todos los días la comida a su

habitación, al guardabosques se le ocurrió que le pegara la nota en la espalda para que mi madre la leyera cuando subiera con la bandeja. La verdad es que estuvo sembrado; era una idea tan buena que me dio rabia que no se me hubiera ocurrido a mí. Después de comer, mientras él la distraía en la puerta de la cocina, se la pegué con celo a la parte trasera del hábito sin que se diera cuenta y me alejé por el pasillo haciendo como que me comía una naranja.

La madre Marina se dio la vuelta y empezó a subir por la escalera haciendo equilibrios con la bandeja para no derramar las judías del plato. Observé todos sus movimientos y tardé diez segundos en tomar consciencia de la ridiculez que acababa de hacer. No podía dejar que mi madre me tomara por una loca, como yo a ella; pero sobre todo, no podía soportar la posibilidad de acabar arrojada otra vez al vertedero de su rechazo, o lo que era peor, de su indiferencia.

Eché a correr, subí los peldaños de dos en dos y antes de que acabara el último tramo de escaleras le despegué la nota de la espalda. Ella ni se enteró. Me guardé el papel al fondo del bolsillo con un nudo en la garganta y me juré que nunca más volvería a intentar acercarme a mi madre si no lo hacía ella primero.

*

La primera noche que refrescó como para que cerrara la ventana para dormir, me desperté de madrugada con un estallido. Todavía con la sensación de que era parte de mi sueño, me llevé la mano a la cara y me corté un poco el labio al sacarme de la boca un trozo de cristal. Me incorporé como pude entre otros fragmentos que habían caído a la cama y pulsé el interruptor de la luz. Entre el amasijo de cristales estaba el antebrazo de piedra de mi abuelo.

Me sacudí del cuerpo la camiseta de Ana, me puse las chanclas, abrí la ventana reventada y salté afuera con cuidado de no cortarme más. Todavía se oían risas y pisadas de zapatillas por detrás de los rosales de la entrada del aparcamiento. Eché a correr en la dirección del ruido, dispuesta a matarlos a todos con mis propias manos, pero se me enganchó la chancla en una toma de agua y me caí de boca al césped. Cuando quise levantarme las sombras ya habían desaparecido.

Apreté los puños y me lie a patadas con un banco. Dentro del Colegio se encendieron algunas luces y se oyeron las voces de las monjas. Rodeé la fachada para que no me vieran y me escondí entre unas sombras con los nudillos metidos en la boca mientras la rabia me sacudía el cuerpo entero en oleadas. No podía salir. Apreté los dientes con más fuerza hasta que noté un sabor metálico en la boca, no sabía si del corte del labio o del mordisco en la mano, aunque la verdad es

que me daba igual.

De pronto alguien chistó desde la puerta del cuartito de jardinería. Levanté la cabeza como una ardilla. Como no se veía nada, me acerqué a la puerta con todo el sigilo que pude y miré dentro.

—¿León?

Se hizo el silencio y entonces oí un carraspeo.

—Soy Miguel.

Miguel salió de entre las sombras con los brazos en alto y cara de susto. La luz de la carretera entró por un ventanuco y despertó un destello en el cristal de sus gafas que le dio de pronto un aire de hada intelectual.

—Hola —susurró sin bajar los brazos.

Me tiré encima de él con el corazón en la garganta y le di un empujón en el pecho, y luego otro y otro, hasta que se cayó de espaldas sobre unos sacos que no me impidieron seguir pegándole. Se cubría las gafas con una mano y el cuerpo con la otra, sin mucho éxito. Los dos intentábamos no hacer ruido, de modo que mis golpes eran con la parte blanda de los puños y sus quejidos, bajitos y guturales.

Cuando no pude más, dejé caer los brazos y me desplomé sobre su cuerpo con todo mi peso. Me quedé ahí como un trapo y en algún momento noté cómo me resbalaban dos lagrimones por la cara. Cuando se vio a salvo, Miguel resopló y me apoyó la mano en el pelo. Esperamos así unos segundos más y después, sin saber por qué, levanté la cabeza y le di un beso en los labios. Estaban tan secos que se quedaron un poco pegados a los míos.

—¿Quién es León? —preguntó.

—Nadie.

Me sorbí los mocos. Volvimos a besarnos sin hacer ruido y mi latido recuperó la normalidad, en cambio el suyo martilleaba cada vez más fuerte contra los bultos de mi pecho. De pronto me preocupó que no me hubieran crecido nada desde la última vez. No estaba segura porque en mi cuarto-almacén no tenía espejo y en el baño compartido no podía ponerme a medirme las tetas como si tal cosa.

Desde el rincón sentí la mirada de un montón de gnomos de jardín. Parecían un grupo de viejos en un banco. Me toqué las tetas disimuladamente mientras me acomodaba sobre los sacos de tierra. Miguel suspiró, se separó de mí unos milímetros y me secó las mejillas con el dedo índice.

—¿Qué coño haces aquí? —le pregunté. *Coñocoñocoñocoño*.

—Avisarte de que venían.

—Menuda mierda de aviso.

—Te juro que lo he intentado. Pero corren más que yo.

—Da igual.

—Han detenido a todo dios.

Miguel se rascó la cabeza con un gesto muy suyo. Hablaba como si hubiera crecido diez años en un mes.

—¿A todo dios?

—Bueno. Al alcalde, a tu padre y a unos cuantos más.

—Ah, sí. Ya lo sé.

—Dicen que tu padre ha cantado.

—¿Cómo que ha cantado?

Me imaginé a mi padre ganándose un kiwi por cantar en la cárcel.

—Ya sabes, que está colaborando para que lo dejen salir.

—Ah.

—Pero también ha destruido muchas pruebas, y con eso es difícil que lo suelten, ¿sabes?

—¿Qué pruebas?

—Pues documentos. Y también papeles antiguos, de la época de tu abuelo. —Me miró con las cejas levantadas—. Ya te dije que era un cacique, pero te la suda todo.

—Cállate. —Le di un manotazo—. ¿Cómo sabes todo eso?

—Lo sabe todo el mundo.

Me acordé del sábado que fuimos a la ciudad a tirar papeles y comer cocido, la tarde en la que recogió el colgante de la joyería esa y me lo colgó del cuello. Todavía tenía una cordillera de piel abultada en mitad del pecho que me acariciaba constantemente con los dedos. Me hizo ilusión descubrir que yo también había participado en un delito, de modo que era posible que al final, con un poco de suerte, sí que me acabasen mandando a un reformatorio.

Salí al pasillo a calmar a las monjas, que todavía estaban dando vueltas por ahí con las linternas. Entre la madre Marina y la madre Paula barrieron los cristales de mi cuarto y pegaron una cortina a la pared con cinta aislante para que no hubiera demasiada corriente. Después me estrujaron la cara y se volvieron a sus dormitorios. La cortina duró cinco minutos; cuando fui a buscar a Miguel ya estaba caída en el suelo.

—Joder, es como la guarida de un villano —susurró mientras entraba a hurtadillas—. ¡No! Como la guarida del esbirro de un villano.

A un lado también seguía el antebrazo de mi abuelo, que había sobrevivido al impacto de una pieza. Lo cogió y lo movió por el aire como si fuera un sable láser mientras yo me limpiaba la sangre del labio con la sábana. En la tela quedó impreso un circulito rojo.

Después nos tumbamos cara a cara en la cama y lo vi de cerca sin gafas por primera vez.

—Pareces un chino.

—Y tú una boxeadora.

El peso de los dos hundía demasiado el somier, que se quejaba con un chirrido a cada movimiento. Se pasó la mano por la cara.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Venga, dímelo.

—Al final mi madre me pilló la última noche que fui a tu casa —confesó en voz baja—. Por poco me asesina. Fue ella la que llamó para que fueran a buscarte.

—Me lo imaginaba.

—Lo siento.

—No pasa nada.

Al igual que yo, Miguel parecía no tener ni idea de qué iba la vida. Vivíamos bajo el influjo de nuestros padres sin saber si todavía era correcto o no. Tenía la impresión de que casi todos los chicos y chicas de mi edad ya tenían la personalidad suficiente como para pasar olímpicamente de lo que les dijeran en su casa, pero nosotros, con nuestros cuerpos a medio hacer, nos habíamos quedado en un limbo entre dos edades, una especie de parque abandonado del que no sabíamos muy bien cómo salir.

—Oye —susurré.

—Qué.

—El día que dije que ojalá tu padre se muera, no lo decía en serio.

—Ya lo sé.

—La verdad es que no me cae bien, pero no quiero que se muera.

Miguel se rio.

—A mí tampoco me cae bien. Y tampoco iba en serio cuando dije que te murieras tú.

Estuvimos hablando una hora más sin que nos entrara el sueño. Después metí las manos debajo de su ropa y él metió las suyas debajo de la mía. Ahogamos un pequeño grito a la vez porque ambos las teníamos heladas, pero enseguida se calentaron al contacto con la barriga del otro, y nos quedamos así, muy quietos, en un silencio tibio y absoluto.

Miguel se fue de madrugada, pero no me di cuenta, sino que me desperté después con el zumbido de un mosquito. El dulzor de las vides en esa época del año atraía a muchos que me devoraban los brazos y la cara hasta dejarme irreconocible. Me di un tortazo en la

oreja para espantarlo, pero se escapó por la ventana volando a trompicones, en busca de un lugar mejor donde morir. Lo seguí con la mirada hasta que se cayó en la tierra unos metros más adelante, al tiempo que las monjas empezaban a cantar el primer Ángelus dentro de la iglesia.

11

Esta era la definitiva. La señora que no se moría nunca se iba a morir ya. Seguro. De hecho, el médico pasó a verla muy temprano y al terminar no se marchó, sino que se quedó sentado en una butaca de la sala de la tele de abajo, tomándose un café con galletas porque todavía no había desayunado. Las galletas eran las que hacían las monjas, que se empapaban demasiado para su gusto y se le desmoronaban antes de llegar a la boca. Por el pasillo de la primera planta se formó una cola brutal que bajaba por las escaleras, atravesaba el vestíbulo, salía por la puerta y llegaba hasta el aparcamiento.

Hattie sollozaba en el baño. Se quitó el pañuelo que llevaba anudado a la cabeza y se sonó los mocos con él. Después se echó agua en la cara, resopló con fuerza y agitó los brazos delante del espejo, como para desprenderse de algo. La miré desde la puerta y ella se acercó y me abrazó tan fuerte que por poco me quedo en el sitio.

—¿Quieres pasar a verla?

Debí de pasarme un poco con la cara de terror, porque no me insistió. Ana no había salido a despedirse de ella, y yo tampoco me atrevía. Nunca había entrado y no me parecía un buen momento para presentarme y despedirme a la vez. Además, si no se me ocurrían temas de conversación para los viejos normales, mucho menos para los moribundos. ¿Qué podía aportar a una persona que hoy estaba aquí y mañana ya no estaría en ninguna parte? Solo se me ocurrían cosas como:

«Bueno, adiós.»

«Ya nos veremos, o no.»

«Buenas noches y buena suerte.»

Me parecía de un mal gusto tremendo desearle buena suerte a alguien que obviamente ese día no estaba teniendo ninguna suerte. Tampoco creía mucho en Dios, con lo cual era mejor no decir nada.

—¿Tú qué le has dicho? —le pregunté a Hattie.

—Nada...

—¿Nada?

—Bueno, le he preguntado si puedo seguir viviendo en su casa. Me ha dicho que sí.

*

La madre de Miguel hizo sonar el claxon dos veces, como cuando se despedía de sus hijos en la puerta del colegio. Lo identifiqué como su

seña de identidad mientras tiraba las sobras del desayuno al cubo de basura que dejaban en un rincón del refectorio. Levanté la cabeza y sin querer se me cayó fuera el papel de una magdalena.

Crucé el claustro, me abrí paso entre la gente que todavía estaba en la cola y en el vestíbulo me choqué de frente con Carmen, que iba vestida solamente con un bañador y un pantalón corto por encima.

—¡Vera! —gritó—. ¡Vamos!

Miré a todas partes por si había un incendio.

—¿Cómo que vamos?

—¿No te avisó mi hermano?

No entendía nada. Lo único que Miguel me había dicho era que sus padres habían pensado en invitarme un día a la playa, yo le había respondido con un ataque de risa y ahí había terminado la conversación.

—¿Era en serio? —dije—. ¿Ahora?

—Claro.

—No sé si puedo irme hoy, se está muriendo una anciana que lleva todo el año...

—¡No me cuentes tu vida!

Bajo la atenta mirada de la señora del baño, me pasé una cuchilla barata por las piernas a toda velocidad frente a la hilera de lavabos. Como no tenía dónde apoyarme, tuve que hacerlo a la pata coja y fui dando saltitos hasta estamparme sin querer contra la pared del fondo.

Solo tenía unos vaqueros largos muy poco apropiados para la playa, así que me puse el chándal fosforescente de Ana y una camiseta cualquiera. Luego me recogí el pelo en una coleta mal hecha y agarré al vuelo la toalla que me habían dado las monjas para la ducha. No tenía bañador, pero Carmen me dijo que daba igual. Todo le daba igual siempre. Mientras yo echaba el revoltijo de cosas en la bolsa de deporte azul, se puso a dar saltos por la habitación como si fuera el día de Reyes.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras cogía el antebrazo de piedra que todavía tenía en el suelo.

Volví la cabeza.

—¡Ya lo sabes! No te hagas la tonta.

Me miró con una sonrisilla.

La madre de Miguel estaba apoyada en el mostrador del vestíbulo hablando con la madre Encarnación, que no parecía muy dispuesta a dejarme marchar. Carmen me apremió para pasar de largo y solo me dio tiempo a encogerme de hombros.

En los asientos delanteros del coche esperaban Miguel y su padre con las ventanillas bajadas, cada uno con una pierna y un brazo

asomando por fuera, derretidos de calor. Eran unas posturas tan expansivas que resultaba muy violento mirarlas de frente. Se me fueron los ojos sin querer a la entrepierna del padre de Miguel, donde el pantalón lucía un agujero que me provocó pesadillas el resto del mes. Retiré la vista cuando ambos metieron las piernas dentro a todo correr. En la radio estaba sonando una canción que le gustaba a mi madre.

—Pensaba que lo de ir a la playa era una broma —le dije a Miguel a través de la ventanilla.

—Yo también. Pero mi madre ha insistido mucho.

—¿Tú quieres que vaya?

—Sí.

—¿Seguro?

Su padre nos miró de reojo.

—Claro. Pero solo si te sientas en el medio.

Su madre salió unos minutos después del Colegio con el puño en alto. Se acercó a darme un beso y sus gafas chocaron en mis sienes.

—Nos dejan llevarte siempre que te traigamos para dormir. Como un permiso de la cárcel.

—Gracias —susurré, muerta de vergüenza. No entendía por qué tanto empeño en llevarme con ellos. Mientras salíamos del recinto nos cruzamos con Hattie, que caminaba cabizbaja por el patio, y, no sé por qué, me agaché un poco para que no me viera salir.

La playa estaba a más de dos horas por una carretera de doble sentido llena de curvas. Hicimos una parada en una gasolinera de montaña para ir al baño y el resto del tiempo lo pasamos amontonados en el asiento de atrás, conmigo en el medio, escuchando la radio y hablando de tonterías. Los padres de Miguel me preguntaron por las monjas y por las clases. La que más hablaba era ella, pero noté que él también se esforzaba por ser amable a pesar de todo, así que respondí lo que esperaban oír. Sorteaban el tema de mi padre como si hubieran hecho un pacto de silencio, para no tensar la cuerda o tal vez porque ya lo sabían todo sobre él. A cada rato Miguel se cruzaba de brazos y me hacía cosquillas en la piel de la cintura que se me había quedado al aire en el asiento. Yo le correspondí estirando el dedo índice disimuladamente para tocarle la espinilla. Nadie se dio cuenta de nada.

Mientras la carretera se estrechaba y nos abrazaba un bosque de eucaliptos, empecé a percibir el mar sin verlo, como un presentimiento que se manifestaba en la humedad del aire y en los graznidos de las gaviotas. Enseguida un azul intenso empezó a asomar detrás de unos matojos y fijé la vista en un saliente de costa a lo lejos,

por donde en ese momento desapareció un petrolero.

Solo había visto el mar una vez, que yo recordara. Cogimos un avión muy temprano, aterrizamos de milagro en una isla y navegamos en barco hasta otra que había enfrente, llena de hoteles y casas de lujo, donde un amigo de mis padres tenía un chalet con aspecto de tanatorio playero. Durante una semana estuvimos bañándonos entre unas rocas como los bebés, acuclillados en un charquito que cubría hasta las rodillas y con un sol de justicia permanentemente clavado en el cielo. Tenía las manos pringosas y la barriga hinchada de beber una bebida con una cantidad insana de azúcar. El amigo de mis padres era dueño de un club con luces blancas donde una noche vi a mis padres bailar, brillantes y pegajosos, por primera y última vez.

Esta playa no tenía nada que ver, y tampoco era una de esas que a veces salían en los programas de tarde, atestadas de gente en pleno mes de agosto. Sí que vi a algunas familias y parejas sentadas en sus toallas, pero no había duchas, ni socorristas, ni vendedores de pulseras, solo un montón de arena, un montón de olas y unas cuantas algas secas rodando por el medio. Al fondo, en el saliente de costa se veía un puerto con un espigón donde flotaban una docena de barcas descoloridas.

El padre de Miguel aparcó el coche en un terreno de hierba baja salpicado de algunas flores con pinchos. La luz era blanquecina, como si pasara a través de un velo, y por todas partes había bandadas de gaviotas que se arremolinaban en lo alto de las dunas o alrededor de algún animal muerto. El viento dejaba en la boca un regusto a sal y azotaba una caseta de madera donde vendían refrescos y patatas, pero sobre todo cebos y artículos de pesca. En la parte de atrás de la caseta había un hombre muy moreno con el pecho descubierto que se nos quedó mirando mientras desenredaba una maraña de bidones, redes y nasas.

Habían cargado equipaje para una semana, así que les ayudé a llevar los bultos por unas tablas de madera llenas de clavos salidos, entre dos dunas. Me envolví en una toalla detrás del coche para ponerme el bikini, tratando por todos los medios de esconderme de la vista del hombre, que se paseaba tan tranquilo de un lado para otro. Carmen me había dejado un bikini suyo, pero como no me cabía el culo en la parte de abajo solamente me puse la de arriba y, después de algunas idas y venidas, su madre tuvo que dejarme la pieza inferior de uno suyo que tenía de repuesto. Salí encorvada y convencida de que al fin había completado con éxito mi transformación de niña a engendro.

Al parecer, Miguel y Carmen prácticamente se habían criado en ese sitio. Me llevaron de la mano de punta a punta señalándolo todo,

hilando una anécdota con otra sobre gente que no conocía ni me importaba lo más mínimo. A pesar de todo, me gustaba verlos tan contentos, quitándose las palabras de la boca el uno al otro. Enseguida quisieron bañarse y aunque a mí no me apetecía especialmente porque hacía mucho viento, me pareció la única solución para esconder mi cuerpo, que ya llevaba demasiado rato expuesto a la intemperie.

Además de sacudirme de un lado para otro, el agua se me clavó en la piel como una cuchilla, pero no dije nada, porque eso habría implicado explicar por qué en el río me metía a todas horas sin miramientos mientras que ahí sufría desde el primer minuto, y no creo que en ese momento hubiera sido capaz de ofrecer ningún argumento lógico. Me limité a hacer lo que ellos hacían, gritar y correr, soltar adrenalina, hasta que el frío dejó de doler y las olas se calmaron. Salimos arrugados tres cuartos de hora más tarde y nos sentamos a lamernos la sal de los hombros debajo de un nubarrón.

Después de comer unos bocatas de atún con arena, Carmen y sus padres se quedaron dormidos debajo de la sombrilla, que a cada racha de viento amenazaba con salir volando y atravesarlos como brochetas. Miguel y yo echamos a andar por la orilla, siguiendo un reguero de algas, redes y trozos de plástico. Cientos de pulgas marinas saltaban con alegría entre la basurilla. A medida que caminábamos la zona de arena parecía ensancharse, como si el mar se estuviera vaciando.

Nos morreamos durante un rato largo encima de una roca que había liberado la bajamar. La lengua de Miguel sabía a palitos de cangrejo. Poco a poco le había ido perdiendo el miedo a tocarme y me agarraba de la cadera con determinación. Aun así, flotábamos en la certeza de que los besos no conducían a ninguna parte. No había un propósito que cumplir ni una casilla que marcar, y jamás se nos habría ocurrido ir a más, por mucho que fantaseáramos por separado con todo tipo de perversiones (yo, seguro; él, segurísimo). Por suerte, nuestro intercambio de saliva no era la antesala de nada, sino un fin en sí mismo, tan aislado e inútil que resultaba extremadamente tranquilizador.

Y a pesar de todo, estaba inquieta. Trataba de concentrarme en la boca templada de Miguel, pero me sentía como si tuviera una mosca revoloteando encima todo el rato, haciéndome sombra con sus alas.

La playa siguió desplegándose y enseguida pudimos acceder a otra pequeña cala con cuevas donde todavía no había nadie. Nos metimos dentro de una de las cuevas y empezamos a dar voces para escuchar el eco.

—¡Miguel! —grité yo.

—¡Vera! —gritó él.

La cueva me devolvió mi nombre repetido. Volvimos a gritarlos varias veces más. Sonaban como nombres de gigantes.

—No creo que mi padre vaya a buscarme nunca —le dije a Miguel en un susurro que también se amplificó sin querer.

—No digas eso.

—Es verdad.

—Pues si no va, iremos nosotros.

La luz nos cegó al salir al exterior, donde habían empezado a llegar algunas personas. Vimos a una pareja trepando la roca más grande con dificultad, cogidos de la mano, apartando palos y piedras hasta acceder a la arena. Soltaron las bolsas, estiraron las toallas y se pusieron unos bañadores microscópicos. Ella se quedó con el pecho al aire y a Miguel y a mí nos entró un ataque de risa salvaje al mismo tiempo. Nos sentamos en el sitio más alejado y los miramos mientras se bañaban cerca de la orilla. Parecían estar hablando de algo, pero desde nuestra posición sus voces quedaban ahogadas por el sonido de las olas.

—Vamos, querida, el agua está excelente —dijo de pronto Miguel agravando la voz como si estuviera interpretando al hombre. Me fijé en la mujer e imposté la voz como las actrices de las películas en blanco y negro que ponían en la salita:

—Pero, Michael, ¡me dan miedo los tiburones!

—No tengas miedo, pequeña, yo soy el rey de estos mares y los detendré con mi arpón.

—¡Menos mal! No quiero morir, Michael.

—No vas a morir, eh..., pececito mío.

—Soy muy joven todavía, me queda mucho por hacer.

—No te preocupes, como somos los reyes nos dará tiempo a hacer lo que nos dé la gana.

—¿Y no nos moriremos?

—Bueno, sí, algún día.

—¿Qué?

—Algún día, cuando seamos viejos decrépitos. Pero queda mucho, cielito.

—No, yo no me quiero morir ni ahora ni nunca, Michael.

—Está bien, tú no te morirás nunca.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Júramelo.

—Te lo juro.

—¿Por tu madre?

—Te lo juro por mi madre.

No respondí. Me pareció increíble que Miguel me acabara de jurar por su madre algo que no iba a poder cumplir. Él, muy metido en su papel, continuó su intervención sin devolverme la mirada:

—Y así reinarás eternamente, hasta que… —Empezó a perder fuelle y se le fue la voz—. Bueno, por los siglos de los siglos. Amén.

Se levantó un remolino de viento y giré la cabeza hacia otra sección de mar. Y de pronto, en medio de la vasta extensión de agua, vi a León flotando en un esquife. El casco oscilaba como un cadáver de langosta y él, encogido en el centro de la madera, sin remos, ni motor, ni nada con lo que desplazarse, miraba fijamente en nuestra dirección.

Me levanté de un salto y, sin pensar en lo que estaba haciendo, salí corriendo hacia el mar. Miguel se quedó en la arena y la pareja se alejó hacia el otro extremo de la playa. Al llegar a la orilla me paré en seco y busqué a León, que seguía bamboleándose entre la espuma lechosa del oleaje. Estiré un pie, luego otro y pronto sentí unas punzadas heladas en las rodillas y los muslos. Mientras el agua me subía por el estómago tuve la impresión de que todo lo de detrás desaparecía: la arena, la caseta, la pareja, Miguel agitando los brazos y su familia dormida; y tuve la tentación de darme la vuelta para comprobar que seguían allí, pero en vez de eso seguí abriéndome paso hacia el agua negra que me acogía, hasta que hundí la cabeza con los ojos abiertos y vi que mis pies ya no tocaban el fondo, sino que pataleaban por encima de la oscuridad, en la zona abisal donde viven las especies que aún no han sido descubiertas.

*

Me sacaron entre los dos hermanos. Carmen me dio una bofetada seguida de un abrazo histérico cuando vomité un chorro de agua salada. Su madre me incorporó sobre la arena y empezó a balbucear un montón de cosas de las que solo me quedé con la última:

—¡No seas como ellos!

Imaginé que se refería a mi padres, pero no me gustó que dijera eso. ¿Qué sabía ella de mis padres? ¿O cualquier otro? Odiaba que todo el mundo se creyera con el poder de adivinar cómo éramos todos y cada uno de los miembros de mi familia, solo porque años atrás mi abuelo les hubiese aguantado la chapa por las esquinas del pueblo, o hubiera asistido alguna vez a sus bautizos de idiotas.

Miguel estaba un poco más allá, hecho un ovillo y llorando a mares. Se secó las lágrimas con las manos, pero como estaba empapado, no sirvió de mucho.

Me volví hacia él y le pregunté:

—¿Lo has cronometrado?

Dudó, pero enseguida asintió con la cabeza, soltó un hipido y dijo:

—Un minuto y medio.

A lo lejos, vi cómo su padre venía corriendo hacia nosotros por la arena, con la cara desencajada, seguido del hombre de la caseta, que llevaba un aro salvavidas metido en el brazo. En el mar ya no había nadie.

El plan original era aguantar en la playa hasta que anocheciera, pero hacía mucho viento y a todos se nos habían quitado las ganas de estar allí. Miguel hizo guardia para que Carmen y yo nos cambiáramos dentro del coche. Entre las bolsas era difícil moverse, así que me senté de lado y extendí la toalla para no mojar más la tapicería. La arena me raspaba entre los dedos de los pies y dentro del bañador de licra. Carmen me miró de reojo mientras me desnudaba, del mismo modo que yo había mirado a la mujer en la playa un rato antes, y de pronto entre las tres formamos una cadena de curiosidad. Se me habían quedado las tetas heladas, así que ahuequé las manos para calentarlas y mientras Carmen se cambiaba me quedé así, con la vista clavada en un pez que había colgado del retrovisor, el cerebro en suspenso y los brazos cruzados sobre mí misma como un vampiro.

Tomamos la merienda en un bar de carretera. Nos pusieron en una mesa de seis a pesar de que éramos cinco, así que Carmen se sentó corriendo en el asiento desparejado para que yo no me quedara sola. A mí no se me habría ocurrido tener un gesto así a su edad, bastante tenía con mis propias inseguridades como para pensar en las de los demás. Con la excusa de la ingenuidad había sido siempre una egoísta, encerrada en mi cabeza, vigilando a todo el mundo desde lo alto de las tapias pero sin mover un dedo por nadie.

Pidieron unos cuantos zumos y bollos para compartir y nos los comimos en un silencio tan solo interrumpido por algún chiste que su padre hizo para romper el hielo, y que los demás rieron sin muchas ganas. Parecíamos un grupo de primos de vuelta de un entierro.

Nos pilló caravana, así que ya era noche cerrada cuando me dejaron en el Colegio. Carmen me abrazó con todo su cuerpo como un mono y Miguel, que no había dicho ni pío en todo el viaje, me dio un amago de beso en la mejilla porque no se atrevía a dármelo en la boca delante de sus padres, o probablemente porque no se atrevía a volver a acercarse a mí. Los oí cuchichear al segundo siguiente de darme la vuelta.

Mientras cruzaba el jardín con la bolsa azul colgada al hombro, el Marciano me saludó desde su ventana agitando la mano, entre

dormido y drogado. Imaginé a sus padres queriendo ahogarlo en un pozo nada más nacer. Toqué el timbre de la entrada y después de un rato apareció la madre Pilar en camisón y con una madeja de pelo sobre los hombros. Me abrió la puerta muy sonriente y me dio un abrazo. Sin la cofia parecía diez años más joven.

—¡Adivina! —susurró mientras daba saltitos de emoción.

—¿Qué pasa?

—Otra vez falsa alarma.

—¿El qué?

—¡No se ha muerto! Sigue arriba, vivita y coleando. Y está mucho mejor.

Con todo lo que había pasado, me había olvidado de la anciana que no se moría nunca. Le devolví la sonrisa y susurré:

—Me alegro mucho.

—Dios te bendiga —susurró—. Ahora, dúchate.

En medio del silencio, aun a riesgo de coger hongos, hice chapotear los pies en los charcos de agua que no se había llevado el sumidero después de las duchas de la tarde. Cogí un bote de champú olvidado en el suelo, abrí el grifo y durante muchos segundos escuché el estallido del agua contra mi cuerpo y las baldosas con los ojos cerrados, como si saliera de dentro de mí. En aquel refugio me permití echar un poco de menos a León, y me di cuenta de que había incubado un agujero en el estómago que ya era demasiado grande como para seguir ignorándolo. Abrí los ojos y reconocí una sombra en el marco de la puerta que me miraba con la mirada torcida y la mano metida en el pantalón. Era el Marciano. Ahogó un grito y salió corriendo. Me habría gustado pedirle que se quedara.

*

Cuando salí media hora después ya no había nadie. Una luz verdosa entraba por la ventana del pasillo de la primera planta y se derramaba por el suelo y las paredes. Tirité debajo de una sudadera que me había prestado Hattie. Las noches eran cada vez más frías y aunque ya me habían arreglado el cristal de mi cuarto-almacén, la ventana seguía cerrando mal. Me pregunté cómo sería pasar allí el invierno con los árboles pelados, las tuberías congeladas y los dedos permanentemente agarrotados. Me agarré a la barandilla de la escalera para bajar cuando oí un hilo de voz a lo lejos.

—¿Estás ahí?

Reconocí al momento a la anciana que no se moría nunca, aunque solo fuera por la cantidad de veces que la había oído decir «gracias», «buenos días» y «muchas gracias». Se me resbaló la toalla de los

brazos. La recogí enseguida y la señora dijo:

—Te he oído.

Su voz parecía mucho más sana y despierta. Sería verdad lo que me había dicho la madre Pilar de que había mejorado de repente. Me acerqué de puntillas hasta la puerta entornada de su habitación y pegué la espalda a la pared, pero no me atreví a asomarme adentro. Ella dejó escapar una risita.

—¿Qué pasa?

—Nada —respondí, con la mirada perdida en el pasillo oscuro—. Es que no esperaba que hubiera nadie despierto.

—Yo siempre estoy despierta. Me cuesta mucho dormirme.

Al otro lado de la ventana el viento mecía las ramas de un chopo que ya estaba empezando a perder algunas hojas.

—A mí también me cuesta dormirme —dije.

—Ya.

—¿Estás mejor? —pregunté.

—Sí, mucho mejor. Aunque tengo un poco de hambre.

—Te puedo traer algo. En mi habitación tengo pipas.

—No, déjalo. Prefiero que te quedes. Hacía mucho que no venías a darme conversación.

Me quedé callada. Estaba a punto de decirle que era la primera vez que hablábamos, pero en el último momento solo dije:

—Ya, perdona.

—¿Estabas de excursión?

—Sí, más o menos.

—Me lo imaginaba. ¿Adónde has ido?

Me miré fijamente las chanclas durante unos segundos mientras pensaba.

—He ido a pescar —improvisé.

—¿A pescar? ¿Y qué has pescado?

—Pues... lenguados.

—¿Lenguados?

—Y salmones.

—¡Salmones!

—Sí.

—¿Y papá? ¿Ha ido contigo?

Se me cortó el aire.

—¿Qué?

—Que si papá ha ido contigo. Siempre dice que deberíais hacer más cosas los dos juntos.

Giré la cabeza para mirar por el hueco de la puerta. A los pies de la cama los pies de la señora se movían con energía debajo de la

sábana bordada con punto de cruz.

—Sí. Ha venido.

—¿Ha conducido él?

—Se ha empeñado.

—¿Hasta la playa pequeña? ¿La que hay al otro lado del puerto?

—Claro.

—Esa es la mejor de todas. —Se quedó en silencio y escuché el canto de los grillos de fuera. Uno cantaba con mucha más fuerza que los demás—. Me acuerdo del olor de esa playa. Olía mucho a sardinas y a veces al alquitrán de los barcos. A veces estoy aquí aburrida, mirando al techo, y me viene ese olor. Qué tontería, ¿eh? A casi nadie le gustaba, pero a mí sí.

—A mí también.

—¿Y papá ha pescado algo?

—Bueno... —Pensé unos segundos—. Una zapatilla.

—Uy. Qué curioso. ¿Qué tipo de zapatilla?

—Una zapatilla de deporte.

—¿Y cómo crees que habrá llegado allí?

—No lo sé.

—Podría ser de un náufrago. O de un pescador.

—O de un hombre con un solo pie.

—¿Os la habéis quedado?

—No. La hemos soltado al agua otra vez.

—Bien hecho.

Apoyé la sien somnolienta sobre la pared y se me abrió la boca con un bostezo.

—Oye, me tengo que ir a la cama —dije.

—Bueno. Avisadme la próxima vez que vayáis, por favor.

—Vale.

—Me gustaría volver.

—Sí. Te avisaremos.

—Gracias. Buenas noches.

—Buenas noches.

Eché a andar a oscuras hacia la escalera con la toalla húmeda entre los brazos. Entonces la señora exclamó:

—¡Mamá!

Su voz cayó sobre mí, limpia como una cascada.

—¿Qué? —contesté.

—¿Puedes apagar la luz, por favor?

—Claro.

Volví, metí la mano por el hueco de la puerta y con un toquecito en la pared, hice como que pulsaba el interruptor.

12

La señora murió de madrugada. A primera hora la madre Encarnación se la encontró fría en la cama, salió al pasillo temblando como una niña y bajó en una carrera a la enfermería para coger un termómetro. Más tarde todos se rieron de esta ocurrencia de la madre, porque todos se creían muy listos, como si nunca hubieran hecho una tontería en un momento de nervios.

Esta vez el médico vino desayunado, sin ninguna prisa, solamente para certificar lo que ya sabíamos todos. Echó una firma en un papel y se santiguó con todas las monjas alrededor de la puerta de la habitación. Después empezó un vaivén de gente para arriba y para abajo que me reveló que cuando una se muere todavía tiene que pasarse un buen rato esperando a que varios desconocidos se pongan de acuerdo para un montón de cosas.

Pasado un rato, dos hombres subieron y la sacaron en una camilla tapada con su propia sábana de bordados, asegurada con correas para que no se resbalase al bajar la escalera. Me quedé mirándolos desde la puerta del baño, mientras el estómago se me hacía cada vez más pequeño, hasta perderse por dentro de mi cuerpo.

Por el Colegio corrió el rumor de que el espíritu de la señora se había elevado por encima del techo y que desde ese momento se paseaba tranquilamente sobre nosotros con un halo en la cabeza. En el refectorio unos dijeron que hacía tiempo que quería morirse, pero no lo había hecho antes porque le divertía haberse convertido en una atracción de feria. Desde un par de mesas más allá, un hombre replicó que decir eso era una falta de respeto, y yo me pregunté si sería para ella o para los que se habían puesto en la cola veinte veces para despedirse.

El que peor lo llevó fue el Marciano, que se pasó la mañana chillando como si le hubieran arrancado un brazo. En el desayuno recopiló varios panecillos, un puñado de envases de mermelada de fresa y un vaso de café, y se empeñó en subírselo a la habitación justo cuando se la acababan de llevar. Dio un par de vueltas con todo aquello en las manos sin saber dónde ponerlo, dejando un riachuelo muy triste de café por todo el pasillo.

Hattie temblaba con la mirada fija en el televisor. Alguien había puesto en la sala común unos dibujos animados para aligerar el ambiente, pero ninguna les estábamos prestando atención. Al lado, Ana estaba recostada en el sofá con la cabeza sobre su regazo y trazaba círculos en sus rodillas con las yemas de los dedos. Había salido por primera vez en muchos días y tenía cara de haber dormido

tres horas en total. De pronto me dio vergüenza que me hubiera oído hablar con la anciana la noche anterior y me encogí detrás de las mangas de la sudadera.

En una pausa publicitaria algunos se levantaron del sofá y yo me acurruqué al lado contrario. Nos quedamos mucho rato así, mirando sin ver los dibujos animados, en un triángulo de duelo, hasta que a Hattie se le durmieron las piernas y nos pidió con un hilo de voz si podíamos hacer el favor de quitarnos.

Los días en que se muere alguien se alargan como chicles pegados en las suelas y se llenan inexplicablemente de risas y chascarrillos. Hattie nos contó que conoció a la señora el mismo día que Ana ingresó en el Colegio. Que le dio las llaves de su casa y le pidió un alquiler ridículo. Que le hizo jurar que no subiría a ningún novio. Imitó un chasquido que siempre hacía con la lengua, al tiempo que levantaba el dedo índice con un aire tan grave que hizo que Ana y yo acabáramos rodando por el suelo de la risa. Cuando se acercó la hora de irse pidió usar el teléfono para avisar a su jefe de que no iba a ir a trabajar. Se había muerto alguien que no debía morirse nunca, ¿qué otra razón necesitaba? Colgó el teléfono y la vi llorar un poco, solo un momento, detrás del mostrador del vestíbulo.

Nadie supo adónde se habían llevado a la anciana y nadie nos invitó a su funeral, pero nosotros hicimos uno igualmente. Algunos internos pidieron que nos dejaran hacerlo en la iglesia, pero las monjas dijeron que había demasiado eco y que además pensaban preparar unos sándwiches y no querían que lo llenásemos todo de migas. Al final nos abrieron la capilla, una salita muy austera al final de otra sala conectada al mismo tiempo con la biblioteca, con varias filas de bancos corridos de madera que miraban a un altar ligeramente elevado, cubierto por un mantel blanco y adornado con flores de plástico y candelabros. La mujer contrabandista se tumbó encima, cruzó los brazos encima del pecho y cerró los ojos.

—¿Qué haces? —preguntó la madre Agustina.

—De muerta —contestó la mujer.

—¿Qué te crees que esto? ¿Un belén viviente?

En la pared había un reloj que hacía mucho ruido al marcar los segundos y un tapiz roído por los bordes. Todos nos esparcimos por los bancos y las monjas leyeron unos pasajes sagrados sobre la vida eterna. Después, algunos internos salieron a hablar de la anciana y a contar anécdotas de dudosa fiabilidad. Casi ninguno la había conocido fuera del Colegio, pero había algo en ella que los había dejado tocados. Después de un rato contando historietas inventadas, algunos se pusieron a hablar de otras cosas solo para desahogarse, así que la

madre Encarnación dio por terminado el funeral y todos salimos de la capilla en fila, muy silenciosos. Se mascaba un ambiente de profundo desencanto, como si la anciana nos hubiera engañado a todos durante meses con una promesa de inmortalidad a sabiendas de que nunca la cumpliría.

A media tarde las monjas sacaron del congelador los restos de una tarta helada que había sobrado de la fiesta patronal. Como empezaba a hacer fresco la dejamos derretirse un rato en un bol y nos la comimos con cuchara en el jardín mientras el resto se quedaba viendo un reportaje sobre asesinas adolescentes.

—He pensado en tu monja bruja —dijo Ana con aire distraído mientras pescaba una lámina de chocolate en el cuenco.

—¿Qué has pensado? —pregunté.

—No sé si adivinar cómo y cuándo va a morir la gente sería un buen negocio para el circo.

—¿No?

—¡Nadie quiere saber cómo se va a morir!

—Yo sí —dije inmediatamente.

—¿Para qué?

—Para hacerlo de otra manera si no me gusta.

Ana se echó a reír. A Hattie se le atragantó el helado, y cuando dejó de toser, se inclinó hacia mí y me dijo:

—Tú eres muy bestia. —A continuación se volvió hacia Ana—. Y tú, menos pensar y más escribir.

—Ya estoy escribiendo.

Hattie y yo nos miramos. Hasta el momento, Ana no había mencionado nada sobre por qué se había negado a salir o abrirme la puerta los últimos días, y tampoco se lo había preguntado porque me temía lo peor. Hattie se quedó con la boca abierta. Parecía igual de sorprendida que yo.

—¿Estás escribiendo? —preguntó.

—Os lo acabo de decir —dijo Ana, revolviéndose en la silla.

—¿Qué estás escribiendo?

—Nada. Una tontería. Algo nuevo.

—¿¿El qué?? —pregunté yo, agarrándola de la rebeca.

—Una historia sobre una niña muy bestia.

Y el día se acabó como se acaban las épocas, con un zumbido de abejas que se oye cada vez más bajo, y un frío que penetra cada vez más dentro, sin que ninguna nos diéramos cuenta de que esa iba a ser la última tarde que pasaríamos allí las tres juntas.

*

Desde lo alto del campanario vi mi vida expandirse en círculos. En el centro estaba el olmo de los jardines municipales, con la silueta muerta de mi abuelo sobre sus raíces; por encima, un camino de castaños, y alrededor, las calles torcidas del pueblo, el ayuntamiento, la iglesia, los soportales de la plaza y las tabernas de piedra. Más atrás se veía el colegio, y muy cerca, la piscina que hervía de gritos y toallas. Por fuera algunos chalets, callejones de tierra, naves industriales, torres eléctricas, nubes de polvo, cosechadoras, bodegas. En la cuesta, una hilera de farolas y el mirador, los bares, las pantallas de fútbol, los excursionistas. Siguiendo el río desde nuestra posición se veía el puente, las vides preñadas de uvas, las alambradas, la estatua mutilada del coloso, nuestra casa y la del perro muerto; y al norte, la casa de Hattie y la estación, donde en ese momento un tren depositó a dos o tres pasajeros y recogió a otros dos o tres, y un túnel excavado en la colina que marcaba el fin del valle, un agujero oscuro que se fue tragando el tren poco a poco hasta dejar tan solo una vía desnuda.

La madre Pilar me apremió para que bajáramos. El campanario era territorio restringido, un privilegio para los curiosos pero un caramelo para los suicidas. Me di cuenta de cómo me estudiaba, midiendo las distancias y las posibilidades, alerta por si yo hacía algún movimiento brusco o sacaba por el hueco más extremidades de las debidas. Pero no iba a tirarme. No quería tirarme. Era solo un impulso pasajero, una tentación, porque el campanario no era demasiado alto y la hierba de abajo parecía mullida. Me habría roto algunos huesos solamente. Nada de morirme, no pensaba morirme. Había desechado definitivamente la idea de morir ese verano; ya lo haría otro, si es que tenía que hacerlo. Pero me atraía un poco la idea de hacerme daño, de sentir el golpe justo para despertarme. Y que viniera una ambulancia y me dieran alguna pastilla que no fuera de juguete. Y que mi madre se asomara a la ventana. Nada más. Tan solo un salto para marcarme un tanto y cumplir las expectativas de todos. Pero antes de que pudiera hacer nada, como si me hubiera leído el pensamiento, la madre Pilar me tiró del brazo hacia la escalera de caracol y echó la llave de la puerta de acceso.

Como pago a la subida al campanario, había prometido ayudarla a cargar algunos sacos de abono para el huerto del Colegio, recogido en una esquina de la finca donde solo podían pasar las monjas. En la puerta trasera del obrador había dos novicias abanicándose la una a la otra con unas bandejas de hierro. Tenían los bordes de las cofias mojados de sudor. En la fachada había una hilera de ganchos que unían varias cuerdas de tender a los árboles cercanos. La madre Pilar se abrió paso entre las sábanas, combinaciones y bragas como

paracaídas, y se detuvo en seco al ver cómo a través de un tubo entre los ladrillos salía un humo claro con olor a vainilla que se diseminaba entre la ropa tendida.

—¡Por última vez! —gritó—. ¡Descolgar antes de hornear!

Las dos novicias soltaron las bandejas corriendo y empezaron a quitar las pinzas de las cuerdas sin rechistar.

Detrás del tendedero estaba el huerto, donde se paseaban unas cuantas gallinas que salieron corriendo a nuestro paso. Entre las dos sacamos varios sacos de abono de un cobertizo metálico y los cargamos uno a uno hasta el huerto, y una vez allí, los esparcimos sobre la tierra suelta. Los tomates brillaban como planetas. Cuando creía que no la estaba mirando, la madre Pilar arrancó uno de la rama, le dio un mordisco y se lo guardó corriendo entre las faldas del hábito.

Aprovechando que ya no hacía tanto calor, esa tarde las madres habían organizado un partido de fútbol para levantar el ánimo general, bastante bajito por motivos evidentes. A mí el fútbol, más que subirme el ánimo, me lo rebozaba por el suelo, pero al ver que incluso Ana estaba por la labor no me pareció tan mala idea.

Para mi sorpresa, la madre Paula me escogió la primera para su equipo, que acabó siendo objetivamente el peor. Eso sí, teníamos al Marciano, que corría más que nadie. Cada vez que tomaba posesión del balón su cara grande se iluminaba con una emoción tan pura que se olvidaba de chutar y solo corría y corría de un extremo a otro del campo, sin tener muy claro cuál era nuestra portería y cuál la otra. Marcó un gol en propia y al rato, uno en contraria. Ana se picó con él y nos marcó dos seguidos de cabeza, porque nuestra portera era la madre Marina, que como bien dijo ella misma, estaba a por uvas. Conseguí mantener el balón entre los pies diez segundos, pero Ana me lo robó, se lo pasó al guardabosques y él marcó el tercer gol sin despeinarse. Lo celebraron levantándose la camiseta al mismo tiempo. A partir de ese momento el Marciano, muy nervioso, empezó a saltarse las normas del fútbol y Ana lo placó un par de veces, lo que al final le valió una tarjeta roja de la madre Encarnación. Se enzarzaron en una bronca bastante fea y cuando me acerqué para evitar que llegaran a las manos, vi a mi padre aparecer entre los rosales de la banda izquierda.

Tenía la piel apergaminada y el pelo más largo, peinado pobremente hacia atrás sobre la coronilla. Llevaba una americana raída y un cinturón muy apretado para aguantarle el pantalón, que le quedaba como un saco. Estaba claro que nadie le había asesorado para arreglarse con algo de dignidad, o tal vez es que ya no daba para más. Se restregó las manos por las perneras y yo me acerqué en una especie

de levitación. Me ofreció algo a medio camino entre un abrazo y una palmada en la espalda, y comprobé que era él de verdad.

No le di la oportunidad de que visitara mi cuarto-almacén. Arrojé todas mis cosas en la bolsa azul sin mirar y luego tardé diez minutos en doblar las dos camisetas y el pantalón de Ana, que deposité a los pies de la cama como si estuviera ingresando en prisión. Al lado coloqué el neceser, las chanclas y los calcetines, que también eran de Ana, y en el último momento antes de salir, me di la vuelta para guardarme un par en el bolsillo. Por último, cargué el antebrazo de piedra sobre mis propios antebrazos y lo saqué afuera como una ofrenda de sacrificio. Todos se me quedaron mirando desde el campo de fútbol. No me despedí de nadie.

Mi padre había sustituido su coche de siempre por uno mucho más viejo que emitía a cada rato un chirrido mecánico. Durante todo el camino tuve la sensación constante de haberme metido en el coche de un desconocido que me iba a descuartizar en una cuneta. Lo bueno, pensé, era que muy pronto todo aquello se llenaría de vendimiadores y apenas me daría tiempo a descomponerme.

*

Mi padre frotó la parte de la fachada donde ponía HIJO y yo donde ponía DE PUTA, aunque al día siguiente nos cambiamos porque unos periodistas nos sacaron fotos desde fuera con bastante mala intención. El resto de la semana nos dedicamos a limpiar las cagarrutas de todos los pájaros que habían anidado en el tejado mientras no estábamos. Durante mucho tiempo la casa olió a aguarrás, que asocié sin querer al olor de la decadencia. En vista del interés general por nuestras reparaciones, no intentamos volver a pegar el antebrazo de mi abuelo en la estatua, sino que lo dejamos en un lado de la mesa del comedor tapado con una manta, de modo que parecía que debajo estaba el cadáver de un niño larguirucho. Enseguida decidimos que era mejor guardarlo en un armario que ninguno de los dos volvió a abrir nunca.

Una noche, mientras cenábamos, le pregunté a mi padre en voz baja por qué no volvíamos a la ciudad, y me dijo que había vendido la casa. Cuando se me resbaló el vaso y me entró un ataque de tos nerviosa solamente añadió:

—Espero que no pienses que los abogados trabajan gratis.

Lo dejó caer como si nada, mientras rebañaba un reguero de aceite del plato con un mendrugo de pan, sin ninguna pena por haber tirado por la borda el único lugar donde habíamos sido algo alguna vez. De pronto me acordé de la colección de aprender a dibujar por fascículos a la que me había suscrito mi madre, y me entraron muchas

ganas de llorar al darme cuenta de que ya no existía ningún buzón con mi nombre donde depositarlos.

León no hizo ni un solo amago de aparecer. Lo llamaba en voz baja, y a veces, cuando mi padre salía, directamente a voces. Probaba a darles a mis gritos un matiz cabreado o a veces conciliador para despertar alguna reacción, pero si me oía, pasaba de mí. Me lo imaginaba dando vueltas a la viña con la bicicleta cochambrosa, robando uvas por aquí y por allá y quedándoselas todas para él.

Desahuciada de todos los lugares que me importaban, empecé a sentir hacia la casa de mi abuelo un odio que no había sentido antes. Odiaba la pintura de las paredes, los rodapiés combados, los insectos que roían las vigas por las noches; no soportaba el olor de la despensa, la puerta rota del desván, el peso de los muebles ni el crujido de las bisagras de las ventanas. Y enseguida noté cómo ese odio se me iba pudriendo en el estómago y empezaba a desprender un olor agrio con el paso de los días.

Como único método de supervivencia decidí ignorarlo, y para hacerlo solo se me ocurrió seguir usando los calcetines de Ana como si todavía siguiera en el Colegio. Me los subía hasta las rodillas y no me los quitaba hasta que estaban negros, entonces los lavaba debajo del grifo, los colgaba del toallero para que se secaran y me los volvía a subir por las piernas con furia. El juicio de mi padre estaba a la vuelta de la esquina, así que se confinó en su despacho, lo que me permitió esparcirme por la casa mucho más que antes y hasta ponerme las películas en blanco y negro que seguían poniendo por la tarde, sin que me dijera nada.

Cuando no estaba viendo películas notaba que me empezaba a faltar el aire, así que salía a la pila de muebles y me pasaba las horas muertas ahí mirando los aviones que atravesaban el cielo o metiendo el dedo en la tapicería rota de la butaca. Volví a llenar el charquito de agua en la bañera hundida y dejé al lado queso y migas de galleta que atrajeron al ratón, tal vez al mismo que ya conocía. Para mi sorpresa, acudió al desayuno dos tardes seguidas, y de pronto, a la mañana siguiente, apareció rodeado de una decena de crías enganchadas a sus diminutas mamas. El ratón era en realidad una ratona. Las crías no eran agradables de ver, aún no tenían pelo y parecían grumos de sopa de tomate; y por si fuera poco, mientras vigilaba para que no las atacaran los pájaros, la ratona se empezó a comer a una de ellas, como si se hubiera quedado con hambre. La levanté por el pescuezo, la tiré por ahí y corrí a por una fiambrera vacía para rescatar a todas las crías que pude.

Les derramé leche dentro y esa tarde coloqué la fiambrera a mi

lado en el sofá mientras veía la película de la siesta. Cuando terminó, las animé a participar en una tertulia, pero como no hablaban, tuve que imaginarme sus preguntas y respuestas. Cada vez que abría la fiambrera para mirarlas o airearlas las crías asomaban el hocico y las patas, tratando de escapar. Me vi obligada a echar el cierre de metal, y esa misma noche, antes de irme a la cama, ya se habían muerto todas.

*

En contra de lo que había creído, resultó que el verano no era interminable. Septiembre transformó las viñas en dinero contante y sonante para los pocos bodegueros de la zona que todavía no estaban imputados en ninguna trama. Incluso mi padre, a pesar de estar oficialmente apartado de su cargo, seguía comportándose como si no fuera con él la cosa y coordinaba la vendimia en la sombra; alargaba al máximo el cable del teléfono y se paseaba por la casa mientras observaba por la ventana las hileras de autobuses que transportaban a los temporeros para arriba y para abajo desde primera hora de la mañana.

Pero ni siquiera ese nivel de vigilancia le permitió ver la semana siguiente quién conducía el coche que pasó por la recta, se detuvo delante de la cancela de entrada sin apagar el motor, descargó una caja de cartón en medio de la carretera y acto seguido desapareció como había venido. Yo lo oí de lejos y al asomarme solo me dio tiempo a ver cómo se alejaba en dirección al pueblo.

La caja llevaba el logo de la bodega familiar. Desde la puerta miré cómo mi padre la quitaba del medio del asfalto, la cargaba con dificultad por todo el jardín, y una vez en casa, la arrastraba hasta el salón y la abría con un cúter. Lo vi así, encorvado sobre la caja, con la lengua medio sacada como un espantapájaros mientras arrastraba el filo de la cuchilla sobre la cinta adhesiva, y deseé con todas mis fuerzas que fuera un paquete bomba y que le estallara en la cara.

No era un paquete bomba: solo doce botellas de vino. Dentro sí traían algo; un pequeño papel doblado que parecía una nota de apoyo, porque mi padre la leyó, suspiró, la dobló con cuidado y se la metió en el bolsillo de la camisa. A continuación cerró el cúter y se puso a guardar las botellas en el aparador del salón con una delicadeza exasperante. Lo miré de lejos en silencio y cuando llevaba la mitad sentí como si algo se me partiera en dos dentro del pecho y le pregunté:

—¿Para qué las guardas?

—¿Para qué va a ser? —respondió mi padre, con la voz extrañamente aguda—. Para bebérmelas.

—Si no te gusta.

—¿Cómo?

Me temblaba la mano.

—Si no te gusta el vino —repetí, mientras una lágrima me rodaba por la cara—. Lo echas en las macetas.

Se quedó congelado y me miró con una expresión rara. No era exactamente rabia, ni enfado, ni dolor. Era otra cosa que no sabía identificar. Algo que casi podía olerse, como una infección amarilla que se le empezó a expandir por debajo de la piel mientras su alma abandonaba su cuerpo. Dejó sobre la encimera la botella que tenía en la mano con aire ido, se acercó a mí en dos zancadas y me cruzó la cara de un tortazo. Yo solté todo el aire de golpe y me quedé mirando una telaraña del techo desde donde una pequeña araña se descolgó hacia el vacío en ese preciso momento, completando así un hito feliz de su vida de araña con la reconquista de una casa que ya no era nuestra sino que era toda suya, su país de las arañas, su patio de juegos; y justo ahí, todavía con la cabeza girada, sentí un picor en la mejilla izquierda que me devolvió a la realidad y me di cuenta de que la expresión de mi padre realmente había sido de vergüenza, y que eso era lo peor que yo podría haberle provocado, porque era justo en una montaña inmensa de vergüenza donde mi madre y mi abuelo llevaban años enterrándolo vivo.

*

—¡León!

Una bandada de pájaros salió volando de la copa de un árbol. Batieron las alas con sobresalto y, sin necesidad de ponerse de acuerdo, se perdieron todos juntos por detrás del monte en tres o cuatro segundos. El cielo estaba abierto. No los controlaba nadie.

—¡LEÓN!

Repetí la llamada hasta que me empezó a doler la garganta.

Leónleónleónleónleónleónleónleónleónleónleónleón.

Una nebulosa de mosquitos que venía hacia mí se desplazó hacia la margen opuesta del río. En alguna parte un sapo croaba a la desesperada.

Avanzaba a trompicones, trazando curvas sin sentido adelante y atrás. Me sentía como si un hipo salvaje se hubiera quedado encerrado dentro de mi pecho y no pudiera salir. Las costillas intentaban abrirse a cada golpe con tanta fuerza que pensé que iban a traspasar la barrera de la piel. Me agarré a una rama baja, me balanceé con torpeza hasta dejarme caer al suelo y pensé: «Ahora es cuando me muero».

Avancé a gatas por la hierba mientras me resbalaban por la cara unas lágrimas gruesas como ciruelas. No veía nada. Notaba la lengua apelmazada y un sabor amargo en el paladar. De alguna forma llegué hasta la orilla y me dejé caer blandamente entre las cañas sobre una alfombra de zapateros que mantenían un equilibrio mágico sobre la superficie del agua con las patas abiertas. Algunos se me quedaron enredados en el pelo y otros se ahogaron. Me desprendí los cadáveres de la cabeza y los brazos mientras el corazón me bombeaba con la fuerza de diez barcos.

El río fluía más despacio que nunca. Como llevaba tiempo sin llover no tenía ni un metro de profundidad y tuve que contraer los músculos para mantenerme debajo. En cuanto lo hice, todo el cableado que había relegado al cuarto de atrás de mi cabeza quedó flotando en el agua, expuesto para mi contemplación y más que posible electrocución. Lo miré durante unos segundos mientras lloraba de alguna forma absurda por debajo del agua, y de pronto tomé una conciencia tan próxima de la muerte que sentí cómo el miedo se me clavaba en las plantas de los pies y en las palmas de las manos, y me impulsé hacia arriba yo sola para tomar aire y volver a bajar; y durante mucho rato mantuve un ritmo irregular de inmersión y emersión sin dejar de llorar ni de mirar aquellos cables sueltos que se movían como culebras acuáticas.

Desde hacía trece años mi padre me había ido encerrando en lugares cada vez más estrechos sin posibilidad de réplica, mientras él representaba ante el mundo la pantomima más bochornosa que había visto en mi vida. Y no solo eso, sino que esa farsa resultaba aún más ridícula al saber que sobre nosotros planeaban en círculos cada vez más bajos cosas mucho más importantes que cualquiera de sus vinos de mierda: la muerte, el silencio, la tristeza; y todas esas cosas confluían directamente en mi madre.

Mi madre, con sus manos amarillas. Me había intentado convencer de que solo estaba descansando la vista y los nervios de nosotros, y que pronto bajaría a por mí con alguna explicación decepcionante; cuando por dentro sabía de sobra que nunca bajaría, y mucho menos a por mí, y muchísimo menos con explicaciones, y que en realidad era exactamente lo mismo que si llevara medio año muerta, porque ya no era capaz de imaginarla de otra forma que no fuera mordiendo las cortinas de su cuarto por no colgarse directamente con ellas.

En la burbuja del Colegio me había creído que estaba a salvo de todo y que había encontrado un espacio que habitar entre sus habitantes, cuando no eran más que una panda de trastornados y otra

de viejos que agarraban sus vasos de leche con las dos manos y que a partir de las diez de la noche no sabían ni cómo se llamaban. Solo eran mercancía defectuosa que en un momento dado alguien había apartado del camino para que no estorbara y que así el resto del mundo pudiera seguir circulando cuanto antes lo más rápido posible. Los habían descargado allí y habían tirado la llave por un puente, y nadie jamás había vuelto a preguntar por esa llave.

Lo peor no era que hubieran tirado la llave, sino que me hubieran dejado a mí fuera. Yo también era mercancía defectuosa, había levantado el velo de un lado del mundo al que yo también pertenecía. Yo era prácticamente igual que Ana, excepto por que nunca sería como ella, nunca tendría su furia ni su flequillo, nunca me atrevería a cruzar ninguna puerta ni a dejar que nadie se asomara a mi mundo. Yo era mucho más cobarde y prescindible, porque todo lo perdía y todo lo dejaba marchar, incluso al único amigo que había tenido nunca. ¿Dónde estaba León? ¿Por qué no venía? Chillé su nombre por debajo del agua pero León no respondió, porque León había desaparecido, como todos los seres que obran un pequeño milagro en la gran rueda del tiempo y pasan. Pero estaba segura de que si hubiera estado allí me habría sacado flores de los arañazos de las piernas, o me habría arrastrado afuera por el lado más blando de la orilla; o, en caso de resistencia por mi parte, no habría dudado en achicar el agua del río con sus propias manos si hubiera sido necesario, para que no me ahogase.

13

Parpadeé dos veces. Solo cuando un escarabajo me empezó a trepar por el tobillo me di cuenta de que era noche cerrada y que probablemente hacía un par de horas que mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad de manera natural. En el río solo se veían sombras quietas. De pronto fui consciente del frío que tenía. No me había llegado a dormir del todo, sino que me había quedado en un estado suspendido, con los ojos entornados entre los grillos, recostada sobre la madera podrida de uno de los embarcaderos que había desperdigados por el río.

Tenía la boca seca, las piernas entumecidas y un dolor sordo en las sienes. Me incorporé despacio para evaluar mejor los daños. Al secarme, el limo del agua se me había agarrado a las fibras del vaquero, que se había quedado completamente tieso sobre mis muslos. También había perdido una de mis zapatillas. Me levanté para buscarla por si se había quedado enganchada en alguna planta, y recorrí algunas decenas de metros a lo largo del cauce, pero enseguida llegué a la conclusión de que la corriente debía de habérsela llevado hacia abajo, para sorpresa de algún pescador en alguna parte, dentro de mucho tiempo.

Caminé a oscuras como una autómata con una sola zapatilla por la cuesta que subía a la carretera, pero en lugar de tomar el camino de tierra hacia las viñas, el que desembocaba en mi casa, crucé al lado opuesto de la carretera. Debía de ser muy tarde porque no pasaba ni un solo coche. Me detuve en medio del asfalto, arranqué una amapola que había crecido en una de las calvas del suelo e hice el resto del camino con ella en la mano. Me costaba respirar por la nariz. Al llegar a la intersección me dirigí hacia la zona del norte del pueblo, donde había un bloque de pisos que miraba directamente a la estación de ferrocarril.

A las dos de la mañana (hora que comprobé un rato después) arrastré el dedo de arriba abajo por todos los pisos del telefonillo de Hattie. Por suerte, en el bloque no había más que un portal, así que di por hecho que su piso tenía que ser uno de esos a la fuerza. Enseguida fueron apareciendo voces de diferentes vecinos que empezaron a mantener diálogos confusos entre ellos. Volví a tocar toda la hilera de botones. Por las ventanas otros vecinos pegaron un par de gritos y durante un minuto más reinó el caos hasta que oí la voz medio dormida de Hattie a través de la placa de metal.

Me empujó por la escalera mirando mal a todas las puertas por si nos estaban espiando por las mirillas, y al llegar arriba metió la

amapola en un vaso de agua, me enrolló en tres mantas y me obligó a sentarme en su sofá y a comer algo. Desapareció por la cocina y enseguida volvió muy angustiada diciendo que no tenía nada más que plátanos.

—Lo siento muchísimo. Llevo una semana sin hacer la compra. Pensaba ir mañana. Lo siento.

Le dije que no pasaba nada, y aunque no me gustaban mucho los plátanos, me comí dos bastante pasados mientras ella daba vueltas por el piso. Solo había una pequeña lámpara encendida en una esquina, sobre una torre de libros que parecían de Ana. Estábamos tan cerca del río que por la ventana entreabierta se colaba el chapoteo de los animales. Lo oí con claridad a pesar de tener un oído todavía taponado por el agua. Las vías circulaban hacia el nordeste paralelas al cauce, y en cierto punto, mucho más lejos, en pueblos que ya no alcanzábamos a ver, serpenteaban y lo cruzaban dos veces seguidas, formando una especie de ocho entre el agua y los raíles que a menudo sobrevolaban helicópteros y fotógrafos de naturaleza. En el otro extremo de la vía, en sentido oeste, solo había un túnel excavado limpiamente en la montaña que comunicaba con alguna otra zona, para mí perteneciente al terreno del misterio.

Me escocían los ojos y tenía los párpados inflamados. Me toqué los bultos con los dedos, alisando las pestañas hacia abajo, intentando aplacar el dolor que palpitaba por dentro, mientras Hattie murmuraba algo que no traspasó la barrera de mi tapón. Giré la cabeza hacia la izquierda para que el agua discurriera por el canal auditivo. Me pesaba el cuerpo y en las manos tenía las marcas de mis propios dientes.

Después de unas cuantas vueltas, Hattie se agachó sobre mis rodillas y me dijo:

—No encuentro tu teléfono. Tengo que llevarte a casa.

—No te oigo —contesté con la voz ronca.

Me quitó las cáscaras de plátano de las manos y me puso una en la cabeza como sombrerito. Ella se puso la otra.

*

Mi padre tenía unas bolsas grandes debajo de los ojos donde guardaba todas las cosas malas. Cuando Hattie me dejó en casa de madrugada y él me abrió la puerta para que entrara con la cabeza gacha, casi pude ver cómo me metía en una de esas bolsas, como si al secarme hubiera menguado mi tamaño. Después se quedaron un rato más hablando en el umbral, aunque con el tapón no me enteré de nada de lo que decían. Los espié desde la ventana del baño de abajo, y cuando

terminaron, mi padre hizo un gesto que me sorprendió: le tendió la mano a Hattie y se la estrechó como si fuera uno de los hombres a los que tanto respetaba.

La forma que tuvo de disculparse al día siguiente fue exactamente la misma que la mía: no pronunciar palabra en todo el día, servirse la ración más pequeña posible de comida en el plato y al llegar la noche, sentarse en la mesa del jardín y decir:

—Me ha parecido oír a un gato antes.

—Sí, yo también lo he oído.

Durante horas no habían parado de sonar maullidos procedentes de diversos puntos del jardín. A veces algún gato de campo se colaba por el agujero de la verja, rebuscaba en el cubo de basura y salía corriendo por el otro lado; pero esta vez el gato ni siquiera había hecho acto de presencia, ni había robado nada, solo maullaba por aquí y por allá, como si intentara decirnos algo pero no se atreviera del todo.

Quedaba exactamente una semana para que arrancara el juicio de mi padre. Por tener alguna ocupación durante esos días, cuando no estaba con sus abogados nos volcamos en la búsqueda del gato, que maullaba pero no se dejaba ver. Gracias a esta búsqueda, por primera vez desde nuestra llegada limpiamos las cenizas viejas de la chimenea, llevándonos con ellas probablemente el único rastro de mi abuelo que podía borrarse de la casa. Después agitamos los arbustos de la parte trasera, recolectamos sus frutos y nos los comimos de postre. Por último, derribamos la pila de los muebles y los alineamos contra la fachada unos junto a otros en una disposición mucho más lógica y aburrida que la anterior y, aunque no se lo dije a mi padre, se me rompió un poco el corazón al verlos todos tan lejos de mi ventana, donde ya no podría volver a escalar nunca.

Esa noche miré a mi padre mientras lavaba un cuenco de moras negras debajo del grifo. El agua rebasó el cuenco, las moras empezaron a sacudirse dentro como cebos de pesca y mi padre se quedó mirándolas sin hacer nada. Me acerqué a cerrar el grifo y cuando estaba a su lado dijo:

—Vera.

Di un pequeño bote.

—¿Qué?

—No puedo quedarme aquí.

—Vale —dije, sin saber muy bien si podía decir otra cosa.

—Y tú tampoco.

—Ya.

Iba a preguntarle qué pasaría con mamá, pero no lo hice. Miré

por la ventana y vi una luz intermitente atravesando el cielo de punta a punta.

*

Después del discurso más empalagoso que había oído en mi vida, la plaza del ayuntamiento estalló en vítores y aplausos y el alcalde se mordió los labios para contener la emoción. Devolvió el micrófono a su sitio y el sonido se acopló por los altavoces, que emitieron un pitido atonal. Su juicio era el mismo día que el de mi padre, pero en lugar de esconder la cabeza, él aprovechaba cualquier oportunidad para victimizarse públicamente y, en días como hoy, lucir el traje regional: un pantalón bombacho, chaleco, fajín, polainas, casaca y una capa negra por encima. Sobre la cabeza llevaba un sombrero de ala ancha que se le resbalaba por encima de los ojos. Entre los aplausos se empezó a oír a un grupo de personas que coreaban algo parecido a «dimisión». El alcalde hizo un gesto con la mano y enseguida los gritos fueron ahogados por una orquesta.

Pensé que tal vez necesitaba algo de protagonismo, porque en el pueblo ya solo se hablaba de mi abuelo y de mi padre. Algunos con mucha admiración, y la mayoría, con rencor y con algo parecido al odio, aunque de alguna forma se las habían apañado para que la plaza se llenara con los del primer grupo.

La madre de Miguel me extendió un vaso de mosto y me apretó el hombro. Se había pasado quince minutos convenciendo a mi padre de que me dejara ir con ellos hasta que había accedido. Se lo agradecí, pero seguía sin entender la razón de su insistencia, porque Miguel ya apenas me dirigía la palabra y Carmen se pasó la mañana sentada en círculo con sus amigas, compartiendo una bebida con aspecto de mosto pero olor a disolvente universal. De vez en cuando se susurraban algo al oído y se ponían a chillar agitando los brazos como pajarillos.

A mediodía los dos subieron al escenario para participar en el pisado simbólico de la uva. La mañana era oscura. Un cielo pesado caía sobre el valle, cargando la atmósfera de electricidad. Cada dos por tres alguien levantaba la vista y se deslumbraba con la claridad gris que encapotaba el cielo, incluso algunos miembros de la orquesta se pusieron gafas de sol para seguir tocando. Se mascaba el presagio de que el nubarrón estaba a punto de partirse en dos encima de todos aquellos cables. Un grupo de técnicos con camisetas negras desenrollaron un plástico con el que intentaron cubrir a duras penas la mesa de sonido.

Las caras de Miguel y Carmen iluminaron la plaza mientras se

descalzaban y se remangaban los pantalones. Cuando llegó su turno se metieron en el lagar, se agarraron el uno al otro y pisotearon con fuerza los racimos tintos entre la música y los vítores. A Carmen se le enganchó el pie en un raspón, le entró un ataque de risa y se cayó de culo, manchándose toda la ropa. Al salir parecían dos niños asesinos.

Los miré con la certeza de que nada de aquello se repetiría. Por eso no me enfadé por que Miguel ya casi no me hablara, ni por que Carmen eligiera beber con sus amigas antes que seguir haciéndome preguntas o trenzas. Abracé la idea de que yo no era más que una extranjera en sus vidas, y que pronto me iría a formar parte de algún otro sitio, igual que los excursionistas del mirador.

Nos sentamos a comer en unas mesas corridas que habían instalado a un lado de la plaza y pronto empezaron los relámpagos. En el espacio oscuro entre uno y otro Miguel aprovechaba para mirarme de reojo, como si no me diera cuenta. Mientras masticaba un pedazo de queso, alargué los dedos sobre el mantel de papel y le rocé la mano. Él me devolvió el roce, y durante un momento mantuvimos una conversación sin palabras debajo de los destellos.

Enseguida empezaron a caer unas gotas espesas y todos salieron corriendo en todas direcciones. Las mujeres cogieron en volandas a los niños, que a su vez cogieron los trozos de pan; y los hombres rescataron los platos de jamón y de langostinos. Una ráfaga de viento tiró al suelo varias copas de vino, que discurrió por las baldosas, mezclándose con la lluvia hasta un desagüe cercano. Cuando me quise dar cuenta Miguel, Carmen y sus padres ya estaban muy lejos, corriendo hacia el polideportivo y cubriéndose los unos a los otros con unas chaquetas de verano que habían llevado. Desde mi posición escuché cómo sus risas se disipaban por detrás de la lluvia, y con ellas, toda posibilidad de despedida. Me pareció que Miguel miraba para atrás con un gesto pequeño, aunque no llegué a saber si me había visto, porque con las gafas mojadas nunca veía nada.

Eché a andar en dirección contraria, callejeando por el pueblo hasta la recta que conducía a mi casa. Por la acera, dos señoras mayores con zapatillas de deporte corrían hacia un portal, muertas de risa, con bolsas del supermercado en la cabeza que les hacían parecer que tenían cerebros gigantes. Al fondo, la estatua del coloso resistía el embate de la lluvia.

Caminé unos minutos más, sola y tranquila. Encontré un paraguas en el suelo y lo abrí; tenía las varillas salidas y la tela rota y apenas protegía de la lluvia, pero de alguna forma sentí que al menos intentaba seguir siendo un buen paraguas. Un todoterreno pasó a mi lado a toda velocidad, me salpicó los pantalones de agua y unos pocos

metros más adelante se paró en seco. Crucé a la acera contraria como por instinto y me metí en el camino entre las viñas, mientras veía por el rabillo del ojo cómo el coche daba marcha atrás.

Aceleré el paso y algunos temporeros se me quedaron mirando, apiñados en un huequito bajo la maquinaria que les servía de refugio. Oí las ruedas del todoterreno metiéndose en el barrizal detrás de mí, y antes de darme la vuelta identifiqué la voz del alcalde.

—¡Adónde vas!

Todavía llevaba el traje regional puesto. Frenó y se estiró para bajar con la manivela la ventanilla del copiloto.

—Sube, criatura —dijo como si me estuviera haciendo el favor de mi vida.

—Da igual, si ya estoy cerca.

Al final me tuve que subir. Maniobró con dificultad por el barrizal, bajo la atenta mirada de los temporeros. Se había quitado el sombrero y la casaca, y llevaba la camisa abierta y sudada. Me había fijado en que los hombres solían desabrocharse los botones a medida que bebían.

—¿Sabes qué pasa? —dijo.

La verdad es que no quería saberlo, pero como no seguía hablando, respondí:

—¿Qué?

—A tu padre nunca le ha gustado el vino.

—Ya.

—No sabe lo que es esto. No ha vivido aquí nunca. Eso es lo que pasa.

Las palabras se le enredaban en la boca. Miré a un lado por si acaso se le metía la rueda en algún socavón, pero con la cortina de agua no se veía nada.

—Tu abuelo sí que era un genio. Con él no habría pasado esto. —No contesté, así que repitió—: Él no habría dejado que pasara todo esto, ¿sabes?

Del cielo cayó un rayo que partió en dos el valle y di un bote en el asiento. En la radio empezó a sonar muy bajito una canción deprimente. El alcalde siguió divagando, pero dejé de escucharle porque ya no soportaba el machaque sobre mi padre y mi abuelo, mi abuelo y mi padre. Imaginé que en vez de hablar de ellos hablaba de mi madre, o de Hattie y Ana, o de las monjas, ¿qué estarían haciendo? Eso me parecía mucho más interesante.

Me llevó hasta la puerta de casa. Sin que se lo pidiera, me ayudó a desabrocharme el cinturón de seguridad y me pasó la mano por la espalda.

—Eres muy guapa.

Arrugué la frente porque sabía que no era verdad. Tenía ganas de llegar a casa y secarme de una vez.

—¿Sabes que eres muy guapa? —repitió.

Le cerré la puerta en la cara con todas mis fuerzas y salté la cancela de la finca. No quería volver a saber nada nunca más.

*

La casa era un submarino. Las paredes supuraban humedad y en el desván se oía un chapoteo de lluvia, como si se hubiera quedado una ventana abierta. Me quité la ropa mojada, la dejé colgada en el toallero y me puse una camiseta seca y los calcetines de Ana. Bajé al salón, encendí la tele y dejé de fondo una película en blanco y negro de las que ponían para dormir la siesta.

Mi padre me había dejado una nota en la mesa para decirme que se había ido a no sé dónde. Cogí el lápiz y escribí debajo en letras mayúsculas: ME LA SUDA. Acto seguido me sentí fatal, la rompí en pedacitos y la tiré a la basura.

Me sonaban las tripas porque apenas me había dado tiempo a comer nada antes de que todo el mundo saliera corriendo. Fui a la cocina, abrí el frigorífico y un olor rancio y frío me impactó en la cara. Dentro solo había un bote de mostaza y una loncha de mortadela con los bordes resecos.

De pronto, oí un maullido procedente del desván.

Me levanté y me asomé a la escalera. Ya solo se oían las canciones de la película. Seguí subiendo, aunque las piernas me pesaban y tardé mucho más de lo normal. El maullido volvió, y a cada escalón se fue haciendo más presente y se juntó con un chapoteo como el que había oído al entrar en casa. Al final llegué hasta el último tramo de escaleras y cuando me quedaban cuatro peldaños me detuve, temblando de miedo.

Todas las casas tienen prohibida una habitación determinada. Algunos cierran un garaje en desuso, otros el dormitorio donde murió un ser querido o una salita invadida por las chinches. En nuestro caso, siempre había sido ese desván en lo alto de la escalera. Desde que nos mudamos, mi padre y yo habíamos hecho como si no existiera, supongo que en un intento de reducir la casa a la máxima potencia para ser capaces de habitarla. Mi madre a veces se asomaba por la escalera y la miraba con el ceño fruncido. La puerta tenía la madera descascarillada y la cerradura negra de óxido, y debido a la inclinación del tejado, medía poco más de un metro.

Una mañana mi madre se despertó y dijo en voz alta:

—No sé qué os pasa con el cuarto para enanos.

Estuvo una hora buscando la llave de la puerta por todos los cajones. Al no encontrarla, se la pidió a mi padre, y él dijo que tampoco sabía dónde estaba. Era mentira, la tenía guardada en el bolsillo junto con todas las demás llaves, aunque eso no lo supe hasta mucho tiempo después. Entonces mi madre, incapaz de contener sus ganas ni su curiosidad, subió las escaleras con urgencia y le pegó una patada a la puerta. Como no se abrió, le dio otra. A la tercera patada la desencajó del marco y se metió dentro.

El desván estaba lleno de muebles viejos. Había una butaca tapizada de terciopelo rojo, una alacena de nogal con las puertas de vidrio, una mecedora de mimbre, un espejo con el marco labrado en bronce, dos baúles llenos de moho y una bañera esmaltada con cabezas de monstruos en la grifería, entre otras muchas cosas. Pude fijarme bien en cada pieza cuando empezó a arrastrarlas una por una escaleras abajo. Los muebles retumbaban en cada peldaño como patas de elefante. Mi padre le preguntó qué estaba haciendo y ella contestó:

—¡Montaremos un observatorio!

Se pasó la mañana bajándolos al jardín, y los que pesaban demasiado o no cabían por la puerta los tiró por la ventana. Cada vez que a alguno se le desencajaba una pieza o se hacía astillas del impacto contra otro, ella chillaba de emoción y lo señalaba por si nos lo habíamos perdido. Al terminar, bajó y se dejó caer encima. Nunca nos explicó si el observatorio tenía que ser lo de arriba o lo de abajo.

Ahora era yo quien estaba ante la puerta cerrada. Dentro volvió a sonar el chapoteo, esta vez un poco más fuerte, así que agarré el pomo y la abrí sin resistencia.

El tejado se había hundido y la lluvia caía con furia sobre el parquet de la habitación, donde se había acumulado un charco de agua. La estancia estaba vacía y por el agujero penetraba una luz blanca. Y debajo de la luz estaba León, encorvado sobre el charco, bebiendo. Movía la cabeza sobre su propio reflejo mientras daba lengüetazos sin usar las manos, como un animal. La lluvia le caía sobre la espalda, por donde se le resbalaba la cofia empapada. Se giró muy despacio y me miró.

Tenía la cara cuarteada y una sombra sobre los ojos, como si nadara en ellos una tristeza antigua. Nos quedamos así unos segundos y entonces se levantó, se acercó a la minúscula puerta y se agachó, agarrado del vano de arriba con un brazo, para no golpearse la cabeza. Yo retrocedí un par de peldaños hasta dar con la espalda en la pared. León se sacudió el agua y la cofia salió volando por el hueco de la escalera.

—Sí que has tardado —dijo.

Me quedé mirándolo y solo me salió decir:

—Pensaba que eras un gato.

—¿Por qué?

—Llevo varios días oyendo a un gato.

—¿Ah, sí?

—No sabía dónde estaba, pero le oía hablar.

—¿Y qué decía?

—No sé. Cosas tontas.

—¿Y ahora?

—Ahora solo decía: «Abre la puerta». Y he abierto.

—Eso es porque eres joven —dijo León con una sonrisa—. Todavía sabes hablar el idioma de los gatos.

Noté detrás de los ojos un destello salado y traté de luchar contra él. Me mordí la lengua y respiré profundamente. León ladeó la cabeza, bajó los peldaños y me abrazó.

—Está bien, amiga. No tengas miedo.

Le abracé con fuerza y aunque no tenía ningún sentido, noté cómo le latía el corazón. Entonces, en el televisor de la planta de abajo empezó a sonar una coplilla grave y se oyó una voz de mujer que cantaba:

El día que nací yo,
¿qué planeta reinaría?
Por donde quiera que voy
qué mala estrella me guía…

Cuando la canción terminó, León me dio un beso en la cabeza, se volvió al desván y saltó al vacío desde el agujero del tejado.

14

Mi madre quería recorrer el mundo. Le gustaba fantasear, pedir, probarlo todo. Una vez volcó su coche en un arrebato de furia, dio un volantazo y lo volcó conmigo dentro; por suerte entonces yo todavía tenía poco o ningún uso de razón. Me enteraba de las cosas que hacía mi madre siempre a escondidas, bien por los demás o bien porque la observaba cuando creía que no se daba cuenta. Lo malo es que a veces sí que se daba, se volvía de repente y me preguntaba:

—¿Qué estás mirando?

—A ti —decía yo, porque todavía no sabía construir mis mentiras catedralicias.

Le encantaba mirarse a los espejos y ensayar todo tipo de caras: subía y bajaba las cejas, arrugaba la nariz, sacaba la lengua. Se le empañaban los ojos con las noticias sobre mujeres y niñas asesinadas. También recogía objetos tirados en la calle, muebles, juguetes. Una vez subió un pájaro herido que se murió enseguida.

Mi padre la llamaba muchas cosas, por ejemplo, caprichosa, ridícula y también absurda.

—Eres una absurda —decía, y a mí me entraba una risa de idiota que se agotaba enseguida y se convertía en un traqueteo ahogado.

Una noche mi madre no podía dormir y me bajó con ella a la calle, recorrimos el parque del barrio a la hora de las brujas y nos metimos por los rincones donde se besaban los adolescentes. Cuando nos entró hambre y no encontramos nada abierto intentamos entrar en un bingo con unas letras de neón más grandes que yo, pero me prohibieron el acceso por ser menor de edad, así que entró ella sola y yo la esperé una eternidad sentada en un banco de la calle, muerta de frío. Durante la espera, en la acera de enfrente dos hombres se sacaron del pantalón sus penes blancuzcos y me los enseñaron. Mi madre salió al rato con un par de bocadillos de queso y tres cartones medio tachados, pero ellos ya se habían ido. Después me tiró del brazo y atravesamos decenas de calles alejándonos de la civilización y esquivando algunas cucarachas por una cuesta oscura, y subimos y subimos hasta una zona de obras donde me señaló un pequeño andamio que cubría la fachada de un edificio público, y cuando me quejé de que me daba miedo escalar tan alto, mamá dijo:

—Tú mantén la vista en mí y no mires para abajo.

No supe qué contestar, así que solamente me reí un poco, por nervios más que nada. Dejé que subiera ella y luego escalé el andamio sin despegar los ojos de su cara, y una vez arriba descolgué las piernas todavía con la vista fija en ella; pero cuando se volvió para sacar los

bocadillos no aguanté más, se me resbalaron los ojos sin querer y entonces sí que miré al fondo, y me di cuenta de que en realidad no daba tanto miedo, sobre todo porque no se veía nada de lo de abajo, y lo que no se ve puede tomar la forma que queramos, y yo todavía estaba en condiciones de dibujar una forma amable en el vacío. A continuación desenvolvimos los bocadillos y descubrimos que estaban fríos y secos, pero mamá se los guardó unos minutos dentro del abrigo para derretir el queso con su calor corporal, y creo que fue justo en ese momento cuando supe que la adoraría siempre.

Me decía que estaba hecha de otra pasta y yo me la imaginaba de diversos materiales, áspera o espumosa, hasta que llegué a la conclusión de que mi madre realmente era metálica. Brillaba pero se hundía, como las monedas de la suerte en los estanques. Y a medida que yo crecía ella se iba haciendo más pequeña, cada vez más callada y más quieta, se olvidaba de las cosas y me hacía olvidarlas a mí. Nos dejábamos las llaves dentro de la casa o los grifos abiertos en el cuarto de baño. En las cenas dábamos codazos a los demás por empeñarnos en comer con la mano izquierda. Nos dormíamos hasta el final de las líneas de transporte público. Es posible que nos desencajáramos del mundo.

En consecuencia, empezamos a escondernos, ella fuera de casa y yo dentro de mi cuarto, de manera que nos fuimos separando cada vez más la una de la otra, siempre con la tentación de desaparecer del todo por algún hueco oscuro. Pero siempre acabábamos volviendo y las dos recorríamos el pasillo con la certeza de que mi padre esperaba al final, mascullando entre dientes:

—Qué desastre.

Arrastraba las letras como un cocodrilo, porque quizá le costaba mucho asumir la cadena de errores en la que se había convertido su vida, y volvía un poco más tarde con la cantinela:

—Esto es un desastre. Esto es absurdo.

Entonces yo pensaba que había cosas peores en la vida, que pudiendo ser asesinas, estafadoras o acosadoras habíamos elegido ser absurdas, y que tampoco era tan grave. Mi madre, en cambio, se sentía muy mal por ser así. Ella interiorizó el fracaso como madre y esposa, yo solo como hija, por eso tal vez no me pesó tanto.

Nunca recorrió el mundo, aunque tampoco hizo el intento. Vivía de las ideas. Las miraba pasar y se llenaba de ellas grabando las cintas de la radio, bailando en el centro de las fiestas, metiéndose con los niños de la iglesia, lamiendo los cristales de los vasos, asomada a los andamios de las obras. No llegó a tocar las ideas, pero se pasó la vida contemplándolas. Supongo que yo fui una más de ellas.

*

Tal y como le había prometido la anciana que no se moría nunca, Hattie pudo seguir viviendo en la caja de zapatos al lado de la estación. Le pedí por favor a mi padre que si tenía que quedarme en algún sitio antes de marcharme definitivamente, fuera allí. Como había sospechado, lo primero que me dijo fue que no, pero un par de horas después llamó con los nudillos a mi cuarto, se asomó y me dijo que sí, supongo que al darse de bruces con la certeza de que tal vez era lo último que de verdad podía hacer por mí. La tarde de antes del juicio me acompañó hasta el portal de Hattie con la bolsa azul al hombro y, cuando estaba a punto de decirme algo, se bloqueó, cerró los ojos e hizo su clásico chasquido de dientes, como cuando tenía que hablar de cosas que no le gustaban o le daban miedo, y antes de terminar la frase se dio la vuelta y se marchó caminando a paso extraño bajo una hilera de olmos; y entonces me fijé en que llevaba los cordones desatados, y durante todo el recorrido de la calle se fue tropezando con ellos cada cinco segundos: daba un traspié, se miraba los zapatos y seguía su camino, sin hacer nada al respecto.

Hattie y yo nos despertábamos con el primer tren de la mañana, que hacía temblar las hojas de las plantas y el colchón hinchable sobre el que dormí las últimas noches que pasé en el pueblo. Al rato pasaba otro que circulaba en sentido contrario, y por la tarde se repetía la misma sucesión programada de acontecimientos, lo cual actuaba como un bálsamo para nuestro estado de ánimo, que oscilaba entre la incertidumbre, la extrañeza y la euforia.

A la luz del día el piso era aún más verde y abigarrado de lo que ya había visto. Por el pasillo no cabían dos personas a la vez, así que cuando nos cruzábamos una tenía que esconderse en el baño para que la otra pudiera pasar corriendo. Como solo tenía un dormitorio, Hattie me compró el colchón y lo instaló en el salón, desde donde oía los gritos de mis antiguos compañeros cuando iban de camino a clase, tan solo a un par de manzanas al sur. Todas las mañanas me concentraba para distinguir entre ellos las voces de Miguel o de Carmen, aunque lo único que conseguía oír con claridad era el doble toque de claxon del coche de su madre y un grito incansable que decía:

—¡¡¡Telescopio!!!

Imaginaba a Miguel sentado en clase, al lado de alguna chica con el pelo muy largo y sujetador con relleno, abriendo el libro por la página indicada y escribiendo dentro con lápiz para que Carmen pudiera heredarlo unos años después. La imaginaba a ella acurrucada en el patio, atesorando los secretos de sus amigas, riendo a carcajadas sin ser todavía consciente de su ángel, o quizás enfadada por primera

vez, o dolida, o confusa ante las espeluznantes invasiones de su cuerpo que con toda seguridad sufriría muy pronto.

Después del tren y los gritos, Hattie se asomaba al salón con el pelo revuelto y su pijama de cuadros. Pasaba de puntillas hasta la cocina y hacía un Colacao para mí y un café para ella en boles como piscinas olímpicas, donde empapábamos las galletas porosas de las monjas hasta que se deshacían en millones de migas que había que rescatar con cuchara.

A la hora de comer Hattie se iba a trabajar y cuando volvía a medianoche, después del cierre, solía traerme sobras de patatas o helado, y las noches en que el sueño escaseaba especialmente, asábamos en el horno rodajas de piña o mazorcas de maíz con mantequilla. Mientras nos las comíamos le hablaba de Miguel y de Carmen, de las noches pegando el antebrazo a la estatua de mi abuelo, de mis prácticas de apnea, del auge y la caída de mi madre, de la maldición de mi familia. Le hablé de todos menos de León. Estuve tentada varias veces, pero no lo hice; de alguna forma sentía que su presencia solo debía formar parte de mí. Hattie me escuchaba con los ojos como platos y no paraba de reír con las anécdotas, y aunque algunas no tuvieran gracia, su risa me regaba como a una planta. Me pidió permiso para contarle todo a Ana, que se encontraba inmersa en su nueva historia y seguro que agradecería oír algo que llegara de fuera de sí misma. Se lo di para que tuviera material de sobra para escribir la novela que ella quisiera.

La casa estaba llena de libros y cuadernos, aunque debido al espacio reducido la mayor parte cumplían funciones de mesas o sujetacosas. Había muchos más de los que una pareja normal debería almacenar en esa cantidad de metros cuadrados; y en parte era por culpa de Ana, pero también por culpa de Hattie. Se justificó diciendo que muchos eran para la tesis.

—Aunque ahora la tengo aparcada —añadió. Estaba pensando en comprarse un ordenador para acabarla cuando Ana estuviera mejor. Tenía una madeja de planes que parecía ir desenredando muy poco a poco cada mañana que se acercaba a verla, cada noche que se quedaba dormida en el sillón con un libro entre las manos, soñando con una especie de semimundo posible en el que Ana volvía y los libros recuperaban su función original.

Con el paso lento de los días adquirí el poder de encontrar fotos de las dos por todos los rincones de la casa, ocultas a simple vista pero de fácil acceso. Había fotos prensadas entre las páginas de los libros, tapadas con muchos imanes en la nevera, colgando detrás de los relojes o sostenidas entre las hojas de las plantas, con los bordes

deshechos y ondas de humedad en la celulosa. En casi todas salían dentro de casa, subidas al sofá, tiradas por el suelo o asomadas a la terraza; y a veces estaban ellas solas y otras veces con amigos que fumaban o bebían alrededor de alguna mesa. Pero el tercer día, al fondo del cajón de los cubiertos, encontré una del mismo carrete que la foto que tenía Ana en la pared de su cuarto, solo que en esta salían las dos besándose a lo lejos en mitad de la nieve. A veces entraba en la cocina y abría el cajón solo para mirarla.

Esos últimos días con sus respectivas noches fueron los más largos del verano y se mezclaron en mi cabeza hasta hacerse una pasta difícil de moldear. Me había convertido en una huérfana, como llevaba tanto tiempo ensayando. Ser huérfana tenía sus ventajas, sobre todo teniendo en cuenta que mis padres no estaban muertos de verdad, porque aparecían adultos por todas partes dispuestos a comprarme ropa nueva, que además me hablaban desde un lugar distinto, como si fuera poseedora de un secreto gravísimo.

Hicimos muchas llamadas, firmamos muchos documentos y pedimos muchos favores. Me aprendí de memoria el camino a los juzgados y respondí a todas las preguntas que me hicieron. Hattie pidió más días libres de los que se podía permitir, y en los viajes cargaba el asiento trasero de patatas fritas y yo me las comía asomada a la ventanilla para no marearme en ese coche exblanco que jamás sería lavado.

Algunas personas se interesaron por mi futuro. Por algún motivo siempre llevaban trajes de cuadros. Venían a casa de Hattie y se tropezaban todo el rato con los libros del suelo. Me preguntaron varias veces qué quería ser de mayor y a cada uno le contesté una cosa diferente, mientras por dentro solo podía pensar que lo único que quería era ser mayor de una vez. A menudo, mientras hablaban, me metía la mano en el bolsillo y tocaba el colgante dorado de mi padre, lo rozaba un momento y después me salían granitos casi imperceptibles en las yemas de los dedos que desaparecían al día siguiente. De la alergia del pecho ya solo quedaba la sombra de un relieve blanco, y el resto de heridas habían desaparecido.

Hattie me había regalado un cuaderno para que dibujara lo que quisiera, según dijo. Y yo dibujé peces y otros animales, plantas, cantantes famosas de las revistas, gente que pasaba por la calle e incluso a los sobrinos de Hattie, que no eran pocos. Todos tenían la misma cara, se llamaban casi igual y sus fotos eran las únicas enmarcadas y a la vista en los muebles. También dibujé a las monjas; las hice muy pequeñas al pie del campanario y camuflé a León en el grupo como un espía. Y cuando una tarde me cansé de dibujar todo

eso, aprovechando que Hattie se había ido a trabajar y apremiada por una necesidad que hacía tiempo que no sentía, saqué del cajón la foto de la nieve.

La coloqué sobre un vaso de cristal junto a la ventana y la copié a mi particular manera, con trazos torpes de lápiz, listos para poder ser borrados en cualquier arrebato de pudor. Todavía no había aprendido a dibujar bien del todo, pero mis muchas prácticas me habían dado algunas nociones que me permitieron hacer una estampa sombreada, pequeña y casi fuera del tiempo, que mostraba las dos figuras flotando entrelazadas en un blanco aguado que parecía deshacerse por los bordes del papel.

Se me hizo de noche sin darme cuenta. La casa estaba azul y en la distancia se oían las conversaciones de algunas personas que tomaban algo en una terraza al otro lado de la calle. Corría una brisa templada que arrastraba por el aire trozos de hojas y un olor a levadura de una bodega próxima. Me froté los ojos, me levanté a encender la luz y al volver a la mesa sentí el súbito impacto del parecido que tenía este nuevo dibujo con el que había hecho de León al principio del verano. Me asusté tanto que estuve a punto de volver a romperlo, pero en el último momento cambié de opinión, y en lugar de eso le di la vuelta al papel y le escribí una nota a Ana:

> Aunque lo parezca, no sois exactamente vosotras, ni son monjas circenses, ni brujas. A lo mejor no se entiende, pero creo que podrían ser algo nuevo. Da igual, pueden ser lo que queramos. Como tu cuento de la puerta. Creo que tienes razón, está perfecto como está, aunque sea raro y no tenga final, pero creo que es el mejor de todos. A veces hay cosas que no tienen final porque no se acaban nunca. Por eso no me despedí, porque no quiero que se acabe nunca. Pero no me gustaría que pensaras que era porque no quería despedirme de ti. Lo que no quería era despedirme.
>
> Vera
>
> P.D.: Te robé unos calcetines, lo siento.

Con otra página del cuaderno fabriqué un sobre, y cuando Hattie volvió a medianoche le pedí que se lo llevara al Colegio. Ella se lo guardó en el bolso y me prometió que lo haría al día siguiente. Después apagué la luz y me dejé caer en el colchón muy despacio, como una hoja.

Epílogo

Hattie era un borrón en el aire. Bajaba los peldaños de tres en tres en pijama, con la coleta deshecha a un lado de la cabeza, mi bolsa de deporte colgada del hombro y la cara tensa de la velocidad. Yo rodaba tras ella agarrada de la barandilla, con los cordones desatados, el pelo sucio y un plátano en la mano.

Tan solo dos minutos antes había oído medio dormida cómo el tren entraba suavemente en la estación, envuelto en chirridos y desgastes. Me revolví debajo de la manta de felpa de Hattie y por mi cabeza se cruzó un pensamiento estúpido nacido del limbo del sueño, y de pronto se me ocurrió que no me importaría que me enviaran al espacio en un cohete acolchado a modo de experimento científico. Mientras bostezaba pensé que tal vez incluso podrían mandarme acompañada de algún animal que no acostumbrara a viajar mucho, como un gorrión o un conejo, y si me dejaban, también de Hattie, porque seguramente Ana se negaría. El tren se detuvo en la estación. Me subí la manta hasta las orejas y tuve el convencimiento de que no me importaría ser la primera chica de trece años en viajar al espacio para investigar alguna cosa pequeña, o simplemente para contemplar a todos desde arriba y hacer asombrosas reflexiones.

De pronto oí un grito en el dormitorio y me di cuenta de que ese tren era mi tren.

Hattie abrió la puerta del salón con un golpe seco y se abalanzó a la ventana que daba al andén de abajo.

—¡Esperad! ¡¡Esperad!!

Me levanté de un salto y me asomé con ella. El jefe de estación levantó la vista y se señaló el reloj de la muñeca con cara de no creérselo. Hattie hizo un gesto de rezar con las manos, me agarró en volandas y por un momento pensé que me iba a lanzar por la ventana.

Habíamos sacado el billete el día anterior para cuadrar mi llegada como estaba previsto. Habíamos calculado cuántas bolsas de pipas era admisible comerme en el tren teniendo en cuenta la duración del viaje. Había dejado preparada mi bolsa azul la noche anterior con la ropa más digna que pude reunir de mi armario, más la nueva que me había comprado Hattie. Mucho antes de eso, una vez convencido mi padre, habíamos logrado convencer también a los empleados de los trajes de cuadros de que me dejaran quedarme en su casa los últimos días, contra todo protocolo. Hattie había estado a punto de perder su empleo varias veces por faltar o llegar tarde. Perder el tren no era una opción.

Me quité el pijama y me cambié de ropa en veinte segundos,

mientras Hattie daba vueltas por el piso agarrando papeles a diestro y siniestro, sin parar de gritar:

—¡Esperad! ¡¡Un segundo!!

Antes de que me acabara de atar los cordones de las zapatillas, Hattie cogió mi bolsa, se la echó al hombro y me tiró del brazo. Cogió un plátano de la cocina, me lo estampó en el pecho y salió disparada por la puerta, que dejé abierta a mi espalda por si acaso no había cogido las llaves.

Rodamos por las escaleras y mientras girábamos tuve una visión emborronada, como si el tiempo y el espacio se hubieran vuelto curvos también, y vi a las monjas corriendo por el campo de fútbol, sus flamantes hábitos oscilando al viento y sus bragas tendidas con olor a galletas; vi al Marciano en el jardín, chillando debajo de los chorros de agua, persiguiendo insectos y frutas y personas; y a la anciana pescando en la playa del puerto y después llegando tardísimo a los cielos; y vi a Ana marcando doblete de cabeza, iluminada por la luz de su mujer fuera del pozo, escribiendo historias sobre niñas bestias aun a riesgo de que nadie las leyera nunca.

Todavía quedaba un día de verano. Hacía una mañana radiante y el aire olía a chascas de alguna hoguera de la noche anterior. El jefe de estación empezó a reñirnos mientras el tren esperaba. Hattie me dijo algunas cosas en un español enredado, como si de pronto se hubiera olvidado de hablar bien. Le brillaban las pecas. Nos acercamos al vagón más cercano y antes de dejarme ir, bajo la mirada impaciente del hombre, me tendió varias de las cosas que llevaba aferradas al pecho. La primera era el billete. La segunda, una de las revistas literarias en las que Ana publicaba sus cuentos. La abrí y vi una dedicatoria donde ponía:

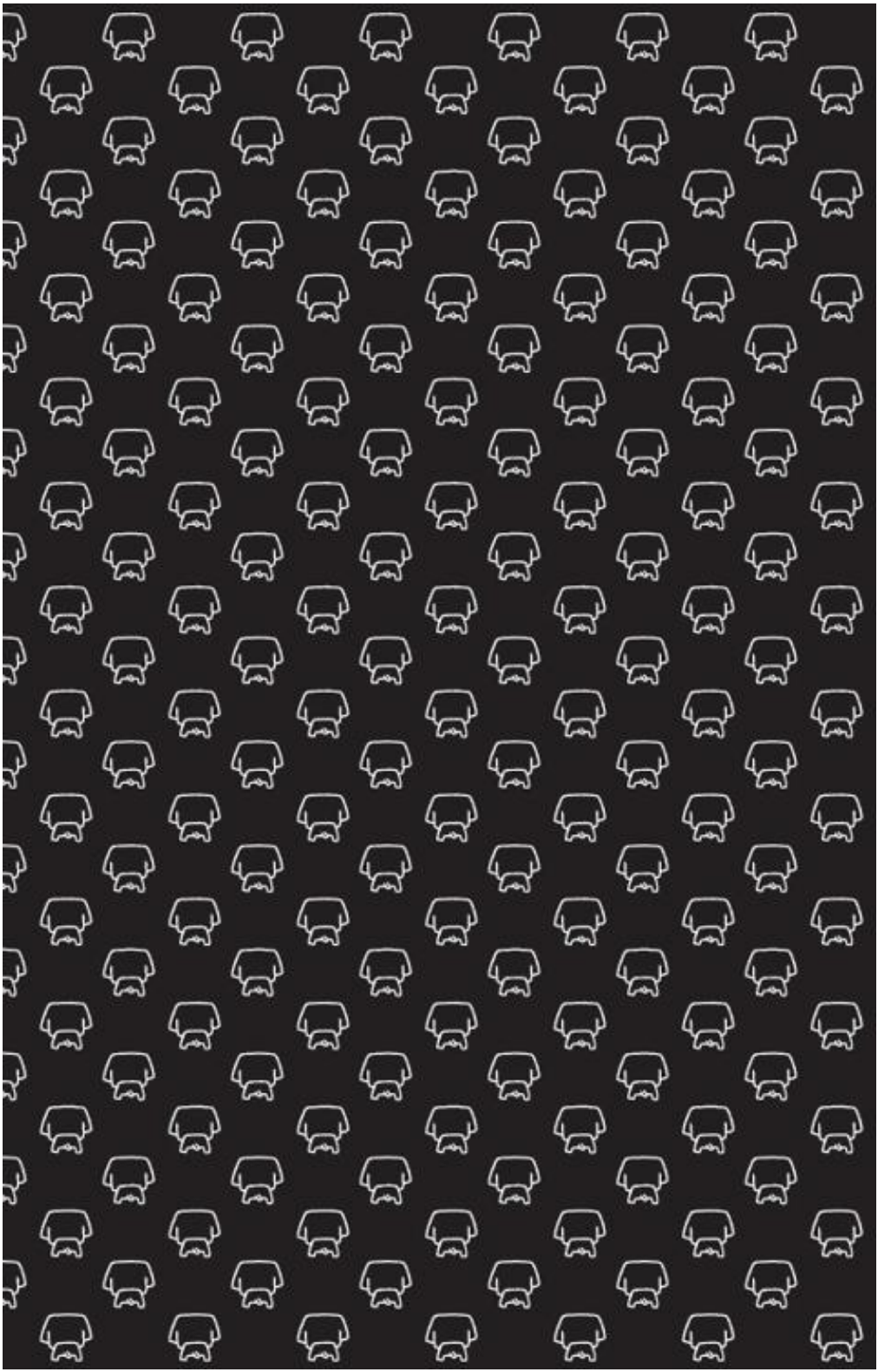
A AMBOS LADOS DE LAS PUERTAS PASAN COSAS
EMOCIONANTES. BUENA SUERTE. ANA.

La última era una carta de mi madre. Fuera solamente ponía mi nombre, no el suyo, pero supe enseguida que era de ella. Saqué una esquina de la hoja; estaba doblada pero reconocí algunas palabras que se transparentaban en el papel debido a la tinta líquida, palabras como «culpa» o «tierra». En la otra esquina me pareció ver que ponía «bocadillos». La volví a meter a toda prisa en el sobre.

El hombre se aproximó a nosotras con la cara roja y entonces Hattie me dio la bolsa, me abrazó con fuerza, me empujó a la escalerilla y dijo:

—Corre, corre.

Y se quedó ahí en pijama mientras las puertas se cerraban a mi espalda.

Una vez dentro, recorrí el pasillo y me senté en el primer asiento libre que vi, con todo el equipaje encima de las piernas. En lo alto coloqué el plátano. Dentro del vagón no había plantas, ni animales, ni nada de lo que una vez había imaginado; solamente algunas personas que miraban al campo, o a sus periódicos, o a sus hijos, como a la espera de algo, sostenidos en ese lapso de tiempo extraordinario que son los viajes.

Le dije a Hattie adiós con la mano a través del cristal y entonces, a medida que el tren reanudaba la marcha, vi a León aparecer en el andén. Llevaba el hábito de monja y la cofia anudada a la cintura de cualquier manera. Me pareció que se había peinado para la ocasión, pero enseguida el viento le revolvió el pelo igual que siempre. Me quedé mirándolo por la ventanilla y justo antes de adentrarme en el túnel que marcaba la salida del valle, le hice un corte de mangas y él me lo devolvió acompañado de un baile demencial.